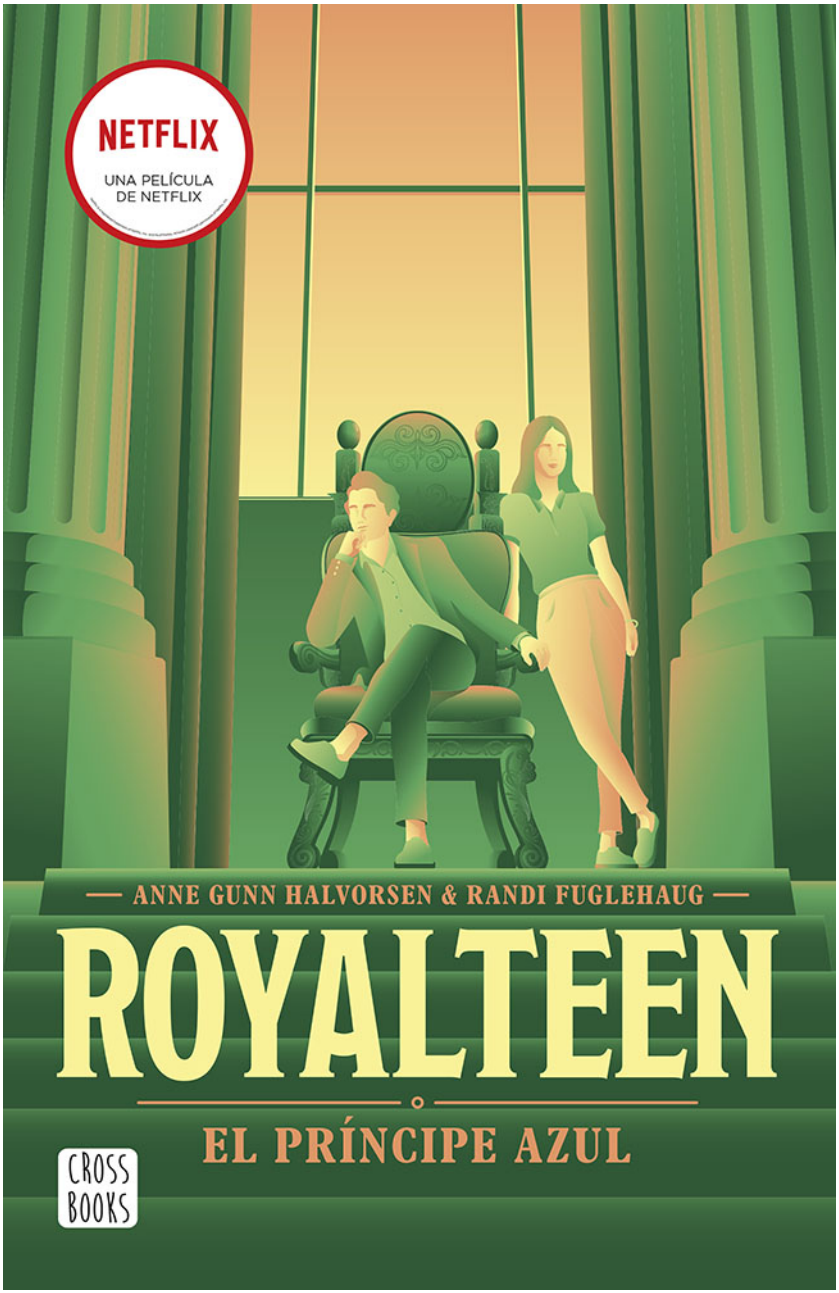
NETFLIX
UNA PELÍCULA DE NETFLIX
ANNE GUNN HALVORSEN & RANDI FUGLEHAUG
ROYALTEEN
EL PRÍNCIPE AZUL
CROSS BOOKS

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. Bienvenidos de nuevo
2. Nosotros contra el virus
3. Corazón caliente
4. Trabajo en grupo
5. Hogar, dulce hogar
6. As
7. De hospital
8. Buen comportamiento habitual
9. WAP
10. Invitados inesperados
11. «Loop»
12. Una buena idea
13. El equipo cobarde
14. Pandemia X «shotski»
15. Yodeli yodeluu
16. Al calor de la chimenea
17. Humor mañanero
18. Sin los pies en la tierra
19. Fuera de pista
20. Balcón real
21. Pillada en la cama
22. Blanco de tiro
23. No solo una niña
24. Encuentros en la tercera fase
25. Afuera
26. Hey Hey

27. NorLevo
28. Uñas afiladas
29. Declaración
30. Ni un pelo fuera de lugar
31. Un café para llevar
32. Histórico
33. Disculpa
34. «Space invader»
35. Desempate
36. Pasado pisado
37. Todo va a salir bien
38. La noche del uno
Epílogo
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos**

**exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# Sinopsis

Tras una desastrosa fiesta de Halloween, la vida de Margrethe ha dado un vuelco. Se siente más sola que nunca y desconfía de todo el mundo. Porque es una princesa y ha aprendido que quien se acerca a ella, lo hace solo por interés.

Y cuando llega la pandemia, y, con ella, el confinamiento, esa soledad no dejará de crecer… ¡Ojalá tuviera un novio con quien poder compartirlo todo! Pero ahora ya sabe que una royal no puede enamorarse de cualquiera y tendrá que besar a muchos sapos antes de encontrar al príncipe adecuado.

— ANNE GUNN HALVORSEN & RANDI FUGLEHAUG —

# ROYALTEEN

## EL PRÍNCIPE AZUL

CROSS BOOKS

# 1

## Bienvenidos de nuevo

—Ya estamos aquí una vez más.

El chófer puso el intermitente y los miró a través del espejo retrovisor.

—*Yes!* —exclamó Kalle mientras Margrethe permanecía inmóvil mirando a través de los cristales tintados.

El Instituto Elisenberg permanecía allí como si nada hubiese ocurrido, comprimido entre cafeterías y vías de tranvía en medio del barrio de Frogner, en Oslo. Llevaba más o menos vacío desde noviembre. Habían transcurrido dieciséis semanas desde que Elisenberg y el resto de colegios cerraran. Desde aquel momento, se había pedido a los alumnos que permaneciesen en casa para controlar las cifras de contagios. A partir de entonces, las fiestas, el baile de Navidad y todas las demás actividades divertidas que la gente esperaba con ilusión se habían cancelado.

Margrethe había estado encantada.

Por su parte, el confinamiento no podía haber llegado en mejor momento.

En Noruega, todos se enteraron de que habían ingresado a la princesa en el hospital después del baile de Halloween. Todos sabían que había estado de baja las dos semanas posteriores.

Antes de que le hubiese dado tiempo a regresar, había llegado la pandemia.

Ahora, el tiempo de descanso había terminado.

Margrethe dejó escapar un suspiro; tenía dolor de estómago.

—¿Por qué te detienes aquí, en la calle? —le preguntó al

chófer cuando se percató de que el coche disminuía la velocidad fuera de la puerta.

—Nuevas reglas. Ningún coche puede acceder al patio del colegio. Por razones de control de infección. Los de seguridad ya están aquí —dijo el chófer, Rolf, y asintió con la cabeza hacia los dos hombres trajeados que siempre estaban en su campo de visión.

Las sombras, como su madre solía llamarlos. Estaban preparadas para entrar con ella y Kalle.

—¿En serio? —dijo Margrethe—. ¿Tenemos que atravesar todo el patio a pie?

Rolf asintió con brevedad, sin girarse.

—¿Cómo exactamente se supone que un coche podría propagar el virus? —preguntó Margrethe.

Kalle se inclinó hacia ella y le tomó la mano.

—Relájate, no pasa nada —repuso.

Ella miró a su hermano mellizo cinco minutos mayor, el príncipe heredero de Noruega. Es posible que fuese infantil e hiperactivo, pero se alegraba igualmente de no tener que hacer esto sola.

Kalle le soltó la mano y se quitó el cinturón de seguridad, claramente impaciente por salir del coche. Margrethe inspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud.

No había vuelta atrás. Había llegado el momento de enfrentarse al mundo de nuevo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Kalle—. Pero nadie se acuerda de Halloween.

Margrethe se mordisqueó el labio; sabía que estaba completamente equivocado. Pero ¿cómo iba a entenderlo? Desde el otoño pasado había querido contarle a Kalle lo que realmente sucedió esa noche, pero se había acobardado en cada ocasión. Ahora era demasiado tarde. Ahora solo deseaba que no se enterase por otra persona.

Kalle echó un vistazo a través de la ventana y se apoyó en el asiento del copiloto para tener una mejor visión del patio del colegio. Agitaba inquieto un pie, parecía un niño pequeño que justo acabase de llegar a un parque infantil.

Margrethe sabía a quién estaba buscando con la mirada.

Entonces, introdujo la mano en el bolso, sacó un espejo de bolsillo y se miró en él mientras se sacudía el cabello suelto. La máscara de pestañas negra lucía perfecta. Cogió el brillo de labios y se aplicó una nueva capa sobre la boca, presionó los labios y sonrió cordialmente al espejo.

—¿Ya te has arreglado la cara? ¿Preparada para el regreso? —preguntó Kalle asiendo la manija de la puerta del coche.

A Margrethe no le dio tiempo a responder antes de que agarrase la mochila y saliese del coche. Tuvo que darse prisa para no quedarse atrás.

Realmente era como si a su hermano le faltase algo. O como si tuviese algo extra que ella no había recibido. Una especie de escudo, un filtro. No es que no le importasen las cosas. Aunque con total honestidad, creía que él no se daba cuenta. El leve murmullo que siempre surgía cuando llegaban. Cómo todos, en un instante, se percataban de que estaban allí, la princesa Margrethe y el príncipe heredero Karl Johan. Incluso aquí, en el colegio, eran los protagonistas desde el mismo momento en que salían del coche. Como los únicos descendientes de la familia real, siempre estaban trabajando. Esto era lo que Kalle no conseguía comprender.

Una chica rubia con una cazadora de cuero demasiado corta se les acercó corriendo. Lena Karlsvik, la madre adolescente de Horten, se lanzó al cuello de Kalle. Se comportaban como si no se hubiesen visto desde hacía semanas, pero la verdad era que Lena prácticamente había vivido en su casa durante los últimos meses.

Margrethe se detuvo algo detrás de ellos, se llevó el bolso al hombro con impaciencia y esperó a que acabasen. Kalle agarró a Lena por la cintura y la alzó girando en el aire antes de dejarla sobre el suelo y besarla en toda la boca.

Lena había conseguido un príncipe. Kalle, un sapo.

Margrethe puso los ojos en blanco antes de pasar junto a ellos haciendo un gran arco para mantener la distancia. Maldijo las estúpidas reglas de prevención. ¿Por qué no podían llevarlos hasta la entrada en coche? ¿De verdad era mucho pedir? Se dirigió hacia la clase, intentando mantener la mirada clavada en el suelo para

que no se le fuesen los ojos hacia el pasillo de los de tercer curso. No quería encontrarse con Gustav Heger, debía evitar atraer aún más atención hacia sí.

Mantuvo una sonrisa educada a través de todo el patio del colegio, intentando sacudirse de encima las largas miradas que los demás le dirigían. Las notaba en todo el cuerpo. Kalle se equivocaba. Estaban en marzo, pero cuando la gente la veía, todavía pensaba en Halloween. No había caído en el olvido. Todavía querían saber. Después del corto comunicado de prensa sobre que la princesa estaba ingresada en el hospital, internet se había llenado de especulaciones. Una de las teorías favoritas era que había tratado de quitarse la vida mientras estaba borracha, algo que era completamente imposible comentar sin explicar al mismo tiempo qué había pasado en realidad.

El propio ingreso ni siquiera era lo peor que había sucedido aquella noche.

Pero nadie lo sabía.

Aún.

Finalmente, Margrethe localizó a la pandilla de clase. Ingrid, con un enorme gorro de lana marrón encajado sobre sus rizos salvajes; y Arnie, con la cabeza reluciente y desprotegida del frío. Había intentado cortarse el pelo él mismo durante el confinamiento, y cuando el resultado no fue el esperado, se había rapado la cabeza. Ahí estaba Tess, la pequeña *víbora-influencer*, con una ridícula raya de ojos y las largas trenzas sobre el hombro derecho. Margrethe se estremeció de puro odio. Estaba convencida de que Tess había estado vendiendo información y fotos de ellos a los periódicos durante años. Era curioso que Tess hubiese sobrevivido estos cuatro meses sin poder generar cotilleos sobre los mellizos reales. Aún más curioso era que su estúpida cuenta de belleza en TikTok hubiese conseguido reunir *más* seguidores en ese período. Seguramente los habría comprado.

Margrethe buscó a Fanny con la mirada. ¿Dónde estaba? Su mejor amiga había prometido estar allí.

Todos los de la pandilla estaban inclinados sobre el teléfono móvil de Ingrid, tan absortos que Margrethe comenzó a temerse lo

peor.

Imagina que Gustav Heger les hubiese enviado... Imagina que fuese eso lo que ahora mismo estaban...

—¡Margrethe!

La cálida sonrisa de Arnie deshizo el nudo que se le había formado en el estómago.

No lo sabían.

El mejor amigo de Kalle también había estado en su casa a lo largo de todo el período. Cuando se dirigió hacia ella para darle un abrazo, Margrethe retrocedió automáticamente algunos metros. Los brazos de Arnie permanecieron alzados en el aire, y se le puso la cara roja como un tomate.

Todos se les quedaron mirando antes de que Margrethe parpadease un par de veces.

—No se pueden dar abrazos, ¿no? —repuso.

Arnie alzó un pie para saludarla al estilo de Wuhan justo en el mismo momento en que ella alzaba el codo. El resultado fue que pareciera que estuviesen luchando por ganar la competición de baile más desastrosa del mundo. De verdad esperaba que nadie les hubiese grabado.

—¿Qué estáis viendo? —les preguntó.

Ingrid bajó el móvil con rapidez.

—Nada.

Margrethe se puso nerviosa de nuevo. En ese mismo momento, llegó su hermano con Lena de la mano. Kalle sonrió y señaló el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Dámelo!

Ingrid se aferró al teléfono durante un instante antes de suspirar y entregárselo.

# 2

## Nosotros contra el virus

Margrethe echó un vistazo por encima de su hombro y respiró aliviada para sí. Era un vídeo de YouTube. Vio lo suficiente como para percatarse de que se trataba de la princesa heredera de Dinamarca, Louise. La amiga de su madre.

*«No es el enfermo contra el sano. O el rico contra el pobre, o un país contra otro. Se trata de un gran NOSOTROS contra el virus.»*

Otro de los numerosos y conocidos discursos de Louise dirigidos al pueblo danés que se había hecho viral. El país vecino se parecía a Noruega en cómo la pandemia los había golpeado, pero con una enorme diferencia: la familia real danesa había conseguido darle la vuelta a la crisis y convertirla en un éxito. Además de los discursos sobre comunidad y fortaleza que habían compartido en las redes sociales, los miembros de la familia habían trabajado de voluntarios en hospitales y residencias de ancianos. Las fotografías de ellos en uniforme blanco, con mascarilla y gotas de sudor en la frente habían dado la vuelta al mundo.

Kalle devolvió el teléfono.

—Bueno, bueno, alguien debería ponerle algo de ritmo, y así seguro que se convierte en el éxito musical de esta primavera —dijo esbozando una sonrisa, alzó las manos y comenzó a canturrear —: ¡Nosotros, nosotros, nosotros contra el virus! ¡Un gran nosotros!, ¡contra el virus!

Ingrid se guardó el móvil en el bolsillo con lentitud.

—Estuvo bien, vaya. El discurso —repuso Ingrid, y Tess asintió—. Es cierto que somos *nosotros* contra el virus.

Kalle se encogió de hombros y enterró la cabeza en el pelo de Lena, donde hizo algo que provocó que esta gimiese con fuerza.

—Quizá tú también deberías ofrecerte como enfermero —dijo Lena, envolviéndose en su chaquetón de plumas.

Kalle echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Sí, a los periódicos les gustaría que comenzase a poner inyecciones.

—Henrik lo hizo, ¿no? —dijo Ingrid.

Los demás asintieron entusiasmados. El hijo de Louise, el príncipe Henrik, fue uno de los que se habían ofrecido como voluntarios en el hospital cuando el contagio estaba en su punto más álgido.

—Por supuesto que lo hizo —comentó Kalle—. Henrik nunca hace nada mal.

—¿Le conocéis bien? —preguntó Tess con curiosidad.

Margrethe abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. En el bolsillo, su mano se cerró alrededor del gélido iPhone. No le había hablado a nadie del contacto que ella y el príncipe Henrik habían mantenido en los últimos meses. Ni sobre el mensaje que llegó justo después del confinamiento. Le había sorprendido recibir noticias de él, a pesar de parecer una especie de mensaje dirigido a toda la familia. Había algunas palabras de apoyo sobre mantener la cabeza fría y el corazón caliente, y que esperaba que ella y su familia se mantuviesen sanos. «¡Un saludo para todos!» Seguramente les habría mandado el mismo mensaje a los descendientes reales de Suecia. Cuando los artículos negativos comenzaron a aparecer en los periódicos —los que trataban sobre cómo el matrimonio real había infringido las normas de confinamiento, ignorado la obligación de cuarentena y cruzado la frontera nacional—, Margrethe había tenido un arrebato y le había mandado capturas de pantalla de los casos más críticos.

«¿Qué era lo que habías dicho, “la cabeza caliente y el corazón frío”? ¡En ese caso, aquí va de maravilla...!»

Él le había respondido en el mismo tono, y habían continuado enviándose mensajes desde entonces. Había resultado increíblemente placentero poder hablar libremente con alguien sin

tener que estar pensando en dónde podría acabar la información.

—Bueno, pasamos algo de tiempo juntos cuando éramos pequeños —contestó Kalle—. Pero ya hace mucho tiempo de eso. Él ya es prácticamente un adulto.

—Henrik solo tiene diecinueve —le corrigió Margrethe.

Una gorra negra de Ralph Lauren apareció de pronto entre la brillante cabeza de Arnie y la melena castaña de Margrethe. Por fin, ahí estaba, sonriente y afable, enterrada en una enorme sudadera y la parka ancha.

—Bueno, y ¿cómo son en realidad los daneses? —preguntó Fanny, mirando hacia arriba desde debajo de la gorra—. Él parece bastante... majo. Henrik.

La cola de caballo morena de Fanny danzó cuando le dio un rápido abrazo a Margrethe y le susurró una disculpa por llegar tarde. Margrethe no apartó a su mejor amiga, pero cuando notó la mirada de Arnie, se dio cuenta demasiado tarde de que no había hecho lo correcto.

—Guapo*,* querrás decir —dijo Kalle poniendo acento sueco y arrugando la nariz—. Pero él y sus padres también son un coñazo. ¿Te acuerdas de aquellas vacaciones de Semana Santa que nos tocó pasar con ellos, y que lo único que hicieron fue sentarse cada uno en una silla y leer?

—Son buena gente —repuso Margrethe con brevedad, dejando que sus dedos jugueteasen con el móvil.

Henrik se había mostrado divertido, inteligente e irónico consigo mismo en los mensajes. No era «un coñazo», pensó Margrethe. Pero, definitivamente, sí era guapo.

—Bueno, igual es por eso que las cosas han ido mucho mejor en Dinamarca que en Noruega en los últimos meses —comentó Ingrid—. La gente siguió las normas porque los jefes del Estado lo hacían también.

Los demás se quedaron en silencio y miraron a Margrethe. Ella sintió cómo comenzaba a picarle todo el cuerpo. ¿Qué debía responder al comentario de Ingrid? ¿«Siento que mis padres hayan estado completamente ausentes durante la pandemia»?, «¿siento que rompiesen las reglas y la cagasen de tal manera justo cuando

tenían la oportunidad de hacer algo bien»?

Alzó la mirada hacia el pálido cielo invernal.

El hecho de nunca poder decir lo que realmente opinas. El nunca poder explicar cómo son las cosas realmente.

—Simplemente se hace un poco difícil entender por qué vuestros padres no han hecho más por ayudar, como los daneses —añadió Ingrid.

Al parecer, se negaba a rendirse.

—Sí —dijo Margrethe alzando la barbilla mientras los demás la observaban expectantes—. Para vosotros es difícil de entender.

Los miró fijamente. Ellos hicieron lo mismo hasta finalmente apartar la mirada.

—Bueno, bueno. Demos las gracias por este cuarto de hora de debate político y pasemos a temas más importantes —interrumpió Arnie—. ¿Qué distancia debemos mantener durante el fin de semana?

—Tú debes mantenerte por lo menos a cuatro metros de todo lo que pueda romperse con facilidad —bromeó Fanny dedicándole una mueca.

—Ay, será tan divertido volver a estar junto a toda la clase... ¡Ha pasado tanto tiempo! ¡Vamos a celebrar tus diecisiete años por todo lo alto, Fanny! —exclamó Ingrid.

Fanny sonrió.

—¿Qué quieres de regalo? —preguntó Arnie.

—Ya te lo he dicho —respondió Fanny—. Que no te cargues nada. Mi padre no sabía lo que hacía cuando nos dio permiso para celebrar la fiesta de clase.

El timbre que anunciaba el comienzo de las clases puso a todos en marcha hacia las aulas.

Fue entonces cuando Margrethe lo vio por el rabillo del ojo.

La melena frondosa y brillante con la raya al medio. Caminaba con pasos rápidos, y ella intentó aumentar la velocidad, pero los demás continuaron andando al mismo ritmo agradable. Era como si estuviese atrapada en un río de sirope. Enseguida se plantó junto a ella y le dedicó una enorme sonrisa de dientes blancos.

Hacía medio año, ella había estado perdidamente enamorada de Gustav Heger. Ahora, aquel tipo solo le provocaba náuseas de la vergüenza que sentía.

Sintió cómo el corazón le latía en la garganta.

—¡Margrethe! Me alegra volver a verte —dijo, guiñándole el ojo con descaro.

No aminoró la velocidad al pasar junto al grupo. En lugar de eso, se dio la vuelta y continuó caminando hacia atrás una vez la hubo adelantado.

—Por lo que veo, te lo pasas bien con tus amigos, ¿no?

Ahora hablaba en voz más alta, y señaló hacia ellos con el teléfono móvil que sostenía en la mano antes de llevárselo a la cabeza a modo de saludo.

Margrethe se quedó helada cuando la manga de su chaqueta se deslizó por su brazo revelando un fino vendaje blanco alrededor de su muñeca derecha.

¿Significaba aquello...?

—Hablamos, Mags.

Sintió que le costaba respirar. De repente, no había suficiente aire. Los demás la miraron confundidos.

—¿Y a ese qué mosca le ha picado? —preguntó Tess suspicaz, astuta.

—El mismísimo Gustav Heger —repuso Ingrid, que, como de costumbre, no se enteraba de nada—. ¿Qué pasó realmente entre vosotros dos? ¿Hubo algo más de acción después de Halloween? ¿Es por eso que apenas te hemos visto últimamente?

Margrethe negó con la cabeza, se subió el bolso y apretó el paso. Les dejó atrás y se encaminó hacia la escalera. Subió los escalones de dos en dos, adelantando a la manada de estudiantes. Se colocó en la línea que marcaba un metro de distancia entre ellos para entrar en el aula. Fanny apareció justo detrás de ella y le dirigió una mirada expectante y de escrutinio. De la misma forma que llevaba haciendo desde el baile de Halloween. No le había hecho ninguna pregunta, simplemente... había estado ahí. La había ido a visitar a casa, habían ido juntas de excursión, charlado sobre las noticias, el virus y lo aburrido que era que hubiesen cerrado las

pistas de tenis. Cada vez que Fanny estaba allí, Margrethe se sentía un poco más ligera, un poco más enérgica, más luminosa. Ni siquiera podía soportar pensar en cómo habría sido aquel período sin su mejor amiga. Pero ella tampoco lo sabía, ella tampoco podía enterarse de todo lo que en realidad había pasado en Halloween. No, ¡Fanny, por lo menos, jamás debía enterarse!

Margrethe notó la vibración de su móvil en el bolso. Le echó un vistazo con rapidez y el corazón le dio un salto.

Los demás se unieron a la fila detrás de ella, y Margrethe se dirigió hacia la puerta del aula, donde el profesor Ove estaba apostado con la caja para los móviles.

«Margrethe. He estado pensando en algo», ponía en el mensaje de Henrik.

Pero no le dio tiempo a leer más antes de tener que entregar el teléfono.

—¿Nos sentamos en el mismo sitio de siempre?

Ella asintió y sonrió a Fanny, y de repente lo percibió.

Su sonrisa se mantuvo sin tener que forzarla.

Es posible que Gustav Heger no hubiese terminado con ella, pero tampoco lo había hecho el príncipe Henrik.

¡Y estaba pensando en algo!

# 3

## Corazón caliente

Margrethe se comía la ensalada de pasta con lentitud. Se introdujo uno a uno los tomates cherry en la boca y fue picoteando de lo verde. Después de haberse inventado una explicación sobre que debía llamar a su padre, se quedó sentada en la mesa del comedor cuando los demás quisieron ir afuera. Era un lugar seguro. Gustav Heger y sus amigos jamás acudían a la cafetería, siempre compraban su comida fuera.

Margrethe dejó el tenedor y leyó el mensaje una y otra vez:

> He estado pensando en algo. Es tan injusto que recibáis tantas críticas. ¿Crees que podríamos ayudarnos mutuamente? Y, por encima de todo, ¿qué tal está la hermosa princesa? ¿Con el corazón caliente? <3

Sus frases se habían asentado como una cálida manta sobre su corazón y su cuerpo. No era porque el príncipe Henrik la llamase hermosa. No solo por eso, vaya, sino también por la simpatía que le mostraba. Porque la veía. Los mensajes eran, además, un agradable recordatorio de que existía un mundo más allá del Instituto Elibenberg, de que había más personas allí, fuera de la pandilla. Un lugar en donde no se sentía diferente, donde la gente simplemente entendía.

Empleó un largo rato en responder. Quería asegurarse de mostrarse bien articulada y encantadora. Henrik solo era tres años mayor que ella, pero siempre había sido tan maduro, tenía tanto saber estar. No eran solo su negro cabello liso y sus maravillosos

ojos verdes lo que le gustaban tanto del príncipe danés. También era el hecho de que siempre decía y hacía lo correcto.

La última vez que se habían visto fue por su decimoctavo cumpleaños, en la celebración oficial en el Palacio de Amalienborg hacía casi dos años. Había dado un hermoso y enternecedor discurso durante la cena sobre cómo había sido crecer como hijo único, pero también sobre cómo nunca había echado en falta tener hermanos o se había sentido solo; porque tanto sus padres como sus abuelos siempre habían estado allí para él. Consiguió hacer que todos estallasen en carcajadas cuando dijo que, a pesar de ser el heredero al trono, aún tenía tiempo de sobra, pues daba por hecho que su abuelo, que pronto cumpliría noventa años, seguiría siendo rey de Dinamarca durante al menos cien años más. Puede que no fuese un chiste superdivertido, y que para la realeza fuese fácil que la gente les riese las gracias, pero Henrik parecía tan seguro de sí mismo y encantador cuando hablaba...

Margrethe siempre había pensado que su propio hermano tenía mucho que aprender de él. Lo único que tenían en común era su lugar en la línea de sucesión. Eso, y que los dos eran tipos encantadores. Kalle y Henrik nunca habían tenido una química especialmente buena. Kalle solía decir que Henrik era una persona normal y corriente, pero eso era justo lo que la realeza estaba destinada a ser.

Leyó el mensaje una vez más.

¿Crees que podríamos ayudarnos mutuamente?

¿Qué quería decir con eso en realidad?

«¡Hola, Henrik! Todo bien por aquí», comenzó, y borró el texto de inmediato. Sabía que podía hablar honestamente con Henrik.

¡Henrik! Me alegra recibir noticias del enfermero. Las cosas son un poco complicadas ahora mismo. Estaríamos encantados de recibir algo de ayuda, es bueno ver lo bien que os va todo.

Lo mandó antes de reflexionar un momento y escribir otro mensaje:

> Esto no se lo puedes decir a nadie, pero
> a veces desearía ser la princesa de Dinamarca
> en lugar de la de Noruega.

Acompañó el mensaje con un emoji con los dientes apretados y se apresuró a pulsar «enviar» de nuevo. Consultó el reloj y vio que la siguiente clase empezaba en cinco minutos, por lo que no le daba tiempo a quedarse allí sentada dudando sobre si el último mensaje había sido una buena idea o no. El envase de plástico medio lleno de la ensalada fue a parar al cubo de la basura, y notó las miradas de dos chicas que venían detrás de ella. Ninguna de las dos tenía, por lo que pudo ver, el teléfono móvil en alto. Pero, a pesar de todo, seguro que comenzaría a circular algún rumor sobre esto también. La princesa no se había acabado el almuerzo, o sea, ¿padece algún trastorno alimentario? Todo se analizaba. La mayoría de las cosas, además, se malinterpretaban. Sacudió la cabeza levemente, recogió su botella de agua y caminó con rapidez por el pasillo hacia el aula sin cruzar la mirada con nadie.

—¡Margrethe!

Arnie vino corriendo hacia ella desde la entrada, con el chaquetón de plumas en una mano. No le habría sorprendido que hubiese pasado todo el recreo fuera sin abrigo; seguramente habría olvidado ponérselo. A veces era tan despistado como un niño pequeño.

Se detuvo a un par de metros de ella.

—Oye, solo quería decirte que siento no haber pensado en mantener la distancia esta mañana —dijo—. Ha sido una torpeza enorme de mi parte.

—Ah, bueno, no le des más vueltas —repuso Margrethe—. Yo solo me aparté por costumbre, vaya. Y un poco también para que nadie diga que no nos comportamos correctamente. Pero no hay ningún problema. Al fin y al cabo, hemos sido contacto estrecho durante el confinamiento.

En general, Margrethe se había mantenido en su habitación

cuando Kalle tenía visita de Arnie. No soportaba sus ojos de cordero degollado, que todo el tiempo estuviese buscando una oportunidad para hablar. Estaba claro que no podía dejar pasar lo de la noche de Halloween. Tampoco ahora, a pesar de estar en medio del pasillo.

—Sí, porque todavía somos amigos, ¿verdad?

—Por supuesto que somos amigos. ¿Por qué lo preguntas? —replicó Margrethe mientras comenzaba a avanzar. Fingió no entender lo que quería decir.

Arnie dirigió la mirada al suelo mientras caminaban.

—No, pues, ya sabes que he tenido mucho cargo de conciencia desde... lo que sucedió. Y cuando he intentado hablar contigo sobre eso... Bueno, parece que no tienes mucho interés en hablar de ello, y entonces me ha dado como la sensación de que aún estabas un poco mosqueada conmigo.

Margrethe se detuvo, suspiró y lo miró.

—A ver, ¿cuántas veces me has pedido perdón por aquello que pasó?

—Unas cuantas.

—¿Y cuántas veces te he dicho que no fue tu culpa, sino la mía?

—Cada vez.

—Exacto —dijo ella—. Así que no pienso que haya mucho más de qué hablar.

—Pero Kalle dice que has estado tan decaída...

Le entraron ganas de descuartizar a su hermano.

—Kalle dice muchas tonterías. Escúchame: nosotros dos somos amigos. No estoy enfadada contigo. Todo está bien. Ahora en nada comienza la siguiente clase, ¿no podemos zanjar el tema?

Arnie asintió.

—El tema está zanjado —concedió él—. Y te apuntas a lo del viernes, ¿verdad?

Dios, tenía que acordarse de conseguir un regalo de cumpleaños para Fanny. Era demasiado tarde para pedir algo por internet. ¿Quizá pudiese pedirle a alguien que fuese a comprar por ella? Ir ella misma de compras era algo que estaba totalmente

fuera de discusión. Ir a una fiesta era una de las últimas cosas que le apetecían ahora mismo, pero, a pesar de ello, tenía que ir.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió.

Arnie pasó junto a ella y dejó caer su teléfono móvil en la caja sobre el escritorio del profesor. Margrethe se disponía a comentar lo poco responsable que le parecía juntar los teléfonos de veinte alumnos de dedos sudorosos en un espacio tan pequeño en el que todos estaban en contacto con todos, pero lo dejó pasar cuando, al sacar su propio móvil del bolso, notó cómo una cálida manta se extendía sobre ella de nuevo.

Henrik le había contestado. ¡Tan pronto!

> Eso tiene fácil arreglo. Si quieres ser princesa de Dinamarca, lo único que tienes que hacer es casarte conmigo.

# 4

# Trabajo en grupo

Los profesores estaban nerviosos. Era el primer día de vuelta a la enseñanza normal, y Ove ya les había mandado un trabajo en grupo para la asignatura de noruego. Cuando les pidió que formasen parejas, Margrethe cogió la mano de Fanny. No soportaba la idea de tener que entablar conversación con alguno de los demás, pero se arrepintió cuando el profesor les dijo que deberían presentar el análisis del poema al día siguiente.

Era la última clase del día, por lo que tendrían que trabajar en casa.

Margrethe debería haberse puesto con Kalle, pues así podrían trabajar en paz y tranquilidad en la mesa de la cocina. Aunque, conociéndolo, seguramente estaría ocupado «trabajando en grupo» toda la tarde junto a Lena. Últimamente se pasaban la vida «trabajando en grupo».

El tener una relación con Lena, una vulgar madre adolescente de Horten, era la ocurrencia más rara y duradera que su hermano había tenido hasta ahora a lo largo de su vida. Margrethe pensó que había conseguido salvarle de aquello, pero para su sorpresa, él había aprovechado el baile de Halloween para declarar su gran amor a aquella petarda. Incluso lo había hecho desde el escenario. Durante el numerito, Margrethe se había puesto en pie y había aplaudido educadamente después de su horrible canción. En realidad, de lo que más ganas había tenido era de darle una paliza. Sintió vergüenza ajena y desesperación por todo el escándalo mediático que su ridícula intervención iba a causar. Pero lo peor

de todo había sido que Kalle no le había contado nada. Todos los demás en la pandilla lo sabían. Era bastante obvio viendo cómo permanecían sentados asintiendo alentadoramente hacia el escenario. Kalle había tomado una decisión, había ensayado, planeado y discutido todo con Ingrid y Tess y, sí, Fanny. Y ninguna de ellas le había dicho nada.

Cuando esto sucedió, se alegró de haber dejado plantada a toda la pandilla para ir al baile con Gustav Heger.

Si tan solo hubiese decidido no acompañarlo a su casa después...

—¿Nos sentamos a tomar algo en *The Juicery*? —dijo Fanny—. ¿O es mucho lío para ti? También podemos ir a mi casa, si lo prefieres.

Margrethe miró por la ventana y localizó a Rolf, que estaba de pie apoyado contra el coche tras la entrada al patio del colegio. No había ni rastro de Gustav Heger. ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué estaría haciendo? ¿En qué estaría pensado? ¿Tenía... algún plan?

¿Iba a estar en *The Juicery*?

No podía arriesgarse.

—¿Podemos ir a mi casa? ¿Y que Rolf te acerque luego a la tuya en coche?

Fanny asintió y, como de costumbre, no hizo ninguna pregunta incómoda.

—Claro, hacemos lo que te venga mejor a ti.

Margrethe se puso el abrigo y Fanny se colocó la parka sobre la sudadera. Se enrollaron las bufandas al cuello y salieron juntas al frío.

Rolf las saludó con la mano cuando se acercaron.

—¡Señorita Fanny! Me alegra verte de nuevo —dijo—. Entrad, entrad, que dentro se está calentito.

Fanny y Rolf charlaron todo el camino hacia Asker. A Margrethe esto le vino bien, pues así pudo leer los mensajes de Henrik otra vez. Estaba claro que bromeaba con lo de que se casasen, pero, aun así, no cabía duda de que estaba coqueteando con ella, ¿no?

Aunque era dulce y agradable con ella, siempre había tenido

la sensación de que el príncipe danés solo la veía como a una niña pequeña. A excepción de la enorme celebración formal por su decimoctavo cumpleaños, no habían pasado tiempo juntos desde que ella tenía... ¿cuántos podían ser, once años?

¿Tal vez el escándalo de Halloween no había sido solo negativo para su imagen a pesar de todo?

Lo buscó en Google a escondidas. De repente, dio con una foto que no había visto antes. Había sido tomada en una playa. Henrik tenía el pelo mojado y un traje de neopreno bajado hasta la cintura, y estaba de pie sujetando una tabla de surf, con el torso al descubierto, sonriente y deslumbrante. Resultaba obvio que no era una fotografía oficial. Pero madre mía, ¡jamás le había visto tan guapo! «El eterno príncipe soltero», ponía debajo. La imagen provenía de una estúpida lista sobre los hombres más sexis de Dinamarca. Hizo clic y abrió directamente el artículo. Resultaba evidente que el periodista que lo había escrito pensaba que era un gran misterio que el príncipe no tuviese novia. Para Margrethe no había nada misterioso al respecto. Ella conocía el problema demasiado bien. Una sola cita, una foto junto a un chico desconocido, y ¡bum!, los periódicos digitales y las páginas de cotilleos determinarían que eran novios. Era imposible conocer a alguien cuando las cosas eran así.

Ahora cada vez más personas de la pandilla de amigos habían comenzado a salir con gente. Kalle y Lena eran un caso aparte, pero tanto Ingrid como Tess también habían tenido algunos proyectos, y se dedicaban a bromear sobre vergonzosas experiencias con rollos de una noche en el chat grupal. No sabía si hablaban en serio, si de verdad habían tenido *one-night stands*, pero en realidad no era del todo improbable. Era tan fácil para ellas. Margrethe se irritaba solo de pensarlo. Odiaba la sensación de que la dejasen atrás. Como cuando hacían el test de Cooper en educación física en secundaria, y todos salían corriendo. La única diferencia era que esta vez no servía de nada entrenar para alcanzar a los demás. ¿Qué podía hacer ella, vaya? ¿Con quién podría acostarse? ¿Quién era lo suficientemente de confianza como para ello? ¿Y cuándo podría suceder? ¿Cuando tuviese... treinta

años? ¿Y todos los demás se hubiesen casado hace mucho?

Lo que había sucedido con Gustav Heger en Halloween solo había complicado más las cosas. Después de aquello, ella se había prometido a sí misma que jamás volvería a ponerse en una situación vulnerable.

Debía dejar de intentarlo, de tener esperanza.

Este era su destino, había nacido para morir como una vieja virgen. Estaba destinada a permanecer callada para siempre cuando los demás hablasen de sus maravillosas experiencias.

¿O...?

Un violento rubor tiñó sus mejillas cuando cayó en la cuenta.

Por supuesto.

Henrik probablemente habría pensado lo mismo.

¡Sí!

Recorrió lentamente con el dedo en la pantalla su reluciente cuerpo semidesnudo.

Notó una especie de cosquilleo entre las piernas.

Había una posibilidad.

Había un candidato número uno perfecto.

El pensamiento hizo que todo su cuerpo burbujease.

—¿De qué te ríes? —preguntó Fanny.

—De nada —repuso Margrethe, y apoyó la cabeza contra el cristal sin lograr ocultar la sonrisa que se reflejaba en la ventanilla del coche.

# 5

# Hogar, dulce hogar

Cuando se detuvieron ante la entrada de la casa, Margrethe vio que faltaba uno de los coches. Su padre debía estar fuera, como siempre. A pesar de haber recibido muchas críticas por estar ausente durante la pandemia, había pasado sorprendentemente poco tiempo en casa. Ausente en todos los frentes. Margrethe abrió la pesada puerta junto a la entrada principal, con Fanny pisándole los talones. Se quitaron los zapatos en el recibidor vacío.

En los últimos meses, internet había estado lleno de historias sobre lo harta que la gente estaba de sus familias después de aquel período con los colegios cerrados y trabajando desde casa. Margrethe habría deseado poder unirse a esa queja. Era cierto que ella también estaba harta de los de casa, pero no era, para nada, porque siempre estuviesen a su alrededor.

Fanny y ella pasaron por delante de la cocina y se dirigieron a su estancia favorita, la enorme biblioteca al final del pasillo. Allí no había ninguna ventana, solo estanterías llenas de libros, álbumes de fotos y material de archivo privado del suelo al techo. En una de las paredes había una chimenea ante la que se situaba un sillón orejero, y en mitad de la habitación había una enorme mesa de trabajo de caoba. La madera oscura siempre le transmitía una especie de calma. Le encantaba sentarse allí rodeada de todas las cosas viejas en las estanterías, mientras se imaginaba a sus abuelos sentados también allí, trabajando en discursos y estrategias. Ahora, el espacio de trabajo de sus padres se situaba en la segunda planta, con vistas, y desde hacía mucho tiempo,

Margrethe había comenzado a considerar la biblioteca como su habitación.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Margrethe mientras sacaba los libros de texto.

Guri, la asistenta del hogar, llegó caminando desde la cocina justo cuando Fanny abría su enorme estuche al otro lado de la mesa.

—¿Me habéis llamado? —dijo empleando su habitual tonillo irónico—. Hola, chicas. La reina está en su habitación, Margrethe.

Guri dudó un momento, y lanzó una mirada hacia Fanny antes de esbozar una enorme sonrisa:

—¿Os ha ido bien el colegio? ¿Tenéis hambre?

Fanny sonrió.

—¡Me encantaría comer algo, sí!

—¿Has hablado con mamá después de que llegase a casa? —preguntó Margrethe mientras hojeaba el pesado libro de noruego.

No sabía qué estaba buscando, pero simplemente no quería mirar a Guri; quería seguir manteniendo la esperanza un poco más.

Su madre había tenido un evento en el Hospital de Ullevål aquella mañana. Iba a inaugurar una nueva ala para pacientes con secuelas después del coronavirus. Era su primer acto oficial en muchas semanas.

Cuando todo cerró, Margrethe había tenido la estúpida esperanza de que algo cambiaría. De que la cancelación de sus deberes de representación, la prohibición de viajar y el cierre de las escuelas uniría a la familia de nuevo, les haría hacer cosas juntos en lugar de hacerlas por separado. De que su padre tendría menos cosas que hacer, Kalle dejaría de salir, y las agendas vacías le devolverían las fuerzas a su madre. De que podrían desayunar juntos, hablar entre ellos por las tardes, permanecer en la misma habitación. Hacer esas cosas que las familias normales seguramente hacían.

En vez de eso, en realidad todo había ido a peor. Cuando el colegio estuvo cerrado, no hubo nada que impidiese que Kalle y Lena pasasen juntos todo el día. Su madre, diagnosticada con síndrome de fatiga crónica, se había tomado muy en serio todas las

noticias sobre el virus. Era como si tratasen sobre ella. Estuvo especialmente estresada cuando la pandemia golpeó con dureza a Suecia. En medio del peor momento, había tenido un impulso: se había puesto sus enormes gafas de sol y había hecho que Rolf la llevase en coche a ver a su familia en el extranjero en ese preciso momento. Por supuesto, aquello había levantado ampollas. La prensa había puesto el grito en el cielo porque la reina, que supuestamente estaba enferma, había infringido la prohibición de viajar. Después de eso, apenas había salido de su dormitorio.

¿Y su padre? Margrethe no tenía ni idea de dónde estaba entonces. Pasaba, como mínimo, la misma cantidad de tiempo fuera que antes.

—Sí he hablado con la reina hoy, sí —respondió Guri—. Dame cinco minutos y os prepararé mis mundialmente conocidos sándwiches.

Margrethe suspiró, comprendiendo lo que Guri quería decir en realidad.

—Tengo que ir al baño —le dijo a Fanny, y se incorporó.

Tuvo un mal presentimiento mientras ascendía la escalera y se dirigía al ala de los dormitorios. La puerta de la habitación de su madre estaba cerrada, como siempre.

Antes de llamar a la puerta, inspiró hondo y soltó el aire de nuevo.

Al ver que no había respuesta, abrió la puerta con cuidado.

El interior estaba oscuro, y las motas de polvo brillaban como pequeños puntitos luminosos a la luz del pasillo.

—¿Mamá? ¿Estás despierta?

No recibió respuesta, pero entró a hurtadillas de todos modos.

El aire de la habitación era pesado y estaba viciado. En la mesita de noche había un vaso de agua, un blíster de pastillas vacío y dos cajas de analgésicos.

Margrethe cogió el blíster vacío, lo tiró a la basura y echó un vistazo dentro de las cajas. Sacó uno de los blísteres plateados de pastillas y se lo guardó con rapidez en el bolsillo del pantalón. Después, se dirigió hacia el enorme ventanal y lo entreabrió. Apartó las oscuras cortinas drapeadas para dejar entrar el sol

invernal. Solo entonces se produjo un movimiento en la cama de matrimonio. Un torso coronado por una cabellera oscura se retorció como una anguila durante algunos segundos antes alzar una mano para protegerse de la luz.

—Cariño, me hace daño en los ojos. ¿Puedes cerrar las cortinas de nuevo? Creo que aún no estoy preparada para empezar el día.

—Son las cuatro, mamá. ¿No has estado en el hospital?

Desde debajo del edredón solo le llegó un suspiro. Entonces, la cabeza de su madre se asomó. Lucía pálida y cansada, aunque seguía siendo hermosa.

—No ha podido ser. Lo siento mucho.

Margrethe la observó allí tumbada en la cama. Resultaba increíble que tanta gente se atreviese a dudar de la enfermedad de su madre. «Si tan solo la viesen así», pensó. Cómo ella, que amaba arreglarse y socializar, descansaba allí como un triste naufragio por cuarto año consecutivo. Agotada de no hacer nada. Margrethe se dispuso a hacer algún comentario cáustico, como que quizá debería dejar de decir que sí a eventos cuando siempre acababa cancelándolos igualmente; pero, en lugar de eso, se dirigió hacia la ventana y echó un vistazo al césped marchito y las ramas desnudas del jardín. Tragó saliva dos veces.

—Está bien, mamá. Solo intenta descansar.

Dejó las cortinas como estaban, pero bajó las persianas con cuidado. La habitación quedó en penumbra, pero no en total oscuridad. Quizá algo de luz diurna ayudaría. Vio cómo el cuerpo de su madre se relajaba de nuevo entre las sábanas de satén marrones.

¿Cuánto iba a durar esto?

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo. No podía dejarlo estar, de todos modos.

—¿Y papá? ¿No podría haber ido en tu lugar?

—¿Papá? No, él... está en la cabaña.

—¿En la cabaña? ¿Entre semana?

Su madre se giró debajo del edredón.

—Al parecer, hay buenas condiciones para esquiar en este

momento —repuso con voz cansada—. Seguro que también puede trabajar un poco desde allí.

Margrethe se desplazó lentamente hacia la puerta. Curioso. En realidad, había sido el invierno con menos nieve de los últimos tiempos. Tal vez la cosa hubiese cambiado. De todas formas, ¿por qué su padre no podía ocupar el lugar de su madre cuando ella no lo conseguía? ¿No comprendía lo triste que su madre se ponía cuando decepcionaba a otros?

Y, ¿sabía acaso su madre que ella y Kalle habían tenido hoy su primer día de vuelta al colegio? ¿No sentía ni la más mínima curiosidad sobre cómo había ido?

—Oye —dijo su madre de repente. Margrethe sonrió y se giró esperanzada—. Bueno, lo siento, mi niña —añadió su madre—. Solo necesito descansar un poco.

Margrethe asintió, presionó suavemente la manija de la puerta, salió y cerró la puerta tras de sí muy despacio, de manera que no produjese ningún sonido.

Fanny todavía estaba sentada a la mesa con el teléfono en las manos cuando regresó. Su plato estaba lleno de migas, pero aún no había tocado la taza de té.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —replicó Margrethe, e hizo clic en Classroom—. ¿Te parece que empecemos?

Fanny la miró fijamente.

—¿Estaba mal?

Margrethe asintió en silencio. Notó cómo el nudo en el estómago crecía y se extendía hasta su garganta. Bloqueando el aire, presionando las lágrimas contra sus ojos. Su madre llevaba enferma mucho tiempo. ¿No debería haber aprendido Margrethe a llevarlo un poco mejor con el tiempo?

Fanny se levantó, rodeó la mesa y colocó ambos brazos alrededor de ella. Margrethe permaneció sentada inmóvil y se dejó envolver por el suave tejido de su sudadera. Notó el duro borde de la visera clavándosele en la cabeza.

—No tiene nada que ver contigo, lo sabes, ¿no? —dijo Fanny en voz baja.

—Sí —susurró Margrethe—. Lo sé.

Su respiración fue calmándose mientras Fanny la abrazaba, y las lágrimas de sus ojos se retiraron. Entonces Margrethe asintió y se soltó con cuidado. Fanny regresó al otro lado de la mesa. Permanecieron en silencio. Su amiga revolvió en su carpeta de dibujo, sacó algunos rotuladores y garabateó algo en el cuaderno. Después lo alzó hacia ella.

Un arcoíris.

—Todo va a salir bien —dijo Fanny con voz profunda.

El tonto símbolo del arcoíris había estado colgado en todas las ventanas durante la pandemia.

—Toooodo va a salir bieeeen —repitió Fanny con una voz aún más profunda, más de monstruo.

Margrethe estalló en carcajadas.

—No, definitivamente no lo hará —replicó Margrethe, y ambas esbozaron amplias sonrisas mientras Fanny arrugaba el folio con el arcoíris y lo lanzaba a la papelera de la esquina.

Eso era lo mejor de su íntima amiga. Ella entendía. Comprendía que no todo iba a ir bien o, por lo menos, no de repente. Fanny, entre todos, lo sabía. Por eso era siempre más fácil hablar con ella. Fanny te escuchaba, pero nunca venía con consejos estúpidos y palabras de consuelo vacías.

Contempló a su amiga, que había cogido el móvil de nuevo. Si tan solo pudiese contarle también lo que había sucedido en Halloween…

Margrethe carraspeó, intentando librarse de la desagradable sensación que inundaba su cuerpo cuando pensaba en ello.

—Bueno, igual deberíamos empezar con el análisis del poema, ¿no?

—Sí, deberíamos… —repuso Fanny, y sonrió con picardía hacia ella—. ¿O…?

Margrethe sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Vale, una partida —dijo, y se hundió en la silla con el teléfono móvil—. Y después los deberes. Y luego… ¿tenis?

# 6

# As

Margrethe puso toda su energía en el revés y sintió lo bien que golpeaba. La pelota cruzó la red en diagonal y aterrizó sobre la línea. Fanny se estiró para tratar de alcanzarla, pero no tenía ninguna posibilidad.

—*Yes!* —gritó Margrethe, y estiró los brazos en el aire—. *Game.* Entonces vamos... ¿5 a 1?

—Seguro, he perdido la cuenta hace mucho —dijo su amiga cuando se reunieron en el banco junto a la red—. Y ahora te toca sacar a ti. ¿Nos rendimos ya? Vas a ganar de todas maneras. Y estoy agotada. Llevo sin entrenar varios meses.

—Anda ya, no seas así. Vamos a terminar de jugar el partido, al menos.

—Vale —concedió Fanny—. Pero entonces necesito descansar un poco antes.

Se sentó, sacó el móvil, y Margrethe tuvo que reírse de ella.

—¡Ok, perezosa! Mientras tanto, voy a practicar mi saque.

Recogió su teléfono, se sacó un selfi rápido con la raqueta en la mano y lo envió a Dinamarca.

La respuesta de Henrik llegó antes de que le diese tiempo a dejar el móvil.

> Guau. Se te ve feroz. Espero que nunca me desafíes a un partido. Un saludo de alguien con dos manos izquierdas.

Margrethe soltó una risita. Notó una especie de sentimiento

de felicidad. Era tan agradable volver a pisar una pista de tenis. Aún hacía demasiado frío como para jugar fuera, pero no pasaba nada. El personal se había asegurado de que la pista estuviese libre de nieve y seca. Y dado que era su propia pista, no existía el riesgo de encontrarse con nadie allí.

El club de tenis abriría de nuevo el fin de semana, pero allí no podía acudir. El riesgo de encontrarse con Gustav Heger era demasiado alto.

En realidad, era irónico. Hacía menos de un año, había ido al club de tenis casi cada día precisamente para encontrarse con él.

A él le había parecido perfecto. Siempre tan amable y relajado. Iba a tercero de bachillerato, pero parecía mayor. Se tomaba muy en serio el tenis. Después del bachillerato, iría directo a Estados Unidos con una beca. Y era tan guapo. Margrethe había empezado a quedarse por allí después de los entrenamientos cuando sabía que él iría después.

Finalmente, él captó la indirecta.

La primera vez que la besó, junto a la salida de emergencia trasera, le había parecido que todo iba bien. Como en una película. Después, se habían mandado muchos mensajes, pero solo pasaban tiempo juntos antes y después de los entrenamientos de tenis. Ella no le había contado nada a Kalle; quería esperar a que todo fuese totalmente seguro, a que estuviesen juntos oficialmente. Su primer novio. Por fin.

Cuando Gustav Heger le había preguntado si quería ir con él al baile de Halloween, se había puesto contentísima. Era la ocasión perfecta para presumir de él, para hacer pública la nueva superpareja del colegio. La princesa y la estrella del tenis.

¡Había empleado tanto tiempo en vestirse y maquillarse aquella noche! Había repasado muchas veces aquella escena dentro de su cabeza, en la que todos estarían como *«what?»*, pero aun así pensarían «¡por supuesto!», porque ellos dos hacían la pareja perfecta.

Margrethe lanzó la pelota de tenis al aire, se inclinó sobre ella y remató con un saque durísimo.

Luego hizo lo mismo una vez más.

Y otra.

Y otra.

Todo el tiempo se imaginó golpeando con la pelota el rostro impecable de Gustav Heger.

# 7

## De hospital

—¡Así, sí! Estaría bien si pudieseis colocaros delante de la entrada, ¡ahí!

—¡Aquí, aquí!

—¡Su Majestad, SU MAJESTAD!

—Y hacia allí, ¡gracias!

El que gritaba más alto llevaba uno de esos chalecos que a menudo llevan los fotógrafos, y que a Margrethe le recordaban a los chalecos con explosivos.

Se enderezó discretamente la falda y echó un vistazo rápido hacia el lateral, hacia los otros tres, que lucían solemnes pero a la vez amistosos, en presencia de las cámaras. Ella no recordaba la última vez que toda la familia había acudido a un acto de representación conjunta. Margrethe no estaba segura de que fuese una buena idea. Sentía como si su familia fuese una enorme bomba a punto de explotar. Kalle daba la impresión, como siempre, de desear estar en cualquier otro lugar que no fuese allí. Su padre parecía aletargado y distraído y... casi asustado. Su madre posaba con la espalda sorprendentemente erguida. Estaba muy guapa hoy. La reina siempre lo estaba cuando conseguía sobreponerse a su enfermedad. Llevaba un largo abrigo de lana beis sobre el vestido negro. El cabello le colgaba suelto, por una vez, sobre sus hombros. Sus ojos se ocultaban tras unas enormes gafas de sol, como solían hacer, a pesar de que la asesora de comunicación siempre le sugería que se las quitase. Esto hacía que pareciese distante y altiva, como una Melania Trump sueca. Era increíble que su propia

madre no lo comprendiese. Había tantos pequeños detalles de ese tipo a los que no prestaba atención. O que no comprendía. A menudo parecía como si se hubiese mudado a Noruega el año pasado, y no hacía veinte años. «Quizá no sea tan extraño que muchos ahí afuera duden de su enfermedad», pensó Margrethe con tristeza.

—Gracias, gracias —dijo el hombre vestido de traje que se había presentado como director general del Hospital Universitario de Oslo, dirigiéndose claramente al cuerpo de prensa—. Ahora vamos a entrar, pero posteriormente tendréis la oportunidad de dirigir algunas preguntas cortas a la familia real tras la visita.

Sujetó la puerta y extendió el brazo para señalizar en qué dirección debían ir. Desde fuera, Margrethe pudo ver cómo enfermeras y médicos uniformados estaban dispuestos en fila para darles la bienvenida. Mierda. Todos llevaban mascarillas; los miembros de su familia eran los únicos que no las llevaban puestas.

Resultó ser el menor de sus problemas.

Tan pronto como entraron a la recepción del Hospital de Ullevål, sintió como si la hubiesen enviado de vuelta a la noche de Halloween.

A aquel olor.

Al aroma estéril de la crisis y la vergüenza.

Debería haber estado preparada. El zumbido de las lámparas fluorescentes y el sonido de los zapatos contra el suelo de linóleo inundaron sus sentidos. Le pitaban los oídos. Margrethe intentó enfocar la mirada en un punto lejano, concentrarse en caminar con calma y sin tambalearse.

No había estado dentro de un hospital desde que la ingresaron de urgencia por la puerta de atrás aquella noche.

Sus amigos se habían quedado a su lado cuando no conseguían despertarla en la posfiesta al baile de Halloween. Todos se habían asustado tanto, según dijeron después. Sobre todo Arnie; él estuvo totalmente histérico, había sentido remordimientos de conciencia de inmediato. «No se habrían mostrado tan cariñosos y preocupados si hubiesen sabido lo que había hecho antes aquella noche», pensó Margrethe.

Estaba consciente cuando llegaron a toda prisa al hospital en mitad de la noche. Se percató de que aquellos que empujaban su camilla iban hablando de que había que ser «discretos», de que habría que alojarla en una habitación individual en la unidad de cuidados intensivos. Vio cómo su vestido de color verde esmeralda de Cleopatra se arrugaba contra las sábanas blancas y se había sentido avergonzada.

Había pasado una vergüenza tan intensa.

«Esto inundará todos los blogs de cotilleos y las portadas de los periódicos mañana», pensó mientras yacía allí. Iba a ser expuesta delante de todo el país. Su futuro se vería arruinado, quizá también la casa real. Cuanto más pensaba en ello, más difícil le resultaba respirar. Comenzó a hiperventilar y escuchó el ritmo desigual de los mensajes que iban gritando.

Entonces, había aparecido de repente sobre ella un ángel blanco con el cabello tan claro que parecía que tuviese un halo alrededor de la cabeza.

—Todo está bien, Margrethe —había dicho mientras le acariciaba la frente—. Todo está muy bien.

Sin pensar en la etiqueta; ningún «Princesa» o «Su Alteza Real». Solo una mano cálida. La enfermera estaba tan segura y tranquila, que Margrethe miró dentro de sus ojos azules y ya no tuvo miedo. En lugar de eso, llegaron las lágrimas. Corrieron y corrieron por sus mejillas hasta alcanzar la almohada a ambos lados de la cabeza. Pronto sintió que su pelo estaba húmedo, pero la enfermera siguió acariciándole la frente hasta que consiguió conciliar el sueño.

Al día siguiente, tanto su madre como su padre habían estado en la habitación cuando el médico hizo acto de presencia. Los miró con seriedad y les informó de que las muestras de sangre habían mostrado una alta cantidad de paracetamol, y de que la combinación de opioides y alcohol podría haber tenido un fatal desenlace. En otras palabras, lo que la había enviado a urgencias no había sido el GHB que había tomado, sino las pastillas para el dolor de cabeza en combinación con beber alcohol. Su madre se deshizo en sollozos, su padre dijo algo sobre la importancia de no

exagerar; pero nadie preguntó por qué se había tomado tantas pastillas. Al final, fue la misma enfermera de antes la que se asomó a la puerta y les dijo, a los mismísimos reyes, que Margrethe debía descansar.

Después de eso no habían vuelto a hablar del tema. Era como si la familia diese por sentado que Margrethe nunca jamás volvería a hacer algo parecido.

¡Y pensar que no le había preguntado a la enfermera por su nombre!

En ese momento, Margrethe inspiró hondo y dejó que su mirada barriese la fila de uniformes blancos para ver si la enfermera estaba allí, pero no la vio.

Se adentraron un poco más en el pasillo, guiados por el director, que se detuvo delante de una nueva puerta.

—Les agradeceríamos enormemente que se pusiesen una de estas, ahora que vamos a entrar en la nueva ala —propuso ofreciéndoles cuatro mascarillas, cada una en su sobre estéril—. Todavía debemos tomar todas las precauciones posibles. En esta unidad de convalecencia hay muchos que aún están muy débiles.

Margrethe, Kalle y su madre se colocaron obedientemente las mascarillas, pero su padre permaneció inmóvil con la suya en la mano.

—Yo os espero aquí —dijo.

Margrethe se giró sorprendida hacia su padre. Su boca estaba apretada en una línea decidida, y su mirada era distante; estaba claro que el asunto no estaba abierto a discusión. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había convertido de repente en un opositor a las reglas de prevención? ¿Había perdido la cabeza por completo?

Súbitamente, el director parecía confundido y estresado.

—Su Majestad, le pido perdón si esto le resulta desagradable, pero es por su propia seguridad, y...

Margrethe permaneció contemplando a su padre con la boca abierta. ¿Por qué estaba tan enfadado? Examinó su rostro, tratando de encontrar alguna grieta en aquella dura fachada.

—Os espero aquí. No voy a entrar —repitió con tranquilidad pero decidido.

—Claro. Por supuesto —dijo el director—. Muy bien.

El recorrido por la nueva ala del Hospital de Ullevål no les llevó mucho tiempo. No es que hubiese muchísimo que ver, aparte de camas de hospital y grupos de sofás para familiares, y habitaciones con colores más frescos de lo habitual. Saludaron a varios pacientes que estaban en proceso de recuperación. Así era siempre. Los casos de éxito eran los que se mostraban.

Se reunieron de nuevo con el rey junto a la salida, y fue cuando se disponían a salir otra vez cuando se desató el caos.

Margrethe ya podía oírlos antes de atravesar las puertas. Los gritos. Las voces sonaban enfadadas. Pudo ver cómo el director del hospital volvía a mostrar una expresión preocupada, y los guardaespaldas comenzaron a hablar entre sí a través de los pinganillos.

—¿Desean Sus Majestades que la familia real salga por la puerta de atrás? —preguntó uno de ellos.

Su padre vaciló un poco, pero suspiró y negó con la cabeza.

—No podemos escondernos —dijo.

«Menuda ironía», pensó Margrethe, dado que era precisamente lo que acababa de hacer al negarse a entrar en la unidad.

—Salgamos por aquí y acabemos con esto.

Cuando emergieron, los *flashes* de las cámaras no fue lo único que los recibió, sino también los gritos de manifestantes en dirección a ellos. No eran muchos, pero se hacían oír. En sus pancartas ponía: «Coronas para la sanidad en lugar de la realeza» y «¡Abajo la monarquía!». La pandemia había hecho que el pequeño grupo de antimonárquicos se pusiese las pilas. Cada vez que se hablaba de que había poco dinero en algún lugar de la sociedad, empleaban la ocasión para proclamar la abolición de la monarquía. Como si la familia real fuese una valiosa moneda de oro que pudiese intercambiarse por dinero en efectivo. Era una idiotez, pero también era de esperar. Margrethe simplemente habría deseado que sus padres no echasen más leña al fuego

comportándose de manera tan distante.

Se obligó a sonreír, pero le dolía el estómago.

Parecía como si los manifestantes les estuviesen pidiendo que se marchasen para no volver jamás. Para ella no era una cuestión de monarquía o república. Sino de su padre, su hermano, y sí, toda su familia.

—Si todos se comportan, tenemos tiempo para algunas preguntas —dijo la asesora de comunicación, y dio la palabra al periodista de televisión que nunca preguntaba sobre ningún tema crítico.

—Fredrik Hansen, de TV2. ¿Cómo cree la reina que ha ido el encuentro con los pacientes en el hospital?

Su madre se inclinó hacia el micrófono.

—Ha sido un encuentro intenso y magnífico con gente que ha luchado tanto por su vida como por la de otros —dijo—. Yo y el resto de la familia real sentimos un profundo respeto por el trabajo que hace el Hospital Nacional.

Margrethe dejó de respirar. Durante un par de segundos, reinó el silencio alrededor de ellos. Incluso los manifestantes dejaron de gritar. Kalle no consiguió contener una risita. La propia Margrethe le dedicó una fugaz e intensa mirada a su madre. Aún tuvieron que pasar un par de segundos más antes de que su madre se diese cuenta de lo que acababa de decir.

—*De Ullevål* —dijo de repente, soltando algunas palabras en sueco—. Perdón. Sentimos un profundo respeto por el trabajo que hace el Hospital de Ullevål. Aunque estoy segura de que el Hospital Nacional también hace un trabajo excelente.

Siempre cambiaba a su idioma materno cuando no estaba segura.

Después de más susurros y risitas por lo bajo, varios periodistas quisieron saber qué tenía que decir el matrimonio real sobre las críticas que habían recibido, pero, cada vez que alguien formulaba ese tipo de preguntas, la asesora de comunicación interrumpía diligentemente el diálogo y decía que hoy solo se responderían preguntas sobre el hospital.

—Tenemos tiempo para una última pregunta —añadió.

Después de evaluar el cuerpo de prensa, señaló a un tipo joven que Margrethe no había visto antes. Sujetaba un cuaderno de notas en una mano, y tenía una mirada afilada y lobuna. Margrethe lo percibió de inmediato: la estaba mirando a ella.

—Bendik Wahl, del diario digital *Nettavisen* —dijo—. ¿Qué piensa la princesa sobre estar de vuelta en el Hospital de Ullevål después de haber estado ingresada aquí el otoño pasado?

Los asistentes a la rueda de prensa volvieron a quedarse en silencio, pero el ambiente era diferente ahora. El recién llegado había hecho referencia a lo que todos se habían estado preguntando.

Margrethe se enderezó. Vale, era capaz de hacer esto. Tenía la respuesta perfecta en la punta de la lengua: «Recibí un trato increíblemente bueno aquí en octubre, y nunca voy a olvidar a las maravillosas personas que me ayudaron. Pero esto no trata de mí», formuló dentro de su cabeza, y miró hacia los periodistas.

Las miradas la paralizaron.

Margrethe permaneció inmóvil con la boca abierta.

—Yo... —dijo, sintiendo que la cabeza le zumbaba.

Trató de inspirar, pero era como si el aire no le entrase del todo en los pulmones. Cuando intentó hacerlo de nuevo, se oyó una especie de jadeo a través de los altavoces.

Para alejarse del micrófono, dio un pequeño paso hacia un lado. Miró a los periodistas. Sus ojos estaban despiertos. Parecían casi contentos. Podía ver lo que estaban esperando: que algo imprevisto sucediese. «Date de narices contra el suelo, anda, princesa.» «¡Mete la pata!» Empezó a pensar en qué hacía con las manos; las tenía juntas ante el regazo. Debía parecer tonta, así que las separó con rapidez. Notó como si sus piernas y sus brazos de repente fueran muy largos y difíciles de colocar. Sentía pinchazos en ellos. Ahora su familia también se había girado hacia ella. Imagina que su madre o su padre pudiesen simplemente acercarse al micrófono y decirlo abiertamente, lo que Margrethe quería decir: «Esto no trata de mí. Esto trata de las muchas personas que todavía siguen ingresadas en el hospital luchando por su vida, y de aquellos que luchan por recuperar a sus seres queridos». Pero sus

padres permanecieron totalmente inmóviles. La propia Margrethe dio un paso adelante hacia el micrófono de nuevo, pero notó cómo el sudor comenzaba a correrle por la espalda. «¿También bajo los brazos?» ¿Se había dado cuenta alguien? No podía agarrar el micrófono, pues entonces verían las manchas bajo sus brazos. Tampoco tenía suficiente aliento como para decir nada en absoluto. ¡No había suficiente aire! Iba a morirse.

Desesperada, retrocedió tres pasos otra vez. Kalle se giró sorprendido hacia ella. Margrethe lo miró aterrorizada, y él se movió imperceptiblemente un poco más cerca en el momento en que ella colocaba las piernas algo más separadas para evitar balancearse. Dejó que su mirada se desplazase de un lado a otro por el pequeño aparcamiento, buscando desesperada un punto en el que descansarla.

Entonces Margrethe la vio.

Estaba prácticamente al lado de los manifestantes, pero tenía puesto el uniforme. Cuando vio que Margrethe la estaba mirando, le sonrió con calidez.

La enfermera de la noche de Halloween.

La asesora de comunicación finalmente comprendió que tenía que tomar cartas en el asunto, se adelantó resuelta y dijo que la princesa no respondía a preguntas privadas, y que la rueda de prensa había terminado. Margrethe vio cómo los periodistas se ponían en marcha de inmediato y comenzaban a mirar sus teléfonos móviles. Su pulso se normalizó, pero Margrethe notó que algo se hundía en su estómago. Miró a la enfermera.

«Sois ángeles salvadores —debería haber dicho—. Os merecéis todos los honores.» En vez de eso, había malgastado la oportunidad, mostrándose como una idiota. Trató de esbozar una sonrisa con aire de disculpa hacia la enfermera, pero esta ya se había dado la vuelta. Margrethe giró la cabeza hacia el otro lado, y se armó de valor para enfrentarse a las reacciones de su familia. Cuando sus ojos se encontraron con los de su padre, se quedó sin aire.

El rey estaba llorando.

# 8

## Buen comportamiento habitual

Margrethe se cepilló la espesa melena, asegurándose de desenredar los nudos que siempre se le formaban en las puntas, aun cuando estaba recién cortado. Poco después, su cabello caía brillante y espeso sobre su espalda. Echó un vistazo a su imagen en el espejo del tocador, se aplicó brillo de labios y se echó un poco de perfume en el cuello. Tenía buen aspecto, todo había ido bien los días posteriores a la visita al hospital. Gracias a Dios, el llanto del rey le había robado el protagonismo tanto a ella como a la penosa intervención de su madre. Las lágrimas habían aparecido en todos los periódicos, y también parecían haber calmado el torrente de reacciones críticas hacia la monarquía. En el ámbito familiar no se había hablado ni una palabra del incidente en el hospital. Nadie parecía preguntarse qué diablos había sucedido. Nadie aparte de Margrethe.

¿Por qué se había echado a llorar su padre?

Que este comportamiento no cuadrase para nada con su conducta habitual la estresaba. Reforzaba la sensación de que algo no iba bien.

Al mismo tiempo, había supuesto su salvación. ¿Podía haber llorado a propósito?

No, su padre no era tan cínico.

Lo principal, al fin y al cabo, era que todo había ido bien.

También había sobrevivido a su primera semana de vuelta en el colegio. De hecho, las cosas parecían haber regresado a la normalidad.

Ahora solo tenía que sobrellevar la fiesta de esa noche.

Cuando escuchó risitas y conversaciones en el pasillo, se apresuró a atarse el albornoz a la cintura y asomarse a la puerta. Lena y Kalle se disponían a calzarse y ponerse los abrigos. Su hermano la vio y saludó con la mano. Lena hizo lo mismo.

—¡Nos vemos en casa de Fanny! —dijo Kalle.

Margrethe echó un vistazo hacia el reloj de pie del siglo XIX que se alzaba en el pasillo; no marcaba más de las seis.

—¿No íbamos a ir juntos? —preguntó.

—Vamos a tomarnos unas cervezas en casa de Tess primero —repuso su hermano.

—Liv también viene —añadió Lena—. Te puedes unir, si quieres.

—¡Claro, por supuesto! —se disculpó su hermano—. Simplemente pensé que... bueno, que seguramente no te apetecería.

Algo se rompió dentro de Margrethe.

—No pasa nada —dijo en voz baja—. Aún no estoy lista, así que da igual.

Tal vez no fuese tan extraño que hubiesen dejado de invitarla a cosas. En los últimos meses, apenas había tenido contacto con otra persona que no fuese Fanny. Todavía no soportaba la idea de estar con amigos y reírse con ellos.

No se lo merecía, no después de lo que había hecho.

Además, parecía obvio que se las apañaban bien sin ella.

Que Tess no invitase a Margrethe no era extraño en absoluto, pues siempre había sido un error de cálculo que las dos perteneciesen a la misma pandilla. Aún seguía sin entender por qué Tess había comenzado a estudiar en el mismo instituto que ellos. O sea, ¿no podía simplemente buscarse sus propios amigos? Pero que Kalle se hubiese olvidado de ella... Él siempre la había arrastrado consigo a fiestas y eventos. Cuando eran más jóvenes, se negaba a ir a ningún sitio si ella no le acompañaba. Siempre quería estar con ella, incluso si le frenaba a menudo. A él le gustaba, creía ella. Se complementaban el uno al otro. Pero ahora... apenas se había acordado de despedirse. Seguramente se lo pasaba mejor sin ella,

pues así podía soltarse del todo.

Se imaginó la estampa. Lena, que probablemente estaría borracha antes de llegar, ella y Liv, su desastrosa y zarrapastrosa amiga de Horten. Tess, que seguramente se lo pasaría de fábula ahora que Margrethe no iba a estar allí, pues podría dedicarse a sacarle montones de fotos a Kalle y compartirlas en su estúpida cuenta de TikTok. Ingrid, con todas sus preguntas críticas.

No, ella tenía sus razones para haberle dicho aquello a Gustav Heger en Halloween.

¡Pero no lo había dicho en serio!

¡Solo era una broma!

El problema era que nadie lo entendería.

Sacudió la cabeza, como si quisiese ahuyentar aquel recuerdo desagradable. En fin. Si había una cosa que sí sabía con seguridad era que las imágenes y los sonidos de aquella noche siempre volvían. Prácticamente cada noche. Algunas veces, también de día.

No podía permitir que algo así volviese a ocurrir jamás. Nunca debía perder el control de esa manera. Independientemente de lo mal que la tratase la gente.

Habría dado cualquier cosa por poder deshacer lo que había sucedido aquella noche.

«Buen comportamiento habitual —le había pedido la asesora de comunicación—. Camina en silencio por los pasillos.»

Es lo que había hecho. Es lo que siempre hacía. Normalmente, estas instrucciones iban dirigidas a Kalle, pero, desde el otoño pasado, el personal de la casa real parecía igual de preocupado porque a Margrethe se le pudiese ocurrir hacer algo que dañase la imagen de la institución.

Era ridículo, y tremendamente injusto.

Durante casi diecisiete años, ella jamás había hecho nada malo.

Ahora de repente todos la miraban como a una bomba a punto de explotar.

Todo era culpa de una sola persona.

Gustav Heger había acudido al baile de Halloween sin disfraz. Ella se había sentido un poco decepcionada pero no demasiado

sorprendida. Los de tercer curso casi nunca se tomaban en serio los bailes de disfraces, y la mayoría, además, había dado prioridad a otra fiesta privada que había el mismo día.

Margrethe y Gustav Heger también habían acabado en esa fiesta al cabo de un rato.

Habían bebido bastante, tanto cerveza como otras bebidas alcohólicas más fuertes. Cuando él le había preguntado si quería acompañarle a buscar un cargador a la habitación de su amigo, Margrethe había ido con él, aliviada de poder alejarse de todos aquellos desconocidos del salón. Arriba, en la habitación, se había sentado sobre la cama y comenzado a hojear el anuario escolar mientras él hurgaba en el escritorio de su amigo. Finalmente, Gustav Heger también se había dejado caer sobre la cama con el cable blanco de iPhone en la mano. Entonces, se había inclinado sobre ella y pasado las páginas hasta la fotografía de grupo de 1.º A.

—Ahí, justo, esta es la mejor página —dijo, desplazando el dedo sobre el retrato de ella—. La princesa más genial.

Margrethe recordó el cosquilleo que había sentido en el estómago. ¡Gustav Heger pensaba que era genial!

—Justo al lado de Smørbukk —agregó refiriéndose a Arnie, que estaba junto a ella y aparecía con los ojos cerrados, aparentemente en medio de un estornudo.

Margrethe se echó a reír, sorprendida del comentario descarado. ¡Él, que siempre era tan educado! Al mismo tiempo, resultaba liberador... Y ¿cierto? Justo en esa foto, Arnie se parecía un poco a Smørbukk, tan contento y con su cara redondeada.

Ella le había seguido el juego y había señalado a Lena.

—Ahí tenemos al patito feo —dijo, y Gustav Heger soltó una carcajada y continuó:

—¡... que ahora está con *His Royal Fuckboy*!

Él la miró mientras hacía el comentario, como para comprobar si le estaba permitido decir esas cosas de su hermano. Margrethe sonrió y añadió:

—Excepto porque él era virgen antes de empezar con Lena, vaya.

Ella observó con satisfacción la sorpresa que mostró el rostro de Gustav Heger.

—Y ahí está la hija del ricachón o, mejor dicho, la hija tonta del ricachón, pues, en serio, apenas sabe leer —continuó Margrethe ávida mientras apuntaba hacia Ingrid—. Esa seguramente acabará a la cabeza del N.A.V. —dijo deletreando en inglés, así como Ingrid solía hacer cuando hablaba de su padre, que era director ejecutivo de la compañía petrolera F.O.N.

Gustav Heger rio de nuevo y, motivada por su reacción, ella continuó nombrando características y soltando comentarios impertinentes sobre casi todos los de la clase.

Calificó a Tess de celebridad triple C: ce de calentorra, cínica y cretina.

Lo de Fanny simplemente se le escapó, como un eructo imposible de contener:

«La hija única mimada que nunca deja de lloriquear porque su madre la abandonó».

Una punzada de mala conciencia la alcanzó a través del alcohol. Aquello de que Fanny no había tenido ningún contacto con su madre después de que se fuese de casa, de que Fanny ni siquiera sabía dónde vivía, era algo que casi nadie sabía. Margrethe continuó de todos modos, en parte para dejar atrás el horrible comentario que acababa de hacer, pero sobre todo porque era divertido decir cosas que nunca solía decir. Resultaba agradable poder liberarse por fin de todas las inhibiciones. Al final fue Gustav Heger el que la detuvo. De pronto, se puso serio, se inclinó sobre ella y apartó el anuario escolar de forma que este resbaló de la cama y cayó al suelo.

Margrethe sintió sus labios en el cuello, y comenzó a sentir un cosquilleo en todo el cuerpo. Experimentó un nuevo sentimiento de emoción. Esto era casi más de lo que se había atrevido a esperar. ¡Que fuese a pasar tan pronto!

Se recostó sobre la cama.

Fue entonces cuando escuchó el leve pitido del teléfono móvil.

Una notificación de algún tipo.

Automáticamente, su cuerpo se tensó.

—Olvídalo, ha sido el mío —dijo él, y siguió besándole el cuello con ternura.

Ella se giró y vio su móvil sobre la mesita de noche con la pantalla hacia abajo.

—¿El tuyo? Pero ¿no estaba sin batería?

—Ah, sí, sí, seguro que solo ha sido el teléfono al encenderse de nuevo.

Ella se zafó para coger su teléfono móvil.

—Lo siento, no puedo relajarme sin...

Le dio la vuelta al teléfono de Gustav para ponerlo en modo avión, pero en la pantalla bloqueada vio una pulsante línea roja.

Él estaba grabando un audio.

Fue como si todo el alcohol que había bebido desapareciese de su cuerpo de golpe. Soltó el teléfono móvil como si le hubiese quemado la mano. Él lo cogió con rapidez, se miraron el uno al otro un momento y, durante un segundo, ella lo vio. En sus ojos, antes de que él consiguiese controlar su expresión.

«Cazado.»

—¿Qué es esto? —dijo ella incorporándose—. ¿Grabación de voz?

Él se acercó a ella, la agarró de la cintura y la atrajo hacia él.

—No le hagas caso, ni siquiera sabía que estaba funcionando. Vuelve...

Ella le empujó para zafarse, con tanta fuerza que él perdió el equilibrio y se agarró a la silla de escritorio, que rodó hacia atrás. Finalmente, aterrizó sobre el suelo, donde quedó tendido sujetándose la mano derecha.

—¡Joder! —exclamó en voz alta—. ¡Mi mano! ¿Sabes lo importante que es esto o qué?

Margrethe salió corriendo de la habitación. Gustav Heger se levantó y la siguió, bufando tras ella:

—¡Puta de mierda! Si me has arruinado la temporada, ¡te vas a enterar!

Ella descendió la escalera con el estúpido vestido de Cleopatra y asintió hacia el Sombra, que estaba sentado en un banco en el

recibidor, entre todos los zapatos.

—Nos vamos —dijo concisa, sintiendo cómo el rostro se le sonrojaba y le ardía.

Qué increíblemente vergonzoso. Con toda seguridad se estarían imaginando lo que había pasado, o no había pasado, arriba en la buhardilla.

El amigo de Gustav, aquel que había organizado la fiesta, se le acercó con un vaso en la mano.

—¿Tan pronto? —dijo torciendo la cabeza—. ¿Al final no ha habido *game*, *set*, *match*, esta noche?

Ella le miró fijamente con los ojos entrecerrados, y de repente sintió escalofríos. Él solo se encogió de hombros ligeramente.

—Bueno, bueno, al menos había que intentarlo, ¿no?

Margrethe se giró y emergió al aire frío del exterior, inspirando profundamente.

Gustav Heger tenía un plan.

¿Una apuesta?

¿Tenía pensado grabar el sonido de ellos dos acostándose?

En lugar de eso, había obtenido una grabación de ella insultando a todos sus compañeros de clase, soltando mierda sobre todos sus amigos y revelando secretos tanto de su hermano como de su mejor amiga.

Pensó que debía acudir a ellos, explicarles el asunto. Se metió en el coche, temblando, y vio el mensaje de Arnie. Decía que estaban de camino a casa de Ingrid para continuar con la fiesta. Sus dedos se agitaban tanto que apenas conseguía acertar a las teclas. Tenía que calmarse antes de encontrarse con ellos. Las pastillas para el dolor de cabeza de la mañana habían dejado de hacer efecto; por suerte, le quedaba tanto paracetamol como Paralgin Forte de su madre en el bolso. Se tomó muchas, pues así harían efecto más deprisa; no quedaba mucha noche por delante. Se las tragó con la ayuda de una botella de agua que encontró en la parte trasera del coche. Entonces, le pidió al chófer que la llevase a casa de Ingrid.

El resto era historia.

Una historia de la que no recordaba demasiado.

El pitido del teléfono móvil la alejó de Halloween. Notó la calidez en su estómago de inmediato. Ahora habían pasado de enviarse mensajes a utilizar Snapchat. La fotografía era un selfi de Henrik hundido en un sofá enorme.

Noche tranquila de tele y manta. ¿Qué hay de ti?

Esperó para responder, dejando el teléfono abierto sobre la mesa hasta que la pantalla se bloqueó de nuevo. No podía hacer una captura de pantalla a la foto de *snap,* pues entonces él podría ver que lo había hecho, pero no quería que desapareciese.

Quería ver su rostro y su sonrisa tanto tiempo como fuese posible.

Después de un rato, desenvolvió el regalo de Fanny con cuidado y sacó una foto a la blusa de seda blanca de Malene Birger que le había encargado a uno de los asistentes.

Voy a ir al cumpleaños de Fanny, mi mejor amiga. ¿Qué opinas del regalo?

Henrik contestó mientras Margrethe envolvía el regalo nuevamente.

Diseño danés, ¡ya sabía yo que siempre apostabas por la mejor calidad!

Poco después, envió un nuevo mensaje.

Pero ¿podrá tu amiga practicar esquí de fondo con eso puesto?

Habían estado hablando también de temas serios durante la última semana. Ella le había insinuado con cautela la situación que había en casa. Él había dicho que no debía tomarlo como algo personal, que debía acordarse de cuidar de sí misma por encima de todo. Había repetido que deberían ayudarse mutuamente, las dos familias.

Margrethe no sabía cómo habría conseguido sobrevivir a la

semana sin él.

Ojalá hubiese podido llevárselo también a la fiesta de aquella noche como acompañante.

Colgó el albornoz en el gancho de la puerta y retiró el vestido de encaje verde oscuro de Bruuns Bazaar de la percha.

Entonces, se colocó ante el espejo de nuevo.

Henrik recibiría al menos un selfi de diseño danés.

# 9

# WAP

La nieve yacía como una suave boa de plumas sobre la entrada a la villa de color claro de Gulleråsen. Varias antorchas colocadas a lo largo de la entrada para coches daban la bienvenida a la fiesta, pero no había ninguna huella en el manto de blancura. Bien, era la primera en llegar, justo como había esperado. Margrethe se echó un vistazo en el espejo de bolsillo y salió del coche. Estuvo a punto de entrar directamente, pero se contuvo y asió una de las aldabas doradas en forma de león que colgaban de la puerta. La golpeó decidida un par de veces contra la madera oscura antes de abrir la puerta con un chirrido.

—¿Hola?

Margrethe colgó su abrigo en el armario, cambió su calzado por tacones y se internó lentamente en la vieja villa de madera. Olía a una mezcla de polvo y perfume de señora mayor. Las paredes estaban cubiertas de pinturas, y había plantas en pedestales y muebles enormes y pesados por todos los lados.

Los abuelos de Fanny habían vivido aquí antes y, al parecer, cuando Fanny y sus padres regresaron desde China, se mudaron directamente con la casa ya amueblada y con todo dentro. A Margrethe le encantaba. El majestuoso papel pintado de color granate del vestíbulo. Todos los candelabros que colgaban pesadamente en la sala de estar. Echó un vistazo dentro y vio que habían retirado el sofá de en medio del salón. Una gigantesca mesa de roble cubierta de grandes piezas de cristalería ocupaba su lugar.

—¡Margrethe, qué gusto verte!

Lauritz, el padre de Fanny, salió de la cocina con su habitual corbata de seda roja y una enorme sonrisa. Margrethe siempre se alegraba de verlo. Él cogió una de las copas y se la entregó.

—Un pequeño aperitivo para ti. ¡Ay, esto va a ser tan agradable!

Ella la aceptó y olisqueó el contenido. Sip, definitivamente se trataba de alcohol. ¿Debería decirle que había dejado de beber? Lauritz la sonrió, expectante. Ella se obligó a dar un sorbito al amargo vino blanco.

—¿Y bien?

—Está... bueno —respondió, sonriendo con valentía.

Él asintió entusiasmado.

—*Yes!* ¿Verdad que sí? ¡Justo la dulzura adecuada! Proviene de nuestros viñedos, como seguramente habrás adivinado. Están empezando a producir vino de calidad, ¿eh?

Margrethe asintió, con la esperanza de no tener que decir nada más. Entonces el tono de un móvil sonó desde el bolsillo de la camisa de Lauritz, y este se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Dígame? Sí, está junto a Vettakollen, sí. Qué bien, entonces estás cerca. Puedes entrar con el coche; no, no hace falta que llames al timbre.

Margrethe continuó hasta el comedor y se detuvo en seco. Allí había una larga mesa con varias copas por cada plato y dos enormes arreglos blancos en el medio. La mesa estaba presidida por Fanny, sentada con un vestido de seda de manga corta color rosa claro y unos enormes auriculares en la cabeza. Sus piernas, cubiertas de unas medias brillantes de color carne, se apoyaban sobre la mesa. Margrethe sonrió; era raro ver a Fanny en ese tipo de ropa. Su amiga siempre vestía gigantes y caros pantalones de chándal y sudaderas. Fanny pulsaba la pantalla del móvil con mucha intensidad, seguramente absorta en algún juego. Margrethe le sacó una foto con el móvil y permaneció parada contemplando a su mejor amiga. Sospechaba que la fiesta de cumpleaños de sus sueños habría sido poder permanecer sentada precisamente así, totalmente en paz y jugando al móvil con el volumen a tope.

—¿Cumpleañera...? —dijo Margrethe golpeando suavemente

la mesa.

Fanny dio un respingo y se quitó los auriculares.

—¡Mierda, qué susto me has dado! Hola —dijo.

Se miraron la una a la otra, cada una desde su extremo de la mesa, y no necesitaron decir nada para echarse a reír.

—¡Qué guapa estás con vestido! ¡Deberías usarlos más a menudo! Pero... no sabía que fuera tu boda —dijo Margrethe deslizando la mirada por la sala de estar, que parecía estar decorada para una solemne celebración familiar y no para la estridente fiesta escolar que el resto de los invitados seguramente se estarían imaginando.

—Quiero decir, ¿y este banquete?

—¡No tengo ni idea! —dijo Fanny en voz alta, pero se contuvo cuando oyó a su padre trasteando con las bebidas en el otro salón—. Esto es un gran malentendido. La mesa estaba así cuando bajé. ¡Y mi padre sigue aquí! ¡Todavía! Creo que ha llevado al extremo eso de sobrecompensar, tía.

Margrethe se inclinó hacia delante, le dio a Fanny el regalo y la abrazó con fuerza.

—Bueno, de todas formas, ¡feliz cumpleaños!

—¡Gracias!

Fanny puso el regalo sobre una mesita que había junto a la pared y se colocó los auriculares de nuevo.

—Siéntate, nos da tiempo a una partida antes de que empiece la fiesta —dijo—. Por cierto, yo también tengo una sorpresa para ti.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Ya lo verás —repuso Fanny, sonriendo con picardía.

Algunos minutos más tarde, escucharon a Lauritz desde el vestíbulo.

—Aquí estáis —tarareó—. O, mejor dicho, ¡aquí estás!

Llegó desfilando con un enorme soporte para tartas. Había montones de *cupcakes* con fotos de Fanny: Fanny en un charco. Fanny en un barco. Fanny amargada el día de su confirmación.

Margrethe soltó una risita. Fanny puso los ojos en blanco.

—Por cierto, si quieres más vino, sírvete —dijo Lauritz haciendo un gesto con la cabeza hacia la copa de Margrethe—. Para la comida tendremos tinto.

—Papá, *tú no* vas a tener tinto —repuso Fanny—. Nosotros tendremos tinto. En serio, ¿cuándo te vas a ir?

—Pronto. Tranquila, que me iré. Solo quiero saludar primero a tus amigos. ¡No todos los días celebramos una fiesta aquí en casa! ¡Tu decimoséptimo cumpleaños, ni más ni menos!

—Justo. Diecisiete. No siete —comentó Fanny secamente.

—Por eso es aún más importante hacerlo en condiciones —dijo Lauritz, y comenzó servir más vino en sus copas.

Margrethe tuvo que reírse de nuevo. Lauritz era el hombre más desorganizado que conocía, pero era tan amable como extravagante. Él y Fanny recordaban más a dos viejos amigos que a un padre y su hija.

—Es muy tierno, vaya —le dijo Margrethe a Fanny cuando Lauritz se hubo marchado de nuevo. Alzó uno de los pastelitos con una foto de su mejor amiga en pañales—. Igual de tierno que esta de aquí.

—¿Podemos esconderlos, por favor?

—Jamás.

—Demasiado tarde, de todos modos —suspiró Fanny—. Ya están aquí —añadió, mostrándole el móvil con una ventana de Snapchat abierta.

—¡Bienvenidos a nuestra residencia! —oyeron proclamar a su padre.

Fanny salió corriendo hacia el vestíbulo para adelantarle. Margrethe la siguió con lentitud, fue a buscar una banqueta alta a la cocina y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Allí estaba el grupo de amigos, tambaleantes y con las mejillas encendidas. Cerrando la comitiva llegaron Lena, con una chaqueta demasiado chillona sobre un par de medias baratas, y Kalle, con la horrorosa camisa estampada que su novia le había regalado por Navidades.

Todos frenaron en seco cuando entraron en el recibidor y se encontraron con el padre de Fanny.

Con cuidado, trataron de dejar en el suelo las bolsas con botellas sin que estas tintineasen.

Lauritz les sonrió entusiasmado y comenzó a repartir copas de vino. Los jóvenes las agarraron algo aturdidos. «Por el cáliz, por supuesto», pensó Margrethe irritada mientras giraba el tallo de la copa entre los dedos.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —dijo Lauritz.

Kalle dio un trago adulto a la copa y asintió con algo de aprecio. Entonces, se acercó a Margrethe con Lena pisándole los talones.

—¿Lauritz va a estar aquí? —preguntó Kalle.

—Al principio, solamente. No pasa nada, ¿no? ¿O es que no podéis esperar ni dos segundos para emborracharos?

Lena y Kalle intercambiaron una mirada que reflejaba una mezcla de risa reprimida y ligero ataque de pánico.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —repuso Margrethe.

—No, nada. Solo tenemos que... solucionar algo —contestó Kalle, y arrastró a Lena consigo de una mano mientras sostenía el móvil con la otra.

Por un momento, Margrethe se imaginó cómo podría haber sido esta fiesta en un universo paralelo. En un mundo en el que un grupo de amigos bien vestidos, con abrigos y gabardinas, y que supiesen sujetar una copa de vino, hubiesen llegado al lugar. Una pandilla que quisiese cenar y charlar, con risas que resonasen agradablemente a lo largo de la noche. Un grupo que incluyese al menos un príncipe danés.

Habría sido una fiesta estupenda, vaya.

En lugar de eso, le tocaría estar en compañía de estos otros adolescentes durante varias horas. Apretó los labios. Siempre había tenido la esperanza de que cambiarían al cabo de un tiempo, al ir haciéndose más mayores. De que irían madurando. Definitivamente, el bachillerato no había ayudado para nada, más bien al contrario; parecía que todos se hubiesen vuelto aún más infantiles, vulgares y escandalosos.

—Me alegra verte de nuevo.

Margrethe no se había percatado de la presencia de Liv, pero de repente allí estaba, la amiga de Horten totalmente desconocida de Lena. En casa de Fanny. ¡En la fiesta de la clase!

—Y que estés bien, claro —continuó Liv, insegura al no obtener respuesta—. Al menos al final todo se acabó solucionando.

Sonrió con cautela. No se habían visto desde la posfiesta de Halloween. «Son justo este tipo de cosas las que suponen un problema», pensó Margrethe. ¿Por qué la gente como Liv tenía que decir sí o sí algo sobre aquello? ¿Por qué no podía decir simplemente CUALQUIER OTRA COSA?

—Sí, igualmente —respondió Margrethe—. ¿Y cómo te va todo a ti? ¿Vienes a la fiesta de la clase?

—Sí, de hecho, fue Kalle quien me dijo que estaba bien. Espero que no os importe. Iba a venir a visitar a Lena este fin de semana, así que...

Margrethe echó un vistazo a su alrededor, y esperó un buen rato antes de contestar.

—No, qué va. Ningún problema. Seguro que para ti es divertido visitar Oslo.

—Sí —respondió Liv, y sonrió tentativa—. Y vosotros, ¿vais mucho a Horten, Kalle y tú?

Margrethe giró la cabeza y la miró; su rostro abierto e infantil con aquellos ojos de color azul pálido. Tenía restos de máscara de pestañas en los párpados.

—Eh, ¿a Horten? No, nunca lo hacemos —dijo en voz baja, mirando impacientemente a su alrededor en busca de Fanny.

¿Le iba a tocar aguantar a Liv toda la noche, o qué? ¿Por qué nadie acudía a rescatarla?

—Ah, bueno... Solo pensaba que, como vuestro padre, quiero decir, el rey, ha pasado tanto tiempo allí últimamente... Pero es más que nada un lugar de veraneo, claro —continuó Liv.

Margrethe frunció el ceño.

—¿El rey?

Liv se encogió de hombros.

—Mi abuelo vive junto a Bakkebukta, y opina que es taaaan emocionante que el coche de la casa real haya estado aparcado allí

todo el invierno —dijo poniendo los ojos en blanco.

Margrethe asintió en silencio, no queriendo mostrar lo completamente confundida que estaba después de las palabras de Liv. ¿De qué estaba hablando? ¿Su padre, en Horten? ¿En invierno? Sabía que él iba allí a menudo cuando salía a navegar, pero nunca en esta época del año.

—Mi abuelo ha estado sacándole fotos y presumiendo; yo creo que es lo que le ha ayudado a sobrellevar la pandemia. He recibido una justo antes de venir aquí hoy —comentó Liv sacando el móvil, y rebuscó un poco antes de mostrarle una fotografía.

Efectivamente. Era el coche de su padre, aparcado delante de un enorme garaje blanco.

Liv soltó una risita.

—Dijo que igual podría hacer el viaje con él cuando fuese a ir a Oslo, ja, ja, ja. —Dirigió una mirada a Margrethe y se puso seria de nuevo—. ¡Jamás le habría preguntado si podía unirme, vaya! Por supuesto que no. Así que... ¿hay algún sitio donde podamos dejar los regalos? —dijo alzando una bolsa de Lindex.

Margrethe la miró, y de repente tuvo una idea.

—Abajo, en el sótano —respondió para librarse de Liv—. Fanny quiere que dejemos todo allí —añadió haciendo un gesto con la cabeza hacia la escalera que conducía al sótano, que estaba a oscuras.

Liz asintió y comenzó a descender.

—O sea, ¿simplemente aquí abajo?

—Sí, abajo del todo. Déjalo ahí en el suelo. Al parecer eso es lo que quiere.

Margrethe vio cómo la espalda de Liv desaparecía escalera abajo. ¿Qué narices hacía su padre en Horten? Además, ¿no había estado en la cabaña de la montaña estos últimos días? Le dio un sorbo a la copa de vino, tratando de mitigar la sensación gélida que se extendía por su cuerpo.

Lauritz se dirigió pavoneándose e irradiando júbilo hacia Margrethe.

—¿Son una pandilla estupenda, no crees? Tanta gente joven. Es un gusto poder ver por fin esta casa llena de vida de nuevo —

comentó—. ¡Siempre le he dicho a Fanny que tiene que invitar a sus amigos! ¡«Simplemente tráetelos», le digo! Pero ella prefiere sentarse a ver una película en casa o jugar a videojuegos. Y tenerte de visita a ti, claro. Eso también está muy bien, vaya, pero es que tenemos toda esta enorme casa y el jardín, y solo estamos nosotros dos. Es divertido celebrar alguna fiesta de vez en cuanto.

Margrethe asintió.

—Sí. Pero oye, Lauritz, la bodega y la sala de catas, todo está cerrado con llave ahí abajo, ¿verdad? Hay mucha gente diferente aquí hoy.

Él enarcó las cejas.

—¿El sótano? Hay suficiente vino aquí arriba, ¿no crees? ¿Por qué iba a ir nadie allí abajo?

Ambos lanzaron una mirada al oscuro tramo de escalera. Justo en ese instante, Liv apareció desde el sótano con el móvil en una mano y una bolsa vacía en la otra.

Les sonrió. Lauritz frunció ligeramente el ceño.

—Seguro que no pasa nada —repuso él.

Poco después, Kalle volvió a acercársele con Lena a rastras.

—Eh… ¿sabes exactamente cuánto tiempo va a estar Lauritz aquí? —susurró.

—Dios mío, ¡qué pesados sois! —dijo Margrethe irritada—. Creo que solo quería tener ocasión de saludar a los invitados. ¿Dónde está Arnie, por cierto?

Miró al grupo reunido.

—Es justamente eso —dijo Kalle—. Tenemos que avisar a Arnie. Lo suyo tiene que esperar hasta que…

Clin, clin, clin.

Lauritz hizo tintinear su copa para llamar la atención de todos.

—Solo quería daros la bienvenida. Es un gran placer poder desearte felicidades por tu decimoséptimo cumpleaños, Fanny. ¡Un brindis por ella! —exclamó alzando la copa.

Todos brindaron. Por encima de la cabeza de otros, haciendo rechinar algunas copas. Margrethe gimió para sí.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta. Lauritz gritó:

—¡Está abierto!

El hombre vestido de traje se asomó al vestíbulo. Portaba consigo una enorme mesa con ruedas, cubierta con plástico.

—¿Entrega para Fanny Wong Sandholm?

Lauritz asintió y aceptó la mesa, la empujó hacia dentro y retiró el plástico con cuidado. Una gigantesca tarta quedó al descubierto; un enorme pastel de chocolate de tres pisos.

Los invitados presentes contuvieron un grito ahogado.

—¡Guau, menuda sorpresa! ¿De parte de quién es esto? ¿Ninguna tarjeta? ¡Qué buenos amigos tienes, Fanny! —dijo el padre.

Fanny se encogió de hombros, confundida.

Lauritz se despidió con la mano del hombre que había entregado la tarta, la empujó hasta colocarla junto a la mesa con las bebidas y golpeó su copa nuevamente.

—Hoy es un día para tartas. Para celebrar. Pero también se me debe permitir ponerme un poco serio. Fanny, estoy tan orgulloso de ti. De nosotros, en realidad. De cómo hemos conseguido seguir adelante después de que mamá... Sí, no ha sido fácil, pero lo hemos logrado. Juntos. Te quiero tantísimo, mi niña —dijo tomándose una pequeña pausa.

Todos pudieron ver que se le humedecían los ojos. Tomó aliento para continuar, pero no pudo.

Margrethe se secó los ojos discretamente. Muchos de los presentes en la habitación parecían bastante estresados. Seguramente no podían soportar la visión de un hombre adulto mostrando sus sentimientos. Pero Lauritz siempre era así, repleto de abrazos y lágrimas y palabras grandilocuentes.

Fanny miraba fijamente a su padre, con calidez y paciencia. Dejándole que se tomase el tiempo que necesitase.

—Fanny —dijo con la voz ahogada en llanto—. Sé que mamá también está muy orgullosa de ti...

En ese preciso momento, se escuchó un golpe desde la mesa de las bebidas.

Todos se dieron la vuelta y vieron cómo la enorme tarta explotaba y quedaba dividida en varios pedazos.

Un hombre aparentemente desnudo, y con una peluca de pelo largo, emergió de la tarta con una patada de kárate. Comenzó a sonar una música atronadora.

—*Now from the top!*

Arnie gritó desgañitándose a coro con la canción de rap. Lo único que llevaba puesto eran unos minúsculos pantalones cortos amarillos. Se lanzó en cuclillas sobre el suelo con las manos sobre la cabeza.

—*Make it drop!*

Acto seguido se puso a cuatro patas, inclinando la cabeza hacia abajo y con el culo en pompa apuntando al techo. Sonrió hacia el suelo y comenzó a agitar el trasero hacia arriba, en forma de *twerk* entrecortado. Alzó la mirada.

—*That's some wet ass pussy!*

En ese momento, todos pudieron ver que se producía un pequeño cortocircuito dentro de su cabeza.

Este no era el recibimiento que se había esperado. Le lanzó una mirada de pánico a Kalle, que sacudió la cabeza a modo de disculpa. Aun así, era como si Arnie no pudiese parar de moverse. En lugar de ello, se deslizó sobre su estómago y se alzó a cuatro patas mientras golpeaba el suelo con un puño, todavía meneando el trasero.

—*Now get a bucket and a mop.*

Arnie rodó por el suelo con las piernas en el aire. Margrethe se apresuró a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, estaba de nuevo a cuatro patas; ahora, de repente, como si fuese un perrito avergonzado.

—*That's some wet ass pussy!*

Alguien apagó la música.

Arnie se puso de pie lentamente. Se limpió un poco de crema de la mejilla con cuidado. Lauritz permanecía inmóvil, como petrificado, aún con lágrimas en los ojos.

Alguien hipó.

Era Fanny.

La cumpleañera ocultó el rostro entre las manos y se puso de cuclillas.

Margrethe se apresuró a ir hacia ella, sintiendo instintivamente el deseo de protegerla y pedirles a todos que se fuesen a casa.

Pero entonces Fanny inclinó la cabeza hacia atrás y las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras trataba de tomar aire.

Estaba teniendo un ataque de risa.

Los demás se unieron a sus carcajadas primero vacilantes y luego violentas. Fanny tomó del brazo a su padre y tiró de él hacia Arnie. Colocó el otro brazo alrededor del muchacho y los atrajo a ambos hacia sí.

—Gracias, gracias, gracias. Han sido unos discursos maravillosos.

Entonces los soltó y aplaudió.

—Ahora, si os parece, creo que mi fiesta puede comenzar. Papá, muchas gracias por todo. Te quiero, y nos encanta el vino de la Provenza. Nos vemos mañana. Arnie, tú puedes... ir a cambiarte.

Lauritz todavía parecía totalmente confundido después de la escenita de la tarta, pero asintió y agitó la mano despidiéndose efusivamente mientras buscaba su abrigo en el armario lleno a reventar.

En el mismo momento que alguien volvía a poner Cardi B, gritó:

—¡Fanny! ¡Cariño! ¡Hay algunos invitados más en la puerta!

¿Más invitados a estas horas? Margrethe estiró el cuello para ver de quién podía tratarse.

Rápidamente vació de un trago el amargo vino de su copa cuando vio quién se estaba sacudiendo la nieve en el exterior y atravesaba con confianza el umbral.

Eran dos chicos. Uno de ellos era Gustav Heger.

—Sorpresa —le susurró Fanny al oído.

# 10

## Invitados inesperados

Alguien había movido la larga mesa de comedor a un lado y cubierto la lámpara de araña con una sábana para atenuar la iluminación. El atronador sonido del bajo hacía que los cuadros retumbasen contra las paredes. Kalle grababa un vídeo mientras Liv y Lena hacían algún que otro enrevesado y violento movimiento de baile. Margrethe pasó junto a ellos a la velocidad del rayo y entró en la cocina. Durante los últimos veinte minutos, había estado moviéndose de habitación en habitación según en qué lugar de la casa estuviese Gustav Heger. Todo su cuerpo estaba en tensión por miedo a encontrarse con él. Acababa de localizarlo hablando con Tess de pie junto al enorme piano de cola cuando de repente Fanny apareció delante de ella con una bebida y una sonrisa expectante.

—¿Has hablado ya con el invitado sorpresa? —dijo—. ¡Espero que te haya hecho ilusión! Él tenía tantas ganas de venir. Parece que todavía sigue interesado en… ¿no?

Margrethe se obligó a sonreír. ¿Cómo podría haber sabido Fanny que él era la última persona del mundo que debería haber invitado?

—Solo necesito que me dé un poco el aire —dijo Margrethe.

Salió a la escalera.

«Dios mío, Dios mío, Dios mío.»

Gustav Heger había venido para molestarla. Para demostrar que aún tenía poder sobre ella. Debía abandonar la fiesta, ponerse a salvo.

El problema era que entonces no tendría ningún control sobre lo que él pudiese hacer.

Ni con quién pudiese hablar.

Si se le ocurría reproducir la grabación para alguien.

Su teléfono emitió un pitido, y el nombre de Henrik volvió a cubrir la herida como una tirita. Margrethe se sentó en la escalera con el abrigo bien doblado bajo el trasero. Tenía frío con los zapatos abiertos, pero no le importaba. Abrió la notificación en el teléfono.

A pesar del miedo que la atenazaba, su cuerpo comenzó a burbujear de alegría.

Pensar en Henrik siempre hacía que todo se desvaneciese a su alrededor, era un encantador refugio al que escapar. Era como si pudiese escuchar la voz de él dentro de su cabeza, imaginárselo frente a sí. Con Henrik conseguía cumplir sus fantasías sin que la ansiedad o las preocupaciones sobre todo lo que podría pasar la interrumpiesen. Fotografías, rumores, cotilleos. Con Henrik todo lo malo desaparecía, y ella podía verse a sí misma suave y desnuda y...

Volvió a mirar el teléfono.

¿Cómo soléis festejar allí arriba en el norte?
¿Es todo como en Skam?

Quería contestarle con algo divertido e inteligente. ¡Tenía que contarle lo de Arnie y la tarta! Había sido tan surrealista. Abrió la aplicación del bloc de notas; no quería arriesgarse a enviar el mensaje por error antes de acabar de redactarlo. Escribió, se rio un poco para sí y describió cómo Arnie había logrado atravesar el rígido cartón.

Cuando releyó el texto después, arrugó la nariz. No, sonaba demasiado extraño. En lugar de eso envió la foto que había sacado de Fanny sentada a la mesa con su vestido rosa, de cuando la larga mesa de comedor todavía estaba decorada y Lauritz tenía la visión de que los jóvenes de hoy en día comían graciosa y elegantemente con vino tinto.

Escribió, y sintió un cosquilleo en el estómago cuando pulsó «enviar». No necesitaba saber que todo era un desastre aquí en Oslo. ¡Al menos ella no era un desastre! Agregó un emoji pícaro y una foto de sus altos zapatos de tacón frente a un cúmulo de nieve. Qué divertido era mandar mensajes cuando uno podía soltarse y no tener que preocuparse de si alguien le iba a hacer una captura de pantalla a la conversación para compartirla. Se volvía más graciosa, y más guay.

—Así que aquí es donde te escondes.

Margrethe se quedó helada cuando escuchó la voz a sus espaldas. Gustav Heger se plantó ante ella.

—¿Le has... le has enseñado la grabación a alguien? —se escuchó decir a sí misma con voz temblorosa.

—Aún no —repuso él—. Obviamente, no me molesté en compartir tus simpáticas reflexiones en medio del confinamiento, cuando nadie iba a verte de todas maneras. Si quisiese putearte, lo haría en condiciones. Eso sí, yo, si fuera tú, cruzaría los dedos jodidamente fuerte porque mi muñeca funcione de nuevo como debería. De lo contrario, ya sabes quién tiene la culpa.

Margrethe no supo qué decir. Sentía como si todo su cuerpo estuviese adormecido.

—Me tengo que ir. Tengo entrenamiento mañana temprano —dijo Gustav Heger, y comenzó a alejarse—. Despídete de Tess de mi parte y dile que ya hablaremos.

Tess. ¡¿Qué se traía entre manos con Tess?!

Si esos dos se juntaban y difundían la grabación de audio, podían arruinarle la vida.

Escuchó cómo la puerta de la entrada se abría de nuevo a su espalda, y escondió rápidamente el móvil, como si hubiese algo que ocultar.

—Hola.

Arnie salió con una de las botellas del vino de la casa en la mano. Se había puesto algo de ropa, y su cabeza rapada se

ocultaba bajo un gorro de lana de color caramelo que resaltaba el color avellana de sus ojos.

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿Cómo es que estás sentada sola aquí fuera?

Margrethe asintió y sonrió, genuinamente feliz de ver una cara amiga, y tiró del abrigo sobre el que estaba sentada para hacerle sitio.

—Todo va bien, sí —repuso—. ¿Cómo estás tú? ¿Has conseguido limpiarte después de tu... *Wet ass pussy?*

Él se sentó pegado a ella.

—Madre del amor hermoso —dijo Arnie—. Mira, sabes que no me avergüenzo con facilidad, pero esto... ¡Se suponía que Kalle me iba a avisar cuando todo estuviese listo! Pero apenas podía escuchar nada desde dentro de la tarta, y no me esperaba precisamente que Lauritz estuviese allí.

Agitó la cabeza, y entonces los dos se echaron a reír mientras oteaban la oscuridad del exterior.

Arnie alzó la botella:

—¿Quieres? Puedo ir a por una copa, si no quieres vivir peligrosamente y beber a morro.

—No, gracias —respondió ella negando con la cabeza—. Ya no me atrevo a tomarme nada que venga de ti.

Se arrepintió de sus palabras de inmediato. En su cabeza habían sonado a broma, pero, al pronunciarlas, el tono cambió.

Él dejó la botella sobre los escalones de piedra y se frotó la cara con ambas manos.

—¿Por qué dices siempre que no estás molesta cuando obviamente lo estás? —repuso Arnie, y pareció irritado por un segundo, antes de que su expresión se suavizase de nuevo—. Sabes lo mucho que lamento lo que pasó. Si supieses cuántas veces he deseado haberte dicho simplemente que no...

Margrethe le puso la mano sobre el brazo.

—Perdona. Realmente no quise decir eso. ¡Y tú, de hecho, dijiste que no! Me acuerdo perfectamente de ti diciendo que no. Es casi lo único que recuerdo. Fui solo yo la que la cagó esa noche.

Se sintió culpable por no contarle nada más. Arnie debería

haber sabido lo que había sucedido entre ella y Gustav Heger antes de que llegase a la posfiesta. También le debería haber contado lo de las pastillas de Paralgin Forte que se había tomado, y que después los médicos habían dicho que habían sido estas, junto al alcohol, lo que había hecho que acabase perdiendo el conocimiento. Pero en lugar de decirle todo esto a Arnie, apretó su brazo aún con más fuerza para enfatizar que realmente pensaba lo que estaba diciendo. Era cierto que Arnie era quien había llevado la botella de refresco con GHB a la fiesta, pero no era fallo suyo que Margrethe hubiese bebido de ella. Había tenido que insistirle mucho rato antes de que él accediese a darle un tapón.

También era una de las últimas cosas que recordaba antes de perder el conocimiento y que la llevasen al hospital.

Había empleado tanto tiempo y energía en rebobinar lo que había sucedido aquella noche y pensar en qué podía haber hecho de otra manera; pero, visto en retrospectiva, la culpa jamás había sido de Arnie.

—Simplemente debería haberte hecho caso. Tú dijiste que no. En lugar de ello, acabé en el hospital con... —Bajó la voz, a pesar de que no había nadie más afuera—. ¡Con sobredosis! Es una completa locura.

Arnie estaba sonriendo, pero de repente se puso serio.

—Sí, fue un verdadero giro. No hiciste nada que los demás no hiciésemos. Simplemente fue muy mala suerte, y una verdadera mierda que tuviese que ocurrirte precisamente a ti. A nadie le habría importado si uno de nosotros hubiese tenido que pasar un día o dos en el hospital —dijo, negando con la cabeza—. ¡Es tan injusto! Que tú y Kalle nunca podáis cometer ningún error sin que se convierta en un asunto de Estado.

Ella examinó sus ojos marrones. Parecían realmente desesperados. Lo decía en serio.

—Y ahora con tu padre y tu madre. Cómo tienes que tirar del carro constantemente. Desearía de verdad poder hacer algo.

Margrethe quedó tan confundida cuando sacó a colación a sus padres, que inmediatamente se aferró también a su otro brazo, como para impedir que continuase.

—Gracias, Arnie. Todo... todo está bien.

Permanecieron sentados mirándose el uno al otro. Ella aún estaba confusa. Arnie había pasado mucho tiempo en su casa, pero ella aún creía que habían logrado ocultar que no todo iba bien. No se esperaba nada de eso.

Continuaron en la misma posición un tiempo, muy juntos sobre el abrigo de Margrethe.

Durante un minúsculo momento de locura, consideró preguntarle cuál era su teoría sobre su padre, el rey. ¿Qué había visto? ¿Qué opinaba? Pero entonces, escuchó un débil sonido de vibración proveniente del bolso que Arnie tenía detrás. Debía de ser un nuevo mensaje. ¿Quizá de Henrik, nuevamente? Justo en ese momento, Arnie se inclinó hacia delante.

De pronto, sus labios se posaron sobre los de ella.

Él... ¡la estaba besando!

Sus labios, sorprendentemente suaves, permanecieron allí el suficiente rato para que a ella le diese tiempo a pensar que de repente hacía muchísimo calor, a pesar del frío del exterior.

Entonces, echó la cabeza hacia atrás y se limpió la boca.

—¡¿Qué haces?!

Arnie la miró fijamente, tratando de sonreír.

—¿El ridículo? Otra vez.

Margrethe se puso en pie sin decir nada. Arnie cogió la botella de vino para seguirla, pero entonces, de repente, ambos las vieron.

Cuatro luces amarillas deteniéndose frente a la entrada.

Se abrieron las puertas delanteras y traseras de los dos coches.

Apareció un montón de gente. Definitivamente, no eran conocidos de Fanny.

¡No, no, no! Margrethe no podía aguantar más sobresaltos.

Se dio la vuelta para apresurarse adentro, pero en ese mismo momento, Liv atravesó la puerta con el móvil.

—¡Liv! —gritó uno de los chicos que se acercaban pisoteando el camino cubierto de nieve—. Por fin encontramos la casa. Ahora, más vale que merezca la pena.

Margrethe miró a Liv, que parecía, por decirlo delicadamente,

bastante estresada.

—¿Has invitado tú a estos? ¿A la fiesta de cumpleaños de Fanny?

¡Ay, qué ganas tenía de estrangularla! Maldito Kalle. Maldita Lena.

Liv negó violentamente con la cabeza mientras permanecía allí plantada, con los pies dentro de un par de zapatos varias tallas más grandes.

—¡No! ¡No lo he hecho! Peder, no podéis estar aquí.

—¡Dijiste que era una fiesta por todo lo alto! En el sótano por lo menos hay suficiente vino, ¿no? ¿O nos mandaste las fotos solo para presumir? ¿Lo hiciste, Liv?

Uno de los otros chicos se apartó del grupo y comenzó a orinar contra la esquina de la casa. El resto se dirigió hacia la puerta; varios de ellos tambaleándose. Debían haber ido bebiendo todo el camino desde Horten.

Margrethe se preguntó si las Sombras se habrían percatado de lo que estaba sucediendo. Aun así, no podían intervenir a menos que se tratase de una amenaza para la seguridad de ella y Kalle.

—¿Dónde está Lena? ¡Lena! —gritó uno de los otros.

Los invitados de la fiesta comenzaron a asomarse desde la cocina. Fanny, Lena y Kalle acudieron corriendo desde el recibidor. Se detuvieron en seco cuando vieron a toda la gente que había fuera.

—¡Jakob! ¿Qué estás haciendo aquí? No podéis estar aquí —dijo Lena, que parecía aún más perdida que de costumbre.

—¿Te has vuelto exigente ahora, así de repente? —repuso uno de los chicos de Horten.

Kalle soltó la mano de Lena y dio un paso al frente.

—¿Qué has dicho?

—He dicho: ¿SE HA VUELTO LENA EXIGENTE? Antes no lo era, precisamente.

—*Burn* —murmuró otro de los chicos.

Agitó la mano como si acabase de quemarse. Otro de los muchachos se tapó la boca con la mano, fingiendo sorpresa.

Kalle apretó los puños; parecía bastante cabreado.

«Mi hermano no puede permitirse pelear», pensó Margrethe. ¡No podía hacerlo! El futuro heredero al trono no podía darle una paliza a alguien de su propia nación. ¿O podía, al fin y al cabo? Justo ahora mismo no estaba segura de nada en absoluto. Excepto de una cosa: Kalle tenía todas las de perder hiciera lo que hiciese.

Arnie cerró la puerta tras él, en silencio. Margrethe miró irritada hacia donde había desaparecido. Lo necesitaban ahí fuera. Arnie, al que se le daba tan bien hablar con la gente, ¿estaba tratando de escabullirse?

—*Ok, ok*. No hemos venido a liarla. Hemos sido invitados por nuestra querida Liv —dijo uno de los chicos, y mandó callar a Liv, que protestaba siseando «no, no, no» y negaba frenéticamente con la cabeza—. Ella ya casi nunca está en Horten, así que hoy hemos venido nosotros aquí. Hemos conducido un largo camino y nos gustaría hacer un brindis. *¿Ok?*

Margrethe se imaginó todas las vasijas y los jarrones, las enredaderas verdes que Lauritz se había traído de China. La enorme bodega del sótano, que probablemente seguía sin estar cerrada con llave. Pensó en las alfombras y los muebles caros, en todo lo que aquellos idiotas borrachos podrían arruinar.

Fanny permanecía inmóvil en los escalones, mirando de la pandilla de Horten a Liv y a Kalle, como si estuviese contemplando un partido de tenis. Finalmente, se cruzó de brazos y pronunció alzando la voz:

—De ninguna manera. Largaos de vuelta al infierno del que venís.

Los demás se rieron en voz alta.

—Venga ya, solo queremos entrar un ratito.

—Llamaré a la policía —dijo Fanny, enfadada.

—No —repuso Margrethe en voz baja, mirándola a los ojos.

Su amiga bajó la mirada. Una intervención policial allí, en mitad de ese barrio tan tranquilo, mientras los mellizos reales estaban de fiesta. Eso... habría sido una catástrofe.

—Relájate, pequeña King Kong —dijo uno de los chicos de Horten, y sus compañeros se rieron.

—¿Qué acabas de decir? —dijo Lena, y lo detuvo con la mano

—. ¿Qué has dicho?

Nadie contestó. Permanecieron en silencio un momento antes de escuchar cómo algo caía al suelo dentro de la casa. Se oyó un violento tintineo seguido de alguien diciendo «uuuuy». Todos miraron hacia la puerta cuando Arnie apareció jadeando con una caja llena de botellas de vino en cada brazo. Margrethe reconoció las botellas del vino que se había usado para el brindis de bienvenida.

—¡Chavales, nos vamos! ¿Queréis ir de fiesta, no? Veníos al apartamento de mi padre. Está en el centro de la ciudad, y de allí podemos ir andando a Maze después. Yo arreglo la lista de invitados. Y nos llevamos estas de aquí —concluyó alzando las cajas con las botellas.

—Liv, tú te vienes, ¿verdad?

Liv parecía totalmente paralizada, como un ciervo que se hubiese quedado totalmente inmóvil delante de los faros de un coche en la oscuridad de la noche. Arnie le sostuvo la mirada y asintió hasta que ella también comenzó a asentir con la boca abierta.

—¿Sí? —contestó aún insegura.

—De todas formas, aquí la fiesta se ha terminado. Su padre llegará pronto —dijo Arnie mirando hacia Fanny—. Y, además, está... loquísimo. Totalmente pirado. ¡Como una especie de *ninja* chino furioso! Íbamos a irnos ya de todos modos, ¿verdad, Liv? Nos los llevamos con nosotros al centro, venga.

Los de los coches miraron a Arnie con las enormes cajas de vino. Finalmente, se encogieron de hombros.

—Suena mucho más divertido, vaya. ¿Tienes alguna cerveza por ahí, también?

—Por supuesto —repuso Arnie.

El resto de los asistentes a la fiesta le observaron en silencio mientras luchaba por hacer sitio a las cajas de vino y a sí mismo en uno de los angulosos coches. Oyeron cómo tanto él como los demás ocupantes del coche se desternillaban de risa. Los neumáticos giraron sobre la nieve ante la puerta antes de salir al camino principal en dirección al centro.

Todos permanecieron en los escalones de la entrada hasta que las luces de los coches desaparecieron calle abajo. Margrethe se las arregló para lanzarle una mirada gélida a Lena antes de que esta se metiese en la casa con Kalle.

—Madre mía, por los pelos —dijo Fanny—. Superarnie al rescate.

Margrethe rodeó a su mejor amiga con el brazo.

«Sí», pensó; en realidad era un chico estupendo.

# 11

## *Loop*

El reloj marcaba las dos y media cuando Margrethe por fin pudo meterse bajo el cálido y suave edredón. No le gustaba para nada quedarse despierta hasta tan tarde; ya empezaba a notar el comienzo de un dolor de cabeza.

No había podido abandonar la fiesta después de todo el drama, a pesar de que realmente había tenido ganas. Fanny la necesitaba allí; tenía miedo de que aquellos idiotas decidieran volver a la casa. Por suerte, no había habido más incidentes, pero a la cumpleañera se le habían quitado las ganas de fiesta. Tal vez no fuese tan extraño. Cuando Margrethe finalmente la encontró en un sofá con los cascos puestos y un iPad en el regazo, fue como si el abuelito nonagenario se hubiese dormido en medio de la celebración: la fiesta había terminado.

Y también aquel día, en el que había pasado de todo.

Margrethe rodeó su almohada con los brazos y cerró los ojos.

La habitación comenzó a darle vueltas de inmediato. Sentía como si estuviese atrapada en el *loop* de una montaña rusa de un parque de atracciones.

«Oh, no.»

No había bebido demasiado del estúpido vino de Lauritz, ¿no?

«¡Idiota! No debería haber bebido nada de nada.»

Con un suspiro, se incorporó hasta quedar sentada. Extrajo tres pastillas de paracetamol del blíster que había en el cajón de la mesilla, inclinó la cabeza hacia atrás y se las tragó sin agua. Era imposible dormir con aquel murmullo en la cabeza. Extendió el

brazo para alcanzar el teléfono móvil y comprobó el Snapchat mientras esperaba a que las pastillas le hicieran efecto.

Arnie había colgado un vídeo en el chat grupal de la clase hacía una hora. Toda la pandilla de chicos estaba en el salón del apartamento de su padre. Todos bebían vino directamente de la botella, y algunos estaban de pie sobre la mesa y cantaban con los zapatos puestos.

Llamadme el rey de Horten. ¡Cruzad los dedos para que no se nos acabe la bebida antes del lunes!

Pobre Arnie.

Margrethe salió de Snapchat y pulsó el icono de los mensajes.

GRACIAS. Salvaste la noche. Tanto para Fanny como para Kalle y para mí. Te debo una.

Añadió un emoji de corazón como cierre del mensaje. Se sorprendió cuando vio aparecer los puntos suspensivos que indicaban que él estaba contestándole de inmediato. No pasó mucho rato antes de que llegase su respuesta.

Faltaría más, después de haberme lanzado contigo. Lo siento. Al parecer, no hago más que cagarla cuando estoy cerca de ti.

Poco después, le envió una foto de él mismo haciendo el signo de victoria con los dedos dentro de lo que parecía un armario ropero. Había escrito:

El tontolaba está escondido.

Margrethe tuvo que sonreír.

Giró la cámara del móvil hacia ella misma y se sacó una foto rápidamente mientras hacía una mueca con su cara de cansancio.

La tontalaba no consigue dormir.

Y otro mensaje.

> No lo pienses más. Simplemente, sucedió. Yo dejé que pasase, y los dos estaremos de acuerdo en que no fue una decisión especialmente inteligente. ¡Sal del armario y manda a esos capullos a su casa!

Arnie respondió con una carita sonriente, un pulgar hacia arriba y la bandera arcoíris.

Oyó cómo la puerta del dormitorio de Kalle se abría, y el sonido de unas pisadas ligeras hacia el baño. Era Lena. Margrethe escuchó el ruido de la cadena, seguido del susurro del agua del grifo. Entonces, Lena regresó a la habitación. Después, fue el turno de Kalle de ir al baño.

Margrethe apretó los dientes, presionó la cara contra el colchón y se colocó la almohada por encima. «Qué asco, qué asco, qué asco.» No, no soportaba pensar en lo que aquello significaba. Al parecer, Lena no había aprendido demasiado de haberse quedado preñada con quince años, pues continuaba comportándose como un conejo en celo. Lo más asqueroso era que ni siquiera disimulaban o trataban de ocultarlo. Aquel eterno deambular entre el baño y el dormitorio cada vez que se quedaba a dormir.

La forma en la que Lena y Kalle de repente abandonaban el salón sin decirle nada mientras veían una película con ella.

¿Por qué no podían ser un poquito más discretos? Era tan vulgar. Pero las pocas veces que se había quejado de ello con Kalle o Fanny, la única respuesta que había obtenido era una sonrisa tímida. Sabía lo que pensaban: «No sabes de qué estás hablando. Tienes envidia». Lo cual era una estupidez. No, ella aún no había tenido sexo, ¡pero no se trataba de eso!

Además, puede que solo fuese cuestión de tiempo.

¿Quizá también debería enviar una foto de buenas noches a Dinamarca?

Echó un vistazo al móvil debajo de la almohada, se vio a sí misma en la pantalla, giró la cabeza para mostrar su perfil bueno y probó con una media sonrisa.

Entonces salió de la aplicación de la cámara y bloqueó el teléfono.

No quería que Henrik la viese sin maquillaje. Aún no.

Tampoco soportaba la idea de quedarse allí tumbada un rato buscando el filtro perfecto. En realidad, era demasiado tarde para eso. O demasiado temprano.

En lugar de eso, volvió a recostarse sobre la almohada, cerró los ojos con cuidado y esperó.

La montaña rusa se había detenido.

Gracias a Dios.

Había llegado el momento de dormir.

Por fin.

# 12

# Una buena idea

—¿Margrethe?

La voz era débil y se escuchaba lejana, como si proviniese de un altavoz con el volumen muy bajo.

—¿Margrethe? ¿Margrethe?

Ahora eran varias. Pronunciaban su nombre cada vez más alto, y desde todos los lados.

—¡DIOS MÍO, MARGRETHE, TIENES QUE DESPERTARTE!

Sus ojos se abrieron de par en par. Se sentó en la cama y trató de tomar aliento.

Su habitación estaba vacía.

Margrethe permaneció inmóvil un buen rato, esperando a que los fuertes latidos de su corazón se tranquilizasen. Entonces, se estiró para alcanzar su móvil, que descansaba sobre la mesita de noche.

Las 7:50.

Gimió en voz baja.

Notó cómo un ligero mareo se extendía por su cuerpo.

Margrethe suspiró y cerró los ojos de nuevo. Intentó volver a dormirse. No pasaron demasiados segundos antes de que comprendiese que ni siquiera tenía sentido intentarlo.

Estaba completamente despierta.

Permaneció mirando fijamente al techo un rato, mientras las imágenes del día anterior y los rostros de Arnie, Gustav Heger, Fanny y los chicos de Horten revoloteaban ante sus ojos. Hacían que dormir resultase imposible, así que cogió el móvil para tratar

de pensar en otra cosa.

Un mensaje de su padre hizo que se acordase de otra imagen: la fotografía del coche del rey en Horten que Liv le había enseñado. El mensaje era tanto para ella como para Kalle:

> ¡Buenos días! Espero que lo pasaseis bien anoche. ¿Podemos quedar hoy para «desayunar» todos juntos? ¿A las doce?

Margrethe notó que el peso de su cuerpo se aligeraba un poco. Su padre al menos se había dado cuenta de que habían estado de fiesta. Y desayunar juntos... Hacía tanto tiempo desde la última vez. Quizá por fin pudiesen tener una conversación en condiciones. Tal vez finalmente podría preguntarle por sus lágrimas durante la visita al hospital, y sobre los viajes a Horten.

Margrethe contestó con un pulgar hacia arriba y se desplazó hasta los mensajes de Henrik. Los leyó de nuevo, girándose sobre el estómago, y notó cómo su cuerpo se sentía aún más ligero. Cuando uno los leía todos juntos y dentro del contexto, resultaba obvio que ambos pensaban igual. Era perfecto. Buscó la foto de Henrik que aparecía en aquel ridículo artículo sobre los hombres más sexis de Dinamarca. Era como si la estuviese mirando a ella directamente. La fotografía debía haber sido tomada al atardecer, pues le envolvía una luz dorada. La visión de Henrik en la pequeña pantalla del móvil hizo que se relajase aún más, que se calmase, y mientras continuaba contemplando la foto, dejó que la mano derecha reptase entre sus piernas. Se frotó por fuera de las braguitas y notó cómo estas se humedecían. Entonces dejó que sus dedos se deslizasen bajo la cinturilla elástica. Se giró hacia un lado, apoyó más peso sobre la mano y continuó frotándose, imaginándose a Henrik debajo de ella. Su cuerpo se tensó formando un pequeño arco. Entonces retiró la mano y se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

Se quedó tumbada completamente inmóvil durante unos momentos, notando la fina capa de sudor que cubría su rostro y su cuerpo, y pensó, dado que cada vez lo hacía más a menudo: «Si resulta tan placentero hacerlo solo, ¿cómo será hacerlo junto a otra

persona?».

¡No podía esperar a averiguarlo!

Cuando volvió a abrir los ojos, el reloj marcaba las 12:15.

¡El desayuno familiar!

Esperaba que el resto de su familia no estuviese ya sentada esperándola con impaciencia.

Habrían venido a despertarla, ¿no?

Margrethe se envolvió en un albornoz, se apresuró a meterse en el baño y se metió corriendo a la ducha sin esperar a que el agua se calentase primero. Cuando esta se hubo templado, sin embargo, permaneció un rato más. El chorro de agua resultaba muy agradable contra su rostro y contra sus genitales, y decidió disfrutar de la sensación mientras contaba hasta veinte. Luego, cerró el grifo y se secó rápidamente con una toalla antes de ponerse unos vaqueros y en amplio jersey de lana.

No había nadie en la cocina, y comenzó a estresarse: ¿habían desayunado sin ella?

Sobre la mesa había varios jarrones con flores frescas y un montón con los periódicos del día. No parecía que nadie los hubiese hojeado todavía. Margrethe atravesó los diversos salones para ver si alguno de los demás estaba sentado allí. Finalmente se encontró con Guri, que le dijo «buenas tardes» con aquel tono sarcástico que empleaba siempre cuando alguno de ellos se levantaba tarde los fines de semana.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Margrethe.

—Mira, es una buena pregunta —repuso Guri—. No he visto a una sola persona de sangre azul en todo el día. Al final decidí guardar la comida otra vez para que no se pusiese mala. ¿Por qué, teníais planes?

—Sí, íbamos a desayunar jun...

Se detuvo. ¿Qué sentido tenía? Era obvio que nadie había informado a Guri sobre ningún desayuno en familia. Su padre seguramente ya se habría olvidado de todo el asunto.

—¿Tienes hambre, mi niña? —dijo Guri, acariciándole la mejilla—. ¿Te caliento unos panecillos y vuelvo a sacar un poco de embutido?

—Sí, gracias —contestó Margrethe en voz baja.

Margrethe casi había acabado de hojear todo el periódico *Aftenposten* cuando la despeinada y risueña pareja de novios entró caminando de la mano en la cocina.

Lena llevaba puesta la camisa que Kalle había usado en la fiesta el día anterior.

¡Ay, eran un cliché andante!

—¡Buenos días! —recitaron a coro.

—Buenos días —dijo Margrethe, y clavó la mirada en la novia de su hermano—. Menuda fiestecita la de ayer. Unos tipos encantadores, los de Horten, ¿no?

—Son unos jodidos imbéciles —dijo Lena, y se encogió de hombros. Echó un vistazo a su alrededor, como para asegurarse de que no hubiese ningún miembro más de la realeza cerca—. Perdona la expresión —añadió—. No puedo hacer otra cosa que disculparme de parte de toda la pandilla. Estoy muy avergonzada. Y Liv también. Me acaba de mandar un mensaje diciéndome que nunca volverá a publicar una fotografía en las redes sociales.

Como si no hubiesen tenido que aprender la lección hace tiempo, aquellas dos.

Margrethe tenía ganas de pedirle que no volviese a traerse de fiesta a su amiga allí jamás, pero lo dejó estar.

—Ay, mierda, me he dejado el móvil en la habitación. Vuelvo en un momento —dijo Lena, y besó a Kalle en la frente antes de apresurarse hacia el dormitorio.

Margrethe esperó a que se alejase lo suficiente como para que no les oyese y se giró hacia Kalle.

—Sabes que papá quería que desayunásemos en familia, ¿verdad? ¿En serio era necesario que se quedase aquí hasta tan tarde?

Kalle le sonrió.

—Relájate, Mags —repuso—. Pronto tú también entenderás por qué era *necesario*. De hecho, creo que deberías centrarte en lo positivo: ahora que este interminable período de confinamiento por

fin ha acabado, quizá también haya algo para ti. Desde luego, te vendría bien.

Le guiñó un ojo, y durante un pequeño instante, ella sintió pánico ante la idea de que él y Lena la hubiesen escuchado en la cama, de que ella —¡qué horror!— hubiese emitido algún sonido. Por supuesto que no. ¿O sí?

Le devolvió la mirada a Kalle con la esperanza de que no se diese cuenta de que se había sonrojado.

—Bueno, al menos Liv está satisfecha —dijo Lena como a cuento de nada cuando entró de nuevo en la cocina. Agitó el teléfono móvil—. La fiesta en el apartamento de Arnie duró hasta bien entrada la noche.

—Sí, ¿dónde está Liv, a todo esto? —preguntó Margrethe—. ¿No estaba de visita en tu casa?

—Sí, pero ha dormido en casa de Arnie en la ciudad —dijo Lena.

—Tal vez fuera completamente necesario —comentó Kalle, dándole una patada a Margrethe por debajo de la mesa. Esta, molesta, subió los pies al asiento.

—De todas formas, mira esto —añadió Lena, y le mostró el móvil.

La imagen mostraba una mesa de comedor cubierta de bollos de crema y panecillos, cartones de zumo de naranja y leche chocolateada.

Margrethe se encogió de hombros.

—¿Vale? ¿Y qué es eso?

—¡El desayuno! Arnie ha salido a comprar esta mañana temprano y ha llevado el desayuno. ¡Liv se ha despertado para encontrarse con esto de aquí! Y le vuelven loca los bollos de crema.

—Menuda tontería —dijo Margrethe.

La miraron confundidos, y ni siquiera la propia Margrethe supo muy bien qué había querido decir. Tal vez que era una tontería que Liv recibiese un trato tan bueno cuando no se lo merecía. O que Arnie fuese siempre tan amable con todo el mundo. O que comiesen bollos de crema para desayunar. A pesar de que era una de las mejores cosas para desayunar que existían, también

según Margrethe.

—Hablando de desayunos —dijo Kalle—. ¿Hay huevos?

Guri tomó nota de los huevos fritos con la yema entera de Kalle y el revuelto de huevos «con cebollino, si tenéis» de Lena, y preguntó si Margrethe «tenía en mente una tercera forma en la que preparar el oro de la gallina». Margrethe negó con la cabeza y pidió lo mismo que Kalle.

—Papá se refería a hoy, ¿verdad?

—Sí, ¿no se suponía que era ahora, a las doce o a la una? —replicó Kalle, y comenzó a juguetear con el móvil.

Guri acababa de colocar los platos con los huevos delante de ellos cuando escucharon el sonido de unos tacones altos contra el suelo. Por un segundo, Margrethe pensó que sería su madre y alzó la vista.

—¡Espero que todos estéis disfrutando de un buen sábado! —dijo la asesora de comunicación en voz alta—. ¿Todavía no ha llegado el rey?

—¡Sí, mujer! —repuso una voz desde la puerta—. Aquí estoy, con sed de café.

Margrethe suspiró de forma inaudible.

Así que la convocatoria de su padre no había sido para desayunar...

Era simplemente una reunión más para discutir estrategias.

Lena rebañó su plato hasta dejarlo limpio y se levantó.

—Muchas gracias por el desayuno, ahora me tengo que ir a casa. Theo y yo vamos a ir hoy a Lekeland.

—Qué suerte —dijo Kalle y, de hecho, pareció decirlo en serio y tener ganas de ir.

Margrethe negó con la cabeza.

La asesora de comunicación dejó la taza de café sobre la mesa.

—Como todos sabemos, pronto será Semana Santa —dijo cuando todos finalmente se hubieron sentado y comido algo.

Todos excepto su madre.

—No sé si ya habéis hecho planes para las vacaciones.

—Íbamos a ir a la cabaña con...

Kalle no logró completar la frase antes de que la asesora de comunicación siguiese hablando.

—La casa real danesa desea disfrutar de unas vacaciones de Semana Santa verdes y con un bajo impacto ambiental, por lo que han elegido Noruega como destino. Se ha planteado la cuestión de si sería conveniente que la familia real noruega se uniese a esta iniciativa para que ambas partes puedan disfrutar de los posibles beneficios.

La taza de té que Margrethe se disponía a llevarse a la boca quedó suspendida en el aire.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—La familia real de Dinamarca disfruta, como sabéis, de mucho respeto en estos momentos. Además, ¡son increíblemente efectivos con las redes sociales! Pasar tiempo con ellos en Semana Santa sería una buena oportunidad para mostrar cohesión entre las casas reales nórdicas —dictaminó la asesora de comunicación, y añadió con rapidez—: O, dicho de otra forma: generaría opiniones positivas.

Su padre asintió.

—¿La cabaña en Trysil, entonces? Como la última vez. A mi parecer, es un plan tanto agradable como inteligente —dijo, sonando más animado de lo que lo había hecho en mucho tiempo —. Ha pasado una eternidad desde que vimos a Christian y Louise. A mamá también le va a gustar la idea. Siempre disfruta mucho cuando está con Louise. La sugerencia debe ser obra suya, ¿no?

—En realidad, la iniciativa proviene del sector joven de la casa —comentó la asesora de comunicación—. Fue idea del príncipe Henrik.

Margrethe notó cómo el calor del té de hierbas se extendía por todo su cuerpo, desde el estómago hasta su pecho, y alcanzando sus mejillas. Se preguntó si los demás podían ver que se había sonrojado.

Henrik quería verla.

El coqueteo era real.

¡Ella le gustaba de verdad!

Ahora, todo encajaba.

¡Iba a suceder!

—*Okeeeeey* —repuso Kalle—. Pero, en realidad, nosotros ya habíamos hecho otros planes...

Margrethe clavó sus ojos en él.

—No —replicó.

Todos la miraron sorprendidos.

Ella carraspeó, dejó la taza de té sobre la mesa y se recompuso:

—Querido hermano. Ahora todos tenemos que ser un poco generosos con esto. Esto no significa que no vayamos a ver al resto de la pandilla durante Semana Santa. Ingrid también tiene una cabaña en Trysil. ¡Es simplemente perfecto! Podemos matar dos pájaros de un tiro.

—Bueno —contestó él—. Es posible que tengas razón en...

—¡Estupendo! —le cortó Margrethe, aplaudiendo de una forma tan entusiasta que tanto su hermano como su padre se quedaron mirándola con escepticismo—. ¡Entonces ya tenemos plan para Semana Santa!

# 13

# El equipo cobarde

Por lo general, Margrethe siempre era la más activa cuando se trataba de planear viajes a la cabaña con la pandilla de amigos. Solía ejercer un control total sobre cómo irían hasta allí, qué comerían y beberían, qué actividades debían escoger y quién dormiría dónde. Pero en Trysil, tanto ella como Kalle vivirían con sus padres y los daneses en la cabaña real, por lo que no tenía mucho sentido involucrarse demasiado en la conversación que estaba teniendo lugar en su sitio de siempre dentro del comedor del colegio. Apenas prestaba atención a la discusión entre Ingrid y Arnie sobre si alguien debía comprar huevos de Pascua para todos, o si debían comprar chucherías para compartir entre todos como siempre.

Margrethe picoteó un poco de su sándwich y continuó con el mensaje de Henrik. A lo largo de la mañana, habían estado charlando sobre la visita fallida al hospital, de la que acababan de hacerse eco en Dinamarca. Henrik la había tranquilizado y había dicho que el llanto del rey había sido algo positivo, ya que cubría su intervención «menos afortunada».

¿Qué ocurrió, en realidad?

No lo sé. Simplemente, perdí el hilo.

Henrik contestó:

Apoyo totalmente que no respondieses a la pregunta de aquel periodista. La prensa

empieza a estar demasiado malacostumbrada aquí en Escandinavia. Como sigamos así, acabaremos como en Gran Bretaña. No lo pienses y céntrate mejor en que ¡en un par de días estarás esquiando conmigo!

Eso, definitivamente, la había animado.

Henrik tenía razón. Debía evitar emplear su energía en estar enfadada a causa de aquel periodista descarado. Pero lo que no conseguía quitarse de la cabeza era el extraño comportamiento de su padre. El problema era que él ya nunca pasaba el tiempo suficiente en casa como para que ella tuviese la oportunidad de hablar con él.

Por tercera o cuarta vez, repasó lo que debía recordar meter en la maleta. Ropa interior de lana y ropa de esquí, por supuesto. Algún modelito que ponerse por las noches, para las cenas y una noche en la discoteca de Laaven.

«Maquinilla de afeitar.»

«Lencería bonita.»

«Condones.»

«Henrik probablemente también llevará, pero no quiero correr ningún riesgo», pensó dirigiendo una mirada a Lena, la madre adolescente sentada al otro lado de la mesa.

Ah, apenas podía esperar. Permaneció soñando despierta, como hacía tan a menudo últimamente, mientras contemplaba los árboles que se alzaban tras los enormes ventanales del comedor. Por primera vez en mucho tiempo, sentía la agradable sensación de tener esperanza.

Entonces, de repente, las náuseas se apoderaron de su cuerpo.

Había dos personas hablando de pie en el exterior.

Gustav Heger y Tess.

Otra vez.

Las náuseas empeoraron, y Margrethe apartó la comida.

Imagínate que estuviesen hablando de...

Maldita sea, si le hubiese contado a Tess...

No quería ni imaginar qué sucedería si todo saliese a la luz.

# 14

## Pandemia X *shotski*

—Y ahora tu maleta, Margrethe.

Guri sujetaba una carpeta ante sí y contemplaba los maleteros abiertos de los coches cuando Margrethe llegó andando con su equipaje de ruedas desde la casa.

—Aquí —dijo metiendo a presión la maleta llena a reventar.

Guri echó un vistazo a la lista del equipaje. Kalle deambulaba por allí con una sonrisa en la cara, los AirPods en las orejas y la mirada desenfocada. Ninguno de sus padres había salido todavía, y tampoco su equipaje.

Margrethe se sentía impaciente por marcharse.

La cabaña familiar de Trysil no era demasiado grande. Se parecía bastante a una casa normal y corriente. Después de que su madre enfermase, habían preferido viajar a regiones más cálidas en invierno. Pero antes de aquello, a todos les había encantado viajar siempre hasta allí para descansar en la montaña en Semana Santa. Entonces solían conducir ellos mismos, deteniéndose siempre después de Hamar para comprar chucherías en la diminuta gasolinera de Bentserud. Margrethe siempre elegía caramelos de frambuesa. Eran los que más duraban y tenían más sabor. Kalle y su madre optaban por chocolate, mientras que su padre elegía palitos de regaliz. ¡Podían hacerlo hoy! Sonrió para sí, percibiendo ya el sabor de los caramelos de frambuesa en la boca.

—¿Quién irá en el segundo coche?

Margrethe tenía sus sospechas, pero preguntó igualmente.

—La reina quiere aprovechar el trayecto para descansar —

confirmó Guri.

Margrethe asintió. Le hubiese gustado que la familia pudiese desplazarse como un solo grupo, como antes, pero no lograba recordar la última vez que su padre había conducido él mismo, por lo que, de todas formas, no había otra alternativa. Además, se alegraba de que su madre se tomase las cosas con calma. En su condición, lo más importante era ahorrar fuerzas. Margrethe quería que su madre estuviese descansada cuando se encontrasen con los daneses.

¡Y pensar que iba a suceder aquella misma noche!

Abrió Instagram y vio cómo una nueva foto de la familia real danesa coronaba la lista de novedades. Había sido publicada en la cuenta oficial, y mostraba a toda la familia sonriente vestida con anoraks de color azul y rojo con pelo alrededor de las capuchas. Dos enormes mochilas de montaña estaban preparadas junto a una pila de ropa de lana cuidadosamente doblada. Tras ellos, la chimenea estaba encendida, y el perro de la familia estaba tumbado en uno de los sillones. «Haciendo la maleta para Semana Santa —ponía—. ¿Algún consejo sobre qué deberíamos llevarnos?» La publicación ya sumaba más de 500 comentarios. ¡Madre mía, se les daban realmente bien las redes sociales! La cuenta oficial de la familia real noruega estaba totalmente muerta. Nadie en la familia soportaba la idea de recibir otra carga con comentarios amargos. Margrethe ojeó los comentarios de los daneses, y apreció que contenía una mezcla de consejos sensatos, traviesos y obvios: «¡Recordad que el sol también quema en las montañas noruegas!» o corazones y emojis que mostraban lo graciosa que la gente pensaba que era la familia real con todo su caos y desorden.

Incluso la mujer que administraba la cuenta de la princesa heredera Louise había hecho acto de presencia enviando corazones y preguntas de seguimiento a aquellos que habían comentado algo.

«¡Los viajes cortos son los mejores!»

«¡Unas vacaciones verdes de color blanco!»

«¿Por qué recorrer Europa en busca de nieve cuando tenemos las montañas más fantásticas al lado de casa?»

Un nuevo *snap* de Henrik hizo vibrar el teléfono de

Margrethe. *«Insta vs. Reality»,* ponía sobre una foto que mostraba una enorme montaña de maletas llenas a reventar. Margrethe sonrió. Había empezado a mandarle ese tipo de fotografías de *«behind the scenes»,* y ella a menudo le respondía con otras propias. En ese momento, le envió una foto de los dos enormes Mercedes a diésel. «Lista para unas vacaciones verdes», escribió, y añadió un emoji poniendo los ojos en blanco.

Henrik marcó el mensaje con un corazón de inmediato. Margrethe notó un cosquilleo en el estómago y trató de imaginarse los próximos días. Ella adelantándolo mientras descendían por la pista de esquí, los dos escabulléndose por el balcón del primer piso por la noche. Se llevarían cojines consigo y se sentarían en un banco a contemplar las montañas en el horizonte. Él la rodearía con el brazo, miraría en el fondo de sus ojos y la atraería hacia él…

¡Pronto!

Su madre salió de la casa con sus enormes gafas de sol y un bonito conjunto de chándal. A Margrethe le gustó que se hubiese vestido de manera informal. Todo sobre este viaje era bueno. Sus padres juntos, ella y Kalle juntos sin nadie más, y un chico guapo esperándola a su llegada. Uno de los hombres más sexis de Dinamarca, de hecho, ¡y quería estar con ella!

¿Cómo sería su vida cuando regresasen de la montaña? ¿Sería posible que los demás percibiesen el cambio?

Guardó el teléfono en el bolso.

—¿Queda mucho para que salga papá?

Rolf y su madre se detuvieron un segundo, de una forma tan imperceptible que Kalle seguramente no se habría dado cuenta ni aunque hubiese estado presente en el mundo en ese momento.

—El rey se reunirá con nosotros en Trysil —dijo Rolf, y su madre asintió con la cabeza.

—Tenía que encargarse de algunos asuntos antes.

Margrethe miró fijamente a ambos.

—¿Encargarse de algunos asuntos? ¿De qué?

Su madre se acercó y le dio un abrazo extraño.

—Era algo de… representación. Así que, bueno. ¡Buen viaje! Nos vemos allí, conducid con cuidado —añadió frenéticamente

dirigiéndose a Rolf antes de refugiarse en el otro coche y cerrar la puerta de un golpe.

Kalle alzó una mano hacia su madre y se deslizó sobre el asiento de atrás, todo el tiempo con la mirada fija en algún punto del infinito. Margrethe se dejó caer pesadamente y abrió de inmediato el calendario de la familia. Allí no había ningún evento de representación. Lo único que aparecía escrito era el viaje a Trysil. El pequeño animalillo que le roía el estómago comenzó a mordisquear el sentimiento de alivio que se había atrevido a sentir.

¿Qué estaba pasando? Su padre solía ser el único en la familia del que nunca necesitaba preocuparse. El único que entendía lo que se esperaba de ellos y que hacía lo que fuese necesario. Pero ¿y ahora? Ahora siempre estaba trabajando fuera, sin que nadie tuviese ni idea de a qué se dedicaba. Su madre había declarado que estaba en la cabaña. Liv, de entre todas las personas, mantenía que había estado en Horten. ¿Todo aquel período de covid? Y también estaba su llanto delante del hospital. Todo aquello era sumamente extraño.

¿Estaba deprimido? ¿Había algún asunto político del que ella no sabía nada? ¿Estaban siendo chantajeados? ¿Tenía cáncer?

¿O era algo aún peor?

Cerró los ojos mientras Rolf aceleraba hacia la E6. No, no debía pensar en eso. No debía pensar en que, cuando los hombres adultos perdían el interés por su familia, era porque habían conocido a otra persona.

«Piénsalo, piénsalo...»

Era imposible. Ella nunca había temido que sus padres fueran a divorciarse. Era una de las pocas cosas que jamás la habían preocupado. Dado que ya habían sido coronados como rey y reina, ¡por lo menos no podrían separarse nunca! No podía ser.

¿O sí?

En efecto, ella veía que su relación no era la más cariñosa del mundo. Pero ¿qué clase de padres se comportaban como dos tortolitos a su edad? Que su madre y su padre tuviesen cada uno su dormitorio siempre le había resultado natural. Tenían muchas habitaciones, y a su madre le costaba dormir por las noches. Que la

mayoría del tiempo sus padres solo hablasen de trabajo tampoco era tan raro, pues, al fin y al cabo, trabajaban juntos, ¿no?

¡Jamás discutían!

Pero tampoco podía recordar la última vez que les había visto tocarse.

Sacó el teléfono de nuevo y trató de recuperar la compostura. Se metió en la cuenta oficial del príncipe Henrik y ojeó sus fotos. Con mascarilla en el hospital y con el perro de la familia en el jardín.

Siempre estaba tan contento, parecía tan cercano y genuino.

Le tomó una foto a Kalle disimuladamente, que ahora estaba sentado con la cabeza enterrada en el teléfono móvil.

¿Idilio familiar allí también?

Él la contestó por el chat.

¡Adivina! ¡Mi madre acaba de pedirle a mi padre que cierre el pico y no vuelva a hablarle hasta que lleguemos a la montaña!

Margrethe sonrió. Justo lo que necesitaba oír. Que los miembros de la familia real de Dinamarca también discutían entre ellos. Miró por la ventana y contempló cómo la ciudad iba siendo reemplazada por un espeso y aparentemente interminable bosque de pinos. Tal vez pudiese hablarlo con Henrik, preguntarle si era normal lo que su padre estaba haciendo.

Abrió la página del periódico *Aftenposten,* comenzó a ojear los titulares y, de repente, dio un salto en el asiento.

La frondosa melena de Gustav Heger resultaba inconfundible.

# 15

## Yodeli yodeluu

«Asciende en la clasificación juvenil», ponía.

Margrethe abrió el artículo y leyó que Gustav había ganado un torneo importante hoy. De inmediato, se sintió indescriptiblemente aliviada.

Su mano funcionaba. Jugaba igual de bien que antes.

¿Significaba esto que ya no tenía de qué preocuparse?

¿Que él ya no tenía motivos para querer vengarse?

Entonces recordó lo que había visto en el instituto, y se quedó helada. Gustav Heger conversando con la víbora cotilla de la escuela. No podía ser una coincidencia que hubiese hablado con Tess tanto en el patio del instituto como en la fiesta de Fanny. ¿Estaban discutiendo sobre cuándo y cómo iban a publicar la información que él tenía? Debía de ser la oportunidad del momento para Tess, y después de lo que Margrethe había dicho de ella, no tenía ninguna razón en el mundo para portarse bien con ella.

Una vez más, Margrethe cogió el móvil y echó un vistazo rápido al perfil de Instagram de ambos. Gustav había publicado una foto de él mismo con un trofeo reluciente entre las manos. Tess había colgado una historia sobre ella haciendo la maleta para el viaje a la cabaña, además de un nuevo tutorial de maquillaje.

—¡Dios mío!

Kalle comenzó a hipar y se rio para sus adentros al otro lado del ancho asiento trasero. Margrethe le lanzó una mirada. Estaba metido en Snapchat. Era un chat grupal, pues vio varias burbujas

de diálogo activas en la parte de abajo. Ella abrió su propio Snapchat, pero allí no había nada. Solo una foto de Fanny poniendo cara triste y con un brazo alzado. Llevaba puesta la blusa que Margrethe le había regalado por su cumpleaños. Debajo del brazo había un pequeño agujero en la costura.

Mira, qué pena. Iré a reclamar a la tienda,
¿dónde la compraste?

No lo sé, puedo preguntarle al asistente
personal después de las vacaciones.

No recibió ninguna respuesta de Fanny.

Margrethe dejó el teléfono y miró a Kalle. Él seguía tecleando violentamente.

—¿Con quién hablas? —preguntó.

Él no respondió, y al final ella tuvo que darle un empujón.

—¿Que con quién te estás escribiendo?

Él contestó sin apartar la vista de la pantalla.

—Solo con Arnie, Ingrid y los demás.

Algo se hundió dentro de Margrethe. Luego, obviamente, también tenían otro grupo.

Ya la estaban dejando de lado, sin siquiera haber escuchado la grabación en la que decía cosas malas sobre ellos. ¿Qué pasaría si llegaban a escucharla?

Pero ahora que Gustav Heger «ascendía en la clasificación juvenil», no iba a cumplir sus amenazas, ¿no?

¿O sí?

No. Decidió no darle más vueltas.

Se apoyó contra la ventana y se tomó una foto de sí misma para Henrik. «Algunas horas más y estaremos en la montaña», escribió en el *snap;* pero no lo envió. No debía emocionarse demasiado, como había hecho la última vez, con Gustav. Cerró los ojos y trató de dormir, tratando de apartar las imágenes de aquella noche. Trató de imaginarse a Henrik en la nieve en su lugar, a los dos juntos ante la chimenea, a las familias alrededor de la mesa de la cena. ¿Quizá pudiesen quedarse levantados hasta que todos los

demás se hubiesen acostado, y luego meterse disimuladamente en el mismo dormitorio? ¡Podría funcionar!

Intentó imaginar cómo serían el resto de los días, pero el animalillo intranquilo de su estómago hizo pedazos aquellas bonitas imágenes. ¿Cenaría su padre con ellos? ¿Volvería a... echarse a llorar? Oh, Gustav, su padre, Kalle... ¡Todos esos estúpidos hombres que creaban tanto drama!

No conseguía concentrarse en su fantasía idílica. En realidad, debería haberse dormido, pero no podía. Abrió de nuevo los ojos, buscó con rapidez un Paralgin Forte en su bolso y vio cómo pasaban junto a la señal que indicaba la entrada a Hamar.

—¡Tenemos que acordarnos de comprar chucherías! —gritó.

—¿No tenéis ya un montón? —dijo Rolf.

—¡Es tradición que compremos algo de camino! —repuso Margrethe, y añadió—: Pararemos en la gasolinera de Bentserud, como siempre.

Rolf asintió, y tras un rato, giró hacia el pequeño quiosco. Aparcó en el lugar habitual, algo escondido a la vista.

—Para Kalle, chocolatinas; para mí, caramelos de frambuesa. Compra también palitos de regaliz para papá y más chocolatinas para mamá —decretó Margrethe.

Entonces se decidió a tomar cartas en el asunto, a pesar de que pudiese resultar desagradable. Mientras Rolf estaba en el quiosco, abrió la puerta y salió del coche. Rolf pegó un respingo cuando regresó con las manos llenas de golosinas y la descubrió en el asiento del pasajero.

—He decidido sentarme delante. Pensé que podría ser agradable charlar un poco. ¿Me das mis caramelos?

Él le pasó la pequeña caja rectangular.

—No, caramelos de frambuesa —dijo ella, y él volvió a ofrecerle las pastillas para chupar.

—¿Estos?

—No, eso son pastillas. Tenías que comprar caramelos de frambuesa. Siempre compro caramelos de frambuesa. Así ha sido... siempre.

—Ah, lo siento —repuso él, lanzándole una breve mirada y

contemplando las pastillas de nuevo—. Me quedé solo con lo de frambuesa. ¿Quieres que... quieres que vaya otra vez a ver si los veo?

Margrethe suspiró y abrió la tapa de la cajita.

—No, déjalo.

Rolf puso el intermitente para incorporarse de nuevo a la carretera y se inclinó hacia delante para subir el volumen de la radio.

Margrethe lo bajó de nuevo.

—¿Se va a retrasar papá, o qué? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió Rolf.

—¿Dónde tenía el acto de representación? No aparece nada en el calendario.

Rolf asintió, y acto seguido negó con la cabeza.

—Sí. O no. Había algo que tenía que comprar antes del fin de semana.

—¿En Jueves Santo?

Rolf mantuvo la mirada fija en la carretera. Ella se dio la vuelta y comprobó que Kalle estaba en pleno apogeo con su música y el teléfono móvil. Entonces, preguntó en voz baja:

—¿Qué está haciendo papá?

—¿A qué te refieres?

—Espabila, Rolf, sabes perfectamente a qué me refiero. ¡Tienes que contarme qué está pasando!

—El rey... el rey no lo tiene nada fácil.

Y después no dijo nada más. Le lanzó una mirada a Margrethe y volvió a fijar la vista en la carretera.

El animalillo de su estómago dio un nuevo mordisco.

—¿Está enfermo? Tienes que decírmelo si está enfermo.

—El rey no está enfermo —respondió Rolf.

Ella aprovechó la oportunidad.

—¿Tiene algo que ver con Horten?

Rolf abrió la boca para luego volver a cerrarla. Entonces ella lo comprendió. No iba a contarle nada. No iba a decir nada más porque era algo serio. Era algo que Rolf no podía compartir, algo de lo que ella no debía enterarse.

Entonces no se trataba de algo.

Se trataba de *alguien.*

Ella respiró hondo. Trató de deshacerse de la sensación de pánico.

Kalle soltó una sonora carcajada desde el asiento de atrás.

Se sacó los AirPods de las orejas.

—Conecta el Bluetooth —dijo—. Y oye, ¿por qué vas sentada delante?

—Me mareo —repuso Margrethe en voz baja.

—¡Escucha esto! —exclamó Kalle—. Es una completa locura.

Se golpeó los muslos con las manos y la miró expectante. Margrethe sintió cómo comenzaba sentirse irritada. Él siempre se entusiasmaba por todo tipo de mierdas, pero aun así, se obligó a escuchar la música. Sonaron algunos acordes lentos de guitarra y, de repente, el tempo aceleró con violencia y fue reemplazado por algunos ritmos ácidos de orquesta de pueblo. Chim, pum, chim, pum.

Había escuchado melodías similares miles de veces antes. Las clásicas canciones de parodia que a la gente le encantaba escuchar en el recreo. Se dispuso a decir que pasaba de escuchar eso.

Pero entonces, el vocalista comenzó a cantar.

«Yodelii yodeluuu, yodeliii.»

«¡Se trata de un gran nosotros! Contra el virus. ¡Un gran nosotros!»

La voz le resultaba extrañamente familiar.

Lanzó una mirada a Kalle.

—¿En serio?

Kalle asintió entusiasmado.

—Sí, ¿no es una chulada?

—¿Es Arnie el que canta? —preguntó ella—. ¿Ha compuesto una canción?

Su hermano asintió de nuevo con la cabeza, ahora con una enorme sonrisa.

—¿Arnie ha hecho una canción? ¿Sobre el famoso discurso de los daneses?

Kalle se limitó a alzar un dedo en el aire, como diciendo:

«¡Escucha!».

«Semana Santa POSPANDÉMICA.»

«¡Ahora toca *shotski*! ¡Nieve y *shotski*! ¡Yodeluuu yodelii!»

Su mellizo aplaudió con entusiasmo.

—¿No es una maravilla? ¡Arnie Kalas se va a llamar desde ahora! Lo he decidido yo.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Margrethe frunciendo el ceño.

—*Shotski* —contestó Kalle.

—¿Y eso qué es?

Kalle puso los ojos en blanco.

—¡Un esquí del que se beben chupitos, por supuesto! Dios mío, Margrethe. No tienes ni idea. ¡Es un temazo! Voy a hacer que cambie la configuración a pública. Es claramente un nuevo *hit* de Semana Santa. Podría convertirse en un éxito, vaya. ¡Y todos están de camino! —dijo, inclinándose hacia la ventana—. Quizá sean esos que vienen por allí.

Señaló hacia el cielo.

—¿Eh? —exclamó Margrethe.

De repente, vio una mancha negra que flotaba sobre ellos en el cielo.

—¿No es una pasada? —dijo Kalle—. El padre de Arnie les ha dejado tomar prestado su helicóptero, porque no consiguió salir antes del trabajo y entonces habrían quedado atrapados en un atasco a causa del tráfico a estas horas.

Rolf se inclinó un poco hacia el parabrisas y echó un vistazo hacia el cielo.

Negó con la cabeza.

—No. No es un helicóptero noruego. Se trata de vuestros colegas de la realeza.

Margrethe chupó con fuerza su pastilla de frambuesa. Estaba demasiado blanda, por lo que explotó en miles de pedacitos de gelatina que Margrethe se tragó junto a las preocupaciones, el pánico y sus luminosas expectativas.

# 16

## Al calor de la chimenea

—¡Katharina! ¡Margrethe! ¡Karl Johan! ¡Cómo me alegro de veros!

Louise salió a recibirlos a la enorme entrada de la cabaña de troncos, con los brazos abiertos. Era como si la familia real danesa hubiese invitado a la noruega, y no al revés. Al parecer, la princesa heredera ya se sentía como en casa en aquella cabaña a la que calificó, en repetidas ocasiones, como «encantadora». Llevaba puesto un traje blanco ajustado con cinturón que parecía una mezcla entre traje de esquí y mono de vestir. Parecía salida de una película de Hollywood. Tras un rato, también apareció Christian, con su altísima figura, su blanca sonrisa y una voz aún más sonora y entusiasmada que la de su mujer.

—¡Hostias! ¿Cuánto ha pasado desde la última vez?

Margrethe no pudo evitar reírse un poco. Se preguntó qué habría dicho la mayoría de la gente si supiese cómo hablaba el matrimonio real cuando no había una cámara delante. Mientras todos se saludaban, dejó que su mirada se deslizase hacia el interior de la cabaña. Las únicas personas que vio fueron los del personal, que iban y venían sin descanso con maletas, esquís y bastones.

—¿Ha salido ya Henrik a esquiar? —preguntó de la forma más natural y desinteresada posible.

Louise le guiñó un ojo.

—Qué va, el príncipe está sentado en la terraza disfrutando del sol —dijo—. Puedes ir a saludarlo.

Henrik se encontraba sentado en uno de los bancos, con la

espalda apoyada contra la pared. Llevaba puestas unas gafas Ray-Ban negras y un anorak rojo, como si tratase de lucir como un auténtico noruego. Su piel estaba bronceada. No era posible adivinar que había pasado tanto tiempo dentro del hospital en los últimos meses. En su regazo, yacía un libro abierto con la cubierta hacia abajo, por lo que ella no logró vislumbrar qué estaba leyendo. Parecía estar muy relajado... ¿quizá incluso dormido?

Se acercó del todo a él. Ninguna respuesta. Definitivamente, estaba durmiendo.

Qué guapo era. Algunos mechones de su melena corta le habían caído sobre la frente. Margrethe sintió el deseo de apartarle el pelo con una caricia. Parecía tan sedoso. Era, sin lugar a dudas, «una obra de arte», como su padre solía decir sobre ella y Kalle cuando eran pequeños.

Tenía ganas de sentarse y simplemente disfrutar de la vista, aspirar el aire que él respiraba y percibir a qué olía. Pero habría resultado raro si él se hubiese despertado y la hubiese visto ahí sentada, observándolo fijamente; por lo que, en lugar de eso, le colocó una mano sobre el hombro con delicadeza.

—¿Henrik?

Sintió una leve sacudida bajo la palma de la mano. Su cuerpo se movió, y el libro que tenía en el regazo cayó al suelo. Entonces, Henrik se enderezó y se quitó las gafas de sol. Su mirada de ojos verdes parecía bastante despierta cuando se encontró con la suya.

—¡La hermosa princesa noruega! —dijo Henrik—. ¡Por fin!

Esbozó una gran sonrisa, se puso en pie de un salto y la rodeó con los brazos, abrazándola durante un momento más largo de lo que es habitual cuando uno abraza a un colega. Ella sintió derretirse en el abrazo, en su aroma limpio y ligeramente perfumado. Olía tan maduro, sus brazos eran tan fuertes. Además, hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba de aquella manera. Y no se debía solamente a la corona.

Luego se despegó de ella.

—¡Por fin estás aquí! ¿Qué te apetece hacer?

Margrethe parpadeó y notó que de repente le costaba encontrar las palabras. ¿Qué le apetecía hacer? ¿Debía dar una

respuesta atrevida? ¿Graciosa? ¿Sincera? ¿Quería decir ahora mismo, o se refería a en general?

Permaneció clavada y boquiabierta, como una niña pequeña.

—¿Nos vamos a las pistas, por ejemplo?

Ella sonrió. Estaba tan ávido.

—¿Ahora por la tarde? Creo que las pistas cierran pronto, de hecho. Aparentemente, mi madre había planeado una cena de bienvenida para todos, por lo que quizá deberíamos quedarnos y unirnos a los demás.

—*Ok* —dijo él, poniéndose de nuevo las gafas de sol.

Ella se arrepintió de inmediato. ¿Por qué tenía que ser siempre tan disciplinada? Seguro que podrían haberse quedado un rato más en las pistas si alguien del personal hubiese llamado para preguntar. Ella debía admitir que le daba vergüenza requerir un trato especial, pero ¿quizá era más común hacer esas cosas en Dinamarca? Estar solos en la pista tal vez podría haber sido... romántico.

¡Madre mía, menuda boba estaba hecha!

—O bueno... igual sí nos da tiempo a dar una vueltecita, si te apetece —añadió, sintiéndose como una idiota insegura e indecisa.

—No, no te preocupes, tienes razón —repuso Henrik—. El sol también se pondrá pronto. Lo hacemos mañana. Y comer nos sentará bien. Y sentarnos al calor de la chimenea. ¿No es eso lo que soléis decir los noruegos?

El fuego crujía y crepitaba en la enorme chimenea que se alzaba en medio de la habitación. Y su padre por fin ocupaba su lugar. Había llegado sobre las siete y comentado algo sobre un pequeño trabajo extraordinario, de última hora, antes de las vacaciones. No parecía que nadie pensase que había nada de raro en ello, y Margrethe no quiso preguntarle delante de los demás.

Habían cenado cordero y bebido vino tinto todos juntos, los siete. El ambiente era informal y relajado, compartiendo buenas y malas experiencias de los últimos meses. Posteriormente, los jóvenes se habían trasladado al salón, mientras los adultos bebían y

charlaban entre ellos afuera. El reloj se acercaba a la medianoche. Margrethe no podía recordar la última vez que su madre se había quedado despierta hasta tan tarde.

Ella misma había pasado toda la tarde con el cuerpo en tensión. Era como si no lograse comportarse de forma normal y decir cosas graciosas e inteligentes ahora que Henrik y ella estaban bajo el mismo techo. No conseguía ser como era cuando hablaban por Snapchat y a través de mensajes. No le era posible ser ella misma en absoluto, solo estaba preocupada todo el rato de que los comentarios que hacía fuesen estúpidos o incomprensibles. Por una vez, se alegró de que Kalle no tuviese que esforzarse para charlar sin parar. Dirigió la conversación y, por suerte, los dos príncipes parecían estar más en sintonía ahora de lo que lo habían estado anteriormente.

Todo parecía ir bien.

Hasta que el idiota de su hermano sacó su teléfono móvil.

—TIENES que escuchar esto, Henrik —dijo, y el primer pensamiento de Margrethe fue arrancarle el iPhone de las manos.

Sin embargo, en lugar de ello, negó desesperada con la cabeza dirigiéndose a Kalle, desde detrás de Henrik, para que se detuviese.

—¿Qué pasa, Mags? ¡Nuestro invitado tiene que escuchar el éxito de la temporada de este año! —repuso, y se dirigió a Henrik de nuevo—. El que la ha compuesto es un buen amigo nuestro. Tú y tus padres, de hecho, deberíais aparecer como *colaboradores.* Escucha.

Margrethe clavó la vista en el suelo. Dios mío, Henrik iba a ofenderse tanto. ¿No rozaba esto el límite de injurias a la Corona? ¿Quizá toda la familia real quisiese regresar a Copenhague después de esto?

Maldijo a Arnie por pensar tan poco en las consecuencias.

Los ritmos de orquesta de pueblo comenzaron a sonar, y Margrethe cerró los ojos y se armó de valor para lo que se les venía encima.

Yoddelii yodeluuu, yodeliii.

«¡Se trata de un gran nosotros! Contra el virus. ¡Un gran nosotros!».

Abrió un ojo y miró a Henrik. Él estaba sentado recostado en el sofá con la enorme copa de vino en una mano y la mirada concentrada en el infinito, como para concentrarse en captar todo lo que decía la canción.

«Semana Santa POSPANDÉMICA», gritaba Arnie desde el teléfono.

«¡Ahora toca *shotski*! ¡Nieve y *shotski*! ¡Yodeluuu yodelii!»

Margrethe cerró los ojos de nuevo y no se atrevió a abrirlos otra vez hasta que la melodía se desvaneció. Todo quedó en silencio, y ella deseó que el suelo de la cabaña se abriese bajo sus pies y se les tragase tanto a ella como a Kalle.

¿Qué iba a pensar Henrik ahora sobre ellos?

Entonces, escuchó como alguien estallaba en carcajadas.

—¿Qué narices es un *shotski*? —rio Henrik—. ¿Y cuándo podré probar uno?

# 17

## Humor mañanero

El sol brillaba intensa y claramente a través de las cortinas a cuadros del dormitorio de la cabaña.

Perfecto.

Hoy, definitivamente, Henrik y ella *se dejarían ver por la pista.*

Aún era temprano, el reloj acababa de marcar pasadas las siete, por lo que Margrethe entreabrió la ventana y volvió a acostarse sobre la cama. Permaneció completamente inmóvil durante un momento para disfrutar del silencio, el aire fresco de montaña y la certeza de que el príncipe Henrik estaba a tan solo unos centímetros de distancia, al otro lado de la pared.

Y pensar que estaba ahí tumbado. Su cuerpo seguramente estaría cálido y suave después de la noche. Lo que habría dado por poder deslizarse debajo del edredón y notar sus brazos alrededor de su cuerpo, notar cómo su pecho descendía hacia ella.

«¿Qué te apetece hacer?», había preguntado. Ella realmente sabía lo que le apetecía hacer. Lo sabía muy bien.

Debía suceder ahora, en Semana Santa. No podía permitirse esperar a la próxima ocasión. Podrían pasar fácilmente varios meses.

¡O incluso años!

Estiró su mano izquierda para coger el teléfono móvil y comprobó la actividad de la noche en Snapchat. Resultaba obvio que en la cabaña de Ingrid habían estado de fiesta desde su llegada la tarde anterior. Parecía haber empezado tranquilamente, como solía hacer, con *pizza* y cerveza. Margrethe notó con un suspiro que

tanto Lena como Liv se habían unido al viaje de Semana Santa. ¿Era demasiado pedir que Kalle pudiese pasar un único fin de semana solo? ¿No debían las madres estar con sus hijos en Semana Santa? Debería aprovechar la oportunidad de preguntar sobre eso la próxima vez que se encontrase con Lena.

Deslizó el dedo para pasar varias fotos de la enorme bañera de hidromasaje que había en la terraza y vio un vídeo de Arnie saltando desde el tejado mientras Liv, en bikini, gritaba de emoción. Más tarde, Arnie aparecía sentado en una silla mientras Tess le maquillaba; Dios mío, el chico realmente siempre estaba en todas las salsas. Al fondo, pudo vislumbrar a Fanny, con una ancha camiseta blanca. Debía hablar con su mejor amiga, decirle que tenía que dejar atrás aquel estilo *hiphopero* que llevaba. Parecía que simplemente hubiese seguido vistiendo un *look* del confinamiento.

Margrethe suspiró. La pandilla probablemente habría estado de fiesta toda la noche, por lo que hoy dormirían hasta tarde.

Ella se había acostado poco después de las doce y media para estar descansada y preparada para la jornada de esquí. Y para enfrentarse, si era necesario, a los fotógrafos que hubiesen acudido hasta allí. Los chicos habían estado sentados en el salón comparando memes impertinentes cuando se fue a acostar, pero Henrik había dicho que él tampoco pensaba quedarse levantado hasta tarde.

Margrethe reprodujo el último vídeo de Snapchat, que había sido publicado justo antes de las tres de la madrugada. Todos aparecían dentro de la cabaña, bailando y cantando al ritmo de la parodia musical de Arnie, por supuesto. «Incluso Fanny ha aguantado», advirtió Margrethe ligeramente sorprendida.

Entonces se quedó helada.

En el extremo derecho de la imagen, justo delante de la mesa de comedor rebosante de botellas y vasos vacíos, estaba Kalle, con los brazos alrededor de Fanny y Henrik mientras los tres cantaban a voces.

¡Qué demonios!

¡Podría haber asesinado a su hermano mayor!

Kalle debía haber convencido a Henrik para que se unieran a

sus infantiles compañeros de clase.

¡Oh, cómo se avergonzaba de él, de todos ellos!

¿Por qué había accedido Henrik a ir hasta allí? Sintió una punzada de decepción. Al fin y al cabo, era él quien estaba allí, cantando tan contento, ¿¡con gente tres años menor que él!? ¿Qué hacía Fanny despierta tan tarde? Supuestamente siempre estaba cansada. ¿Y por qué ninguno de ellos había pensado en despertarla?

Una vez más, sintió ganas de castigarse a sí misma por no haber accedido de inmediato a ir a esquiar con Henrik el día anterior. Si hubiesen pasado tiempo juntos a solas desde el principio, seguramente no se le habría pasado por la cabeza irse de fiesta con sus amigos mientras ella dormía.

Se dio media vuelta y trató de volver a dormirse.

Permaneció con los ojos cerrados durante unos veinte minutos, hasta que decidió darse por vencida. No podía dormir. Tenía la cabeza demasiado llena de pensamientos, como de costumbre.

De repente, percibió el aroma a café. El reloj marcaba las siete y media pasadas; seguramente sería Guri, comenzando a preparar el desayuno. Era posible que una taza de café recién molido bajo el sol de la mañana en la terraza le ayudase a reiniciar aquel día. Se enfundó el suave e informal chándal de Juicy de color lila que le sentaba tan bien, se recogió el pelo en una cola de caballo y se dirigió al baño. Justo cuando cerraba la puerta tras ella, vislumbró con sorpresa quién se encontraba en la cocina.

¡Era Henrik!

Gracias a Dios que no se había dejado ver. Ahora podría maquillarse en paz y tranquilidad antes de ir a la cocina con él. Empleó un buen rato, aplicándose primero una base de maquillaje en crema con factor de protección cincuenta, para así no tener que preocuparse de quemarse en la pista. Después los polvos, un poco de colorete en las mejillas, pero no más de lo que resulta natural al estar bajo el sol, algo de sombra de ojos beis, y finalmente, máscara de pestañas. Se echó un poco de perfume que olía a ropa de cama limpia en la garganta, y se lavó los dientes a conciencia.

Así.

*Ya* estaba lista.

Henrik estaba sentado a la mesa de la cocina con una taza de café, leyendo su libro, cuando Margrethe salió del baño. Ahora pudo apreciar que el libro estaba escrito por un autor del que nunca había oído antes. Tomó nota mental del nombre, Jonas Eika, pues tendría que buscarlo en Google más tarde. Una música suave salía del teléfono de Henrik.

—¡Buenos días! —dijo con ligereza—. No esperaba que estuvieses levantado a estas horas. Así que acabasteis yéndoos de fiesta ayer, ¿eh?

—¡Feliz Viernes Santo! —repuso él, girándose. Parecía sorprendentemente espabilado—. Sí, al final surgió hacer una pequeña visita a vuestros amigos. Al fin y al cabo, tenía que averiguar qué era eso del *shotski,* ja, ja. De todas formas, nunca me levanto más tarde de las siete y media. No me gusta desaprovechar el día durmiendo.

Margrethe sintió el latido de su corazón. Lo sabía, ¡él era como ella! Quedó aún más impresionada por el hecho de que tuviese tan buen aspecto después de lo que no podían haber sido más de cuatro horas de sueño. Henrik apagó el sonido del teléfono.

—¿Qué estabas escuchando? —preguntó.

—¡Tessa! —respondió él.

—¿Cómo, Tess?

—No, *Tessa.* No es exactamente Arnie, pero está bien. *Glo på mig.* Deberías echarle un vistazo.

Él le sirvió una taza de café a Margrethe, y luego se sirvió otra a sí mismo, y ambos permanecieron en silencio sentados a la mesa, rodeando las vastas tazas de café con las manos.

—Entiendo, por cierto, a qué te refieres —dijo Henrik.

—¿A qué me refiero de qué?

—Sobre tus padres. Parecen un poco... distraídos. Especialmente tu padre.

Margrethe se sintió tanto triste como aliviada al mismo tiempo. Así que había algo ahí. Él también lo había notado, vaya. Y todo ello basándose en la cena del día anterior, en la que ella

consideraba que los dos habían mostrado un comportamiento relativamente normal.

Por primera vez, se atrevió a decirlo en voz alta:

—Creo que tiene a otra.

Henrik no pareció sorprenderse en lo más mínimo.

—¿Y quién no la tiene? —repuso él. Debió notar su expresión de confusión, pues continuó—: ¿Hola? ¿Carlos, Diana, Camilla? Por nombrar algunos de muchos, muchísimos más. Teniendo un trabajo tan inusual no se puede esperar que uno también lleve una vida completamente normal —argumentó encogiéndose de hombros—. No siempre se elige a la pareja solo por amor. Además, a veces necesitamos estar con alguien que entienda nuestras necesidades, y no solo las demandas de la sociedad.

Margrethe contempló sus ojos verdes y se preguntó a qué categoría pertenecía ella.

—Afortunadamente, en Escandinavia todavía sigue dándose el caso de que los periódicos, en gran medida, respetan la vida privada de la familia real —dijo Henrik—. Por lo que tener un... amante no implica un riesgo demasiado grande. Pues los periódicos jamás escribirían sobre ello de todas formas.

Margrethe frunció el ceño.

—O sea, ¿y entonces está bien?

Henrik se encogió de hombros.

—A ver, yo no creo que sea motivo de crisis que tu padre se acueste con otra persona, no. Por el contrario, podría ser algo que, de hecho, salvase la casa real.

Guau, era más cínico y sin filtro de lo que Margrethe había creído. Se preguntó si hablaba desde la experiencia. Si Christian y Louise no solo discutían por tonterías, sino que también tenían otras facetas ocultas. En ese caso, eran una pareja menos sólida de lo que parecían.

—El problema surgiría si acabase enamorándose de la amante —dijo Henrik—. E insistiese en que quisiera vivir con ella. Entonces, sí estaríais de mierda hasta el cuello, en diversos sentidos. Pero tu padre no es tan estúpido. Él pone el interés de la nación por delante. De eso estoy cien por cien seguro.

De repente, Henrik se apoyó sobre ella y le colocó la mano en la nuca. Durante una milésima de segundo, pensó que iba a atraerla hacia él para besarla, pero en lugar de ello, le acarició la cola de caballo y la nuca. Fue como si cada lugar en el que la había tocado ardiese. Él debía haberlo sentido también, ¿no? Que había algo entre ellos, una química totalmente física.

—No lo pienses más. Ya verás como todo va bien —añadió—. ¿Qué tal si desayunamos un poco y nos vamos a esquiar?

Sonrió con aquella sonrisa de dientes blancos que era una copia exacta de la de su padre.

—Los daneses necesitamos un poco de espacio extra en la pista, ya sabes.

# 18

## Sin los pies en la tierra

—¿Estás listo?

El príncipe Henrik la miró con una pequeña y astuta sonrisa. Margrethe intercambió una mirada con él y notó cómo una calidez se extendía por todo su cuerpo. Durante un extraño instante, pareció como si, al salir del coche juntos, estuviesen haciendo algo... oficial. La cosa tampoco iba tan desencaminada. El hecho de que los dos hubiesen salido antes que los demás hacia las pistas de esquí, como él había insistido, definitivamente iba a dar pie a algunos rumores.

Él lo sabía muy bien.

—Tú primero —propuso él.

Margrethe asintió y abrió la puerta del coche, pero permaneció sentada dentro con la puerta entreabierta.

Venga, solo una pequeña comprobación rápida antes. Él quizá ni se daría cuenta, si lo hacía rápido. Sacó el espejito de bolsillo.

—¿Me lo dejas? —preguntó Henrik.

Ella se lo entregó, y sus manos se tocaron. Piel cálida y seca. Le sorprendió que él no se burlase. Kalle se ponía negro con su rutina del espejo, y llevaba años poniendo los ojos en blanco cada vez que la veía hacerlo. Henrik, por el contrario, se contempló con seriedad en el espejo desde varios ángulos antes de separar sus grandes y sedosos labios y mostrar los dientes, comprobando que no hubiese ningún resto de comida atrapado entre ellos.

—Listo —dijo satisfecho.

Coquetearon mientras ella iba tropezándose con sus rígidas

botas de eslalon. No era necesario decir nada. Ambos comprendían que estaban en una especie de escenario, y que caminaban de una forma extremadamente torpe por él. Nadie les había dicho o gritado nada, pero toda la gente con la que se cruzaban les lanzaba miradas o intentaba no hacerlo en absoluto. El rumor se extendió rápido, como una ráfaga de viento atravesando el valle.

Estaban aquí, Margrethe y Henrik.

La princesa y el príncipe, a solas en la pista de esquí.

Margrethe rebuscó en el bolsillo de su anorak azul, asegurándose de tener su pase preparado. Podían ir directamente al punto de ascenso. Henrik se colocó los esquís y dio algunos pasos de patinador sorprendentemente ágiles en dirección a los remontes. Margrethe se apresuró a seguirle; debía ser rápida, no podía parecer que él la dejaba atrás.

—¿Telesilla? —preguntó Margrethe, mirando a su alrededor.

Las telecuerdas, las cintas transportadoras y los telesquís zumbaban desplazándose junto a ellos. Ella había pensado sugerir otra ruta.

—Sí, no me apetece comerme el suelo y quedarme colgado del remolque tan pronto —respondió él con una sonrisa.

Ella asintió, comprendiendo lo que él quería decir.

Margrethe sintió cómo le latía el corazón a medida que avanzaban obedientemente en la cola, pero sonrió bajo las enormes gafas. Por primera vez en mucho tiempo, le alegraba la atención. Deseaba que se hablase de ello, esperaba con emoción las fotos robadas que se publicarían en internet.

Dos niños pequeños se detuvieron ante ellos en la cola. Acababan de descubrir frente a quién se encontraban, y la más joven no logró controlarse. Se quedó mirando embobada a Margrethe, y cuando estaban a punto de avanzar, la pequeña se tropezó y se desplomó sobre la nieve, en un gran embrollo de esquís y bastones.

Margrethe la miró, conmovida por la situación. Quiso echarle una mano, pero no se atrevió. No debían cazarla rompiendo las reglas contra el contagio.

—¡Ahivá, arriba de nuevo! Que no querrás perder el telesilla

—dijo Henrik, levantando a la niña por el codo.

Ella le sonrió contenta antes de volver a clavar su mirada oscura en Margrethe y ponerse seria.

Llegó su turno. Margrethe tragó saliva y se dejó caer en la bamboleante cesta de metal. Tras un fuerte tirón que los despegó del suelo, quedaron a solas los dos. Flotando sobre el suelo. Estaba nublado, y el suelo descansaba bajo una tranquila luz blanca. Lo único que se escuchaba era el zumbido del remonte.

Margrethe miró hacia abajo y vio sus esquís colgando y cómo los pinos cubiertos de nieve iban haciéndose cada vez más pequeños. En realidad, había sitio para cuatro en el telesilla, y había mucho espacio entre ella y Henrik. Le lanzó una mirada, deseando que se hubiese sentado más cerca, que ambos se hubiesen colocado más en el centro. Habría ayudado. De repente, él se inclinó hacia delante para mirar abajo. La cesta se balanceó. Margrethe dio un respingo.

Ahora era el momento de recomponerse. Alzó la mirada hacia el cielo, inspiró profundamente con el estómago, y soltó el aire con lentitud. Ahora estaba allí, a solas con Henrik. Debía ser capaz de hacer eso.

Henrik permanecía sentado tarareando algo para sí, columpiando los pies con los esquís y haciendo que la pequeña cesta se balancease hacia delante y hacia atrás. Margrethe agarró el anillo que hacía de valla y, en ese mismo instante, hizo lo inevitable. Miró hacia abajo, y entonces vio la altura a la que estaban. Allí abajo, las rocas y los árboles atravesaban la nieve como lanzas afiladas.

Iba a morir.

Comenzaron a pitarle los oídos. Oh, no, debería haberlo sabido.

—... gustó el regalo? —escuchó decir a Henrik en la lejanía.

Se obligó a sí misma a girar la cabeza hacia él, y entonces la expresión de su rostro cambió. Ella trató de mantener su propia expresión relajada, pero, al parecer, fue en vano.

Henrik dejó de columpiar las piernas.

—¿Le gustó a tu amiga el... Margrethe?

Deseó poder esbozar una sonrisa. Sonreír y permanecer en silencio podría haber funcionado hasta que se montaron en el telesilla. Maldición, qué lento iba ese remonte. Si lograba bajar de allí y volver a poner los esquís sobre la nieve sana y salva, se daría por satisfecha, y nunca, nunca más volver a subirse a ese trasto de nuevo.

—¿Qué...? ¿Tienes miedo a las alturas? —preguntó Henrik en voz baja.

Margrethe asintió con la cabeza, a pesar de que parecía que aquel mínimo movimiento podía hacer que la cesta se balancease con violencia.

—Sí, pero estoy... Estoy bien —dijo, tratando de mirar hacia arriba, hacia el cielo.

Un crujido metálico atravesó el aire. Se produjo un fuerte tirón que los columpió hacia delante y hacia atrás en violentas sacudidas antes de que quedasen colgados totalmente inmóviles.

Oh, no.

No te pares, ahora no. Los titulares de viejas noticias parpadearon dentro de su cabeza, artículos sobre turistas que habían quedado colgados durante varias horas. Sobre remontes que se habían venido abajo, cubiertos de óxido. Cuando miró hacia arriba, estudió el gancho que los sujetaba al cable. Ciertamente, no parecía completamente sólido...

«Oh, no. Oh, no. Oh, no.»

Le hormigueaban los brazos y las piernas.

Su respiración resonaba en sus oídos, cada vez más entrecortada.

Pronto acabaría del todo. ¡Podía sentirlo!

—Margrethe, oye —dijo Henrik, pero ella mantuvo la vista fija al frente; no soportaba la idea de girarse, asustada por lo que pudiese ver si lo hacía.

—Margrethe, mírame —dijo él, y se quitó las manoplas.

Ella cerró de nuevo los ojos, tratando de transportarse mentalmente lejos de la situación. Iba a conseguir bajar de allí. Conseguiría bajar de allí de nuevo.

Iba a morir.

Sus manos se entrelazaban en el anillo de metal, y de repente notó algo cubriendo una de sus manos. Al mismo tiempo, la cesta se inclinó un poco, algo que hizo que su respiración se acelerase aún más.

Era Henrik, que se estaba desplazando para acercarse a ella.

—Agárrate a mí en lugar de a eso —dijo.

Margrethe agitó la cabeza.

—Dame la mano. Puedes sujetarte al anillo con la otra.

Él soltó una de sus manos con cuidado, dedo a dedo.

—Aprieta tan fuerte como puedas —añadió.

Él tiró de su manopla y colocó delicadamente su mano en torno a la de ella. Aquel pequeño contacto con su piel era tan cálido y agradable. Él le masajeó la muñeca con el pulgar, allí donde la piel era más fina.

—¿Puedes mirarme, Margrethe?

«No —pensó ella—. No, porque entonces descubriré que me estoy muriendo.»

—Abre los ojos —dijo él más decidido, y sin entender del todo por qué, ella hizo lo que él le pedía.

Ella se estremeció cuando vio lo lejos que estaban del suelo. Le entró hipo, le faltaba aire que respirar; el miedo a morir se había apoderado de su cuerpo. Henrik no le soltó la mano, sino que siguió acariciándole la muñeca con el pulgar.

—Mírame —ordenó—. Mírame.

Ella giró la cabeza y le miró a los ojos. No parecía divertido o asustado. O coqueto. Simplemente parecía concentrado.

—Bien, bien, Margrethe. No mires abajo, ni hacia arriba. Solo mírame a mí.

Ella asintió en silencio. El ancho y simétrico rostro, los ojos rasgados y las cejas pobladas pero también completamente idénticas. Una fría ráfaga de viento hizo que la cesta se balancease, y Magrethe hipó de nuevo. Notó cómo le goteaba la nariz. No se atrevió a soltarse para secársela. La vergüenza y el miedo a la muerte se disputaban su atención.

—Ahora vamos a respirar así —repuso él—. Tienes que prometerme no reírte, porque vamos a respirar en un cuadrado.

Ella miró fijamente sus labios. El labio superior era fino, pero el inferior era carnoso. Él los estrechó, poniendo morritos. Inclinó la cabeza profundamente y alzó la barbilla hacia el cielo.

—Tienes que respirar hacia abajo, hacia un lado, hacia arriba y hacia el otro lado y repetir. Cuenta hasta cinco por cada lado. ¿Ves cómo respiro en un cuadrado? Haz lo mismo que yo.

Él inspiró por la nariz y respiró decidido por la boca mientras su aliento helado trazaba líneas en el aire invernal.

—Tu turno, Margrethe.

Se sintió tonta, pero lo intentó de todas maneras. Respiró hacia abajo, un lado, arriba y el otro.

Poco a poco fue confirmando que, en efecto, sí había suficiente aire. Y que quizá podría sobrevivir. Justo entonces la cesta dio un fuerte tirón y un ruidoso zumbido retumbó contra el suelo. El telesilla se puso en marcha de nuevo. Durante los siguientes cien metros, su mirada no abandonó a Henrik.

Margrethe respiró, Henrik respiró. Hasta que alcanzaron el suelo.

# 19

## Fuera de pista

Margrethe saltó del remonte, se colocó las correas de los bastones alrededor de las muñecas y dio algunos pasos rápidos hacia la pista antes de desviarse bruscamente del amplio descenso e internarse en el bosquecillo de pinos bajos.

Tras los árboles, se derrumbó.

Sintió como si ya hubiese recorrido la pista cien veces.

Henrik acudió tras ella zumbando y la encontró detrás de un árbol.

—Pero bueno —dijo—. No te marches así, mujer. ¡Que tienes a un danés contigo!

Ella no dijo nada, sino que siguió contemplando el bosquecillo que dividía las dos enormes pistas. Intentó encontrar su voz. Decir algo gracioso, algo que impidiese que su rostro se contrajese en una mueca de llanto. Las piernas le temblaban.

Tras ellos, los esquiadores se precipitaban cuesta abajo. Solo la idea de tener que mantener un ritmo normal durante el descenso, de no chocarse contra nadie y a la vez esquiar con estilo, y de asegurarse de ser educada y sonreír durante el descenso le parecía totalmente inconcebible. No sabía cómo iba a lograr bajar de allí. Quizá debería quedarse donde estaba, simplemente. Enterrarse en la nieve. Henrik probablemente se alegraría de ahorrarse aún más drama.

—¿Crees que se puede bajar por aquí? —dijo él, mirando con los ojos entrecerrados hacia los arbustos.

—La pista pasa por allí —dijo Margrethe con voz apagada, y

señaló con la cabeza en dirección al trazado mientras volvía a ponerse en pie con cuidado.

—¿No me digas? Pero eso no es lo que te estaba preguntando, vaya. ¿Crees que podríamos bajar por aquí? —repitió dando algunos pasos tentativos hacia el grupo de pinos torcidos.

La nieve yacía formando montículos, aún intacta tras la ligera nevada de la noche anterior. Henrik dobló las rodillas y dejó que sus esquís surcaran con delicadeza la nieve en polvo que cubría la suave pendiente. Extendió ambos brazos en su anorak de Fjallräven de color rojo intenso y descendió a cámara lenta. La estampa era digna de una postal, al menos hasta que las puntas de los esquís chocaron contra el suelo y Henrik se detuvo en seco. Todavía a cámara lenta, cayó hacia delante y aterrizó de cabeza sobre la nieve.

A Margrethe se le escapó una especie de carcajada gutural. No consiguió contener aquella sorprendente risa. Henrik gimió cuando la gélida nieve húmeda se le coló por la capucha cubierta de pelo. Se incorporó con la cara llena de nieve y se pasó una mano por ella.

—¿Vienes? Parece que necesito un poco de ayuda...

Henrik trató de ponerse en pie apoyando todo su peso sobre el bastón, pero en vez de encontrar soporte alguno, este simplemente se hundió en el montículo de nieve, y el príncipe volvió a caer. Esta vez no se rio, sino que golpeó la nieve con las manos y gritó:

—¡Maldición!

Margrethe soltó una risita y se acercó. A pesar de seguir con el susto en el cuerpo, esquiar era algo natural para ella, por lo que simplemente dejó que sus caderas oscilasen justo como debían. Hizo un giro suave para detenerse junto en donde él estaba arrodillado. Los copos de nieve brillaban en sus pestañas cuando ella le entregó el bastón.

—Sí, creo que podemos bajar por ahí —dijo ella—. De una u otra forma.

El bosquecillo que separaba las dos pistas más grandes de Trysil no estaba marcado como pista de descenso, pero era un

lugar popular en el que esquiar fuera de pista cuando había mucha nieve. Aquel día, Margrethe y Henrik estaban totalmente solos en el terreno montañoso. A pesar de ser Viernes Santo, aún era temprano por la mañana, y la temporada ya estaba muy avanzada. Los arroyos se habían deshelado y fluían junto a ellos. Las ramas sobresalían por todas partes, a menudo bien escondidas bajo profundos montones de nieve que el viento había ido formando. Las zonas de nieve recién caída se mezclaban con zonas de hielo bajo las sombras.

Margrethe y Henrik fueron deslizándose sentados sobre sus traseros y agarrándose a las ramas para ayudarse a descender los trayectos más complicados. En varias ocasiones, tuvieron que ayudarse mutuamente para conseguir superar estos tramos. Se caían, se levantaban y esquiaban cuesta abajo hasta que tocaba detenerse de nuevo. A veces lograban sorprendentes aterrizajes sobre blandos montículos de nieve, otras no tenían más remedio que tirarse al suelo para evitar chocar directamente contra algún tocón que de repente sobresalía de la nieve.

Era la excursión de esquí menos elegante en la que Margrethe había participado jamás, pero hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien.

Al final, Henrik se detuvo y se apoyó para descansar sobre los bastones. Tenía la cara sonrojada y ardiendo. El bosquecillo había comenzado a clarear, y se encontraban sobre una pequeña repisa montañosa. Desde allí podían ver el refugio de esquí con la cafetería y los remontes. Pronto estarían abajo del todo.

—Pausa —dijo Henrik.

Margrethe pensó en la mochila que se había dejado en el coche. Dentro había cojines para sentarse y un termo con chocolate caliente. Había pensado que tomarían el remonte hasta la cima de la montaña, y que luego harían un descanso abajo un poco más tarde. Tenía un lugar específico en mente, y había llevado solamente una taza para que así tuviesen que compartirla.

—No hasta que hayamos completado alguna pista, vaya —dijo tratando de mostrarse alegre.

—Sí. Pausa —repuso él, y se dejó caer sobre la nieve.

Bueno, qué remedio. Margrethe se encogió de hombros y contempló el valle que se extendía a sus pies. Desde allí también había buenas vistas.

—¿Estás ya mejor? —preguntó Henrik, lanzándole una mirada.

Ella asintió. Vale, así que tendrían que hablar de ello. Había tenido la esperanza de que el divertido descenso campo a través le hubiese hecho olvidar el vergonzoso episodio del telesilla.

—Sí, sí. Simplemente me dan un poco de miedo las alturas —respondió ella riendo—. Normalmente no tengo problema con los remontes normales, pero eso de columpiarse a tanta altura sobre el suelo no lo llevo muy bien.

—¿Te sucede a menudo?

—No, qué va. No solemos subir a la cima de la montaña casi nunca —dijo ella, sonriendo un poco.

—No, me refiero a la crisis. Al ataque de pánico.

Ella lo miró fijamente. Ataque de pánico. Entonces, negó con la cabeza. Eso no era lo que le pasaba. Sí, eso era también lo que Google había afirmado cuando había buscado información sobre las palpitaciones, los mareos y la dificultad para respirar. Pero ella no tenía ansiedad. Ahí estaba el límite, en realidad. Además, sucedía muy raramente. Y se le acababa pasando. Simplemente, debía tener cuidado.

No sentarse en telesillas inestables, por ejemplo. O exponerse a otras situaciones en las que se sintiese insegura y asustada. La ansiedad era una enfermedad de verdad, algo que uno no podía controlar, y ella sí conseguía mantenerlo bajo control. O, bueno, al menos la mayoría de las veces.

—No, no. Yo no tengo ansiedad —dijo ella, riéndose de nuevo —. Solo soy un poco cobardica en los telesillas.

Él la miró fijamente y se encogió de hombros.

—Bueno, pues para cuando tengas problemas para respirar como hoy, aunque no se trate de un ataque de pánico, que sepas que no es peligroso por sí mismo. Normalmente ayuda respirar en un cuadrado. Así jaqueas el *nervus vagus,* el nervio vago —repuso él, y señaló hacia la cabeza antes de dar unas palmaditas en la

nieve, a su lado.

Margrethe se quitó las manoplas y las colocó sobre el suelo antes de sentarse, para que el trasero no se le mojase o congelase. Henrik yacía estirado sobre la nieve húmeda, contemplando el cielo, e introdujo una mano en el bolsillo delantero de su anorak.

—¿Quieres? —dijo, y le ofreció algo.

Era una chocolatina *Kvikk Lunsj*.

—Guau —repuso Margrethe, impresionada.

—Sé un poco sobre cómo tratar a los noruegos —respondió él con una sonrisa de satisfacción, y se sentó.

Ella tomó una barrita, y él partió dos y se las metió juntas en la boca. El dulce chocolate se derretía lentamente en su boca justo cuando el sol logró atravesar las nubes. Un pájaro alzó el vuelo desde un árbol, espolvoreando algo de nieve sobre ellos.

—Oh —exclamó Margrethe en voz baja, y alzó automáticamente las manos para atrapar los copos de nieve.

Henrik se rio de ella, estiró el brazo y lo colocó sobre sus hombros. Margrethe se puso tensa, pero trató de obligar a su cuerpo a relajarse para que él no lo notase.

—Qué bien se está aquí —comentó él, y la atrajo hacia sí.

Permanecieron así sentados, totalmente inmóviles, durante varios minutos. Margrethe notó cómo todo su cuerpo temblaba. Él debía sentirlo también, de lo fuerte que era el temblor.

—¿Tienes planes para esta noche? —dijo él de repente.

Margrethe casi se queda sin respiración de nuevo, y contestó con su voz más normal:

—No.

—Tu amiga Fanny y el resto de la pandilla de Kalle iban a...

—También es mi pandilla, vaya —repuso ella con rapidez.

—Sí, bueno, vuestra pandilla. Al parecer, esta noche iban a ir a un club. ¿Tenías pensado ir tú también?

Margrethe no había escuchado nada al respecto, pero por supuesto que irían a Laaven. Sonaba como si Henrik también quisiese ir.

—Sí... o bueno, quizá. ¿Tú también?

—Tal vez podríamos ir juntos —dijo él, y la miró.

Ella sonrió y asintió. Sí, por supuesto. Podrían ir juntos. ¿Significaba eso que ya los veía como una unidad? ¿Como dos personas que se iban de fiesta juntas, que llegaban juntas, se sentaban juntas y se marchaban a casa juntas?

Y luego, con suerte, se iban a la cama juntas.

¿Podía besarle? ¿Iba él a besarla? ¿O todavía quería esperar un poco más? Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. En ese mismo momento, él se puso en pie y su cabeza se inclinó hacia atrás.

Henrik le ofreció la mano.

—¿Otra ronda más?

Una leve decepción envolvió la esperanza salvaje que se había asentado en su pecho.

Ella sonrió con toda la cara, asintió con la cabeza y agarró su mano.

Lista para seguir adelante.

# 20

## Balcón real

Margrethe localizó a la pandilla de inmediato.

Estaban sentados brindando en el primer piso, en el balconcito que había bajo la enorme cumbrera del refugio de esquí. Habían ocupado todas las mesas de la pequeña terraza exterior, e incluso Fanny alzó una mano.

—¡Margrethe! ¡Henrik! — gritaron.

Si alguien en Trysil no se había enterado de que estaban allí, ahora ya no cabía duda de que todo el mundo debía saberlo.

Margrethe saludó con la mano, irritada, y comenzó a deslizarse de nuevo hacia los remontes. Esta vez, el telesquí; se moría de ganas de mostrarle a Henrik las majestuosas plataformas de observación de la cima.

Henrik permaneció inmóvil.

—Mira, son Kalle, Fanny y los demás. ¿Subimos con ellos, o qué?

Margrethe echó un vistazo al reloj que colgaba bajo la cumbrera. Solo eran las once y media.

—¿Un descenso más antes?

Henrik ya se había quitado los esquís.

—Me he quedado un poco frío. ¿Te importa que vayamos un rato con los demás?

Ella asintió cortamente. ¡Bueno! Al menos ahora hablaba de nosotros.

Arriba, en el balcón, había *pizza* sobre la mesa, y todos bebían de vasos de medio litro llenos de refresco Solo.

—Ah, ¿es lo mismo que ayer? —preguntó Henrik con una sonrisa.

Se dejó caer sobre el único asiento vacío. Arnie se levantó y fue a buscar una silla extra para Margrethe, y cuando se volvió a sentar, echó un vistazo hacia el interior de la cafetería por encima del hombro. Cuando se hubo cerciorado de que nadie lo observaba, se dio unas palmaditas sobre el chaquetón de esquí con una sonrisa, sobre donde se suponía que debía llevar el detector de víctimas de avalanchas. Allí, claramente, se ocultaba una petaca de algún tipo.

Arnie les ofreció un vaso de Solo.

Henrik sonrió y le dio un sorbo antes de arrugar la nariz.

—Sí que lo es, sí. Uff, sí. Joder.

—¿Qué es? —preguntó Margrethe, sentándose a la mesa.

Henrik extendió los brazos, se reclinó sobre el asiento y disfrutó del sol que ahora brillaba sobre ellos. Cuando él ponía los brazos así, parecía que ella estuviese sentada bajo su abrazo. De nuevo. Se preguntó si los demás también se habrían dado cuenta.

—Es Solo especial —dijo Arnie.

—¿Y qué es eso? —repitió Margrethe, algo irritada a causa de todas aquellas bromas internas.

—¿Y quéééé es esoooo? —se burló Kalle a media voz desde la esquina.

Henrik bajó el brazo derecho de nuevo, de manera que ya no parecía estar sentada con su brazo alrededor. Agarró el vaso y se lo ofreció.

—Prueba —propuso, y arrugó la nariz—. Quizá haya que ser noruego para que a uno le guste esto.

Ella le dio un sorbo a regañadientes, pues le pareció demasiado tonto negarse cuando él quería compartir el vaso.

—Solo sesenta. Es decir, Solo y sesenta grados —explicó Liv, que estaba allí sentada entre ellos con aquel abrigo azul lleno de pelotillas que siempre usaba, cómo no. Ella, desde luego, no había estado esquiando.

—Arnie ha estado de fiesta con la gente de Horten y ha desarrollado nuevos hábitos, ya ves —añadió, dándole unas

palmaditas alegres en el muslo a Arnie.

Margrethe lo miró fijamente. Arnie no parecía incómodo ante el manoseo de Liv. Realmente le valía todo. Siempre se las apañaba igual de bien.

—Bueno, ¿y en qué pista habéis estado? —preguntó Henrik.

Todos quedaron en silencio, y entonces se echaron a reír.

—En esta —dijo Tess, y sonrió.

—¡Caramba! Pero ¿no hace falta esquiar primero para poder disfrutar del *après-ski*? —comentó Henrik.

—No, solo debe parecer que has estado esquiando —explicó Arnie. Se cubrió la cabeza con la capucha del anorak, se puso un enorme par de gafas de sol de espejo sobre la nariz y alzó el vaso de Solo—. Ya está. Ahora ya podemos relajarnos.

—¡Ajá, así que así son las cosas! Una razón más para amar Noruega —repuso Henrik.

Una razón más. ¿Podía haberlo dicho de manera más abierta? Margrethe se las arregló para soltar una risita nerviosa antes de sentir cómo una mano la buscaba a tientas por debajo de la mesa. Era Ingrid. Le entregó algo a escondidas. Margrethe echó un vistazo hacia abajo y vio cuatro diminutas botellas envueltas en papel.

—Coge una y pásalas —susurró Ingrid—. Abre una y estate preparada.

Hizo lo que le dijeron y deslizó una en la mano de Henrik, que la miró confundido. Margrethe simplemente se encogió de hombros.

—Ahí, muy bien —dijo Kalle, y alzó el pulgar en dirección a la cafetería.

Tess asintió, alzó el móvil hacia Arnie y comenzó a grabar.

Entonces Kalle se puso en pie y agitó el dedo índice hacia arriba. Alguien subió el volumen, y escucharon:

¡Yodeliii yodeluuu y un gran nosotros!

Arnie se puso como un tomate.

Era su canción la que resonaba a todo volumen en las instalaciones del refugio de esquí.

—¡Es el estreno! —gritó Kalle.

—Y ahora —gritó Tess—. ¡Todos juntos, salud!

Tras la señal, todos alzaron su botellita de Underberg, se la colocaron entre los dientes, echaron la cabeza hacia atrás y vaciaron el contenido de esta de un trago.

Solo faltó Margrethe, que continuaba peleándose con el intrincado envoltorio.

A Arnie, por una vez en la vida, parecían faltarle las palabras.

Magrethe lo miró y se rio, y él esbozó también una sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que verdaderamente quería y se le permitía ser parte de la pandilla.

Por lo que más le valía beber un poco, ella también.

Rasgó el papel del envoltorio y vació la diminuta botella.

# 21

## Pillada en la cama

Henrik y Margrethe se dejaron caer tambaleantes en el asiento trasero del coche de Rolf mientras se partían de risa. Margrethe había vislumbrado al periodista lobuno del diario digital *Nettavisen* —¿era Wahl como se llamaba?— fuera de la cafetería, pero solo había sonreído con picardía cuando este había preguntado si «la princesa y el príncipe estaban disfrutando de la montaña durante Semana Santa».

Ahora sentía cómo el Solo especial se agitaba en su estómago.

Ninguno de ellos había esquiado más después de aquello. Se habían quedado sentados con el culo pegado a la silla en el *après-ski* hasta que alguien había consultado el reloj y decidido que era hora de irse de fiesta. Ahora todo el mundo debía pasar por la cabaña para comer un poco y cambiarse antes de que «la noche comenzase de verdad».

Margrethe estaba agotada.

Sentía como si ya hubiese estado fuera, de fiesta, toda la tarde. Aún podía notar sobre la cara el fuerte sol que había iluminado el balcón. Tanto este como el brebaje de sesenta grados la habían hecho adormilarse hacía rato.

Ahora lo que más le apetecía era dormir.

—¡Me encantan los noruegos! —dijo Henrik—. ¡Estáis jodidamente locos, todos!

Ella se rio, pero la decepcionó un poco el hecho de que él no sonase cansado para nada. Pero entonces, de golpe, Henrik apoyó la cabeza pesadamente sobre su hombro.

Margrethe sintió un cosquilleo en el estómago.

¿Tal vez podrían quedarse en la cabaña aquella noche los dos?

Relajarse en una de las habitaciones, comer algo rico, ver una película.

Quizá podrían...

Aspiró el aroma a limpio y ligeramente perfumado de Henrik. Cerró los ojos y volvió a imaginarse cómo sería tenerlo encima, dentro de ella. Él seguramente sería cariñoso, cuidadoso, pero a la vez tomaría el control. Podría enseñarle qué hacer.

De repente, se sintió impaciente. Tenía que suceder hoy o mañana. No es que dispusiesen de una cantidad de tiempo ilimitada, precisamente.

Ella alzó la mano con cautela, quería acariciar el pelo de Henrik. El príncipe era tan educado y correcto... pero ya iba siendo hora de que alguien diese el primer paso, ¿no?

En ese mismo momento, él volvió a incorporarse. La mano de Margrethe quedó flotando en el aire de una forma extraña y antinatural. Disimuló acariciándose su propia melena, y esperó que él no hubiese reparado en aquel singular comportamiento. No pareció que Henrik se hubiese dado cuenta de ello, pues acababa de sacar su teléfono móvil.

—¿Podrías enviarme el número de Fanny? —preguntó él.

—¿Fanny? —respondió ella, sintiendo una punzada helada en el estómago—. ¿Por qué necesitas el número de Fanny?

Ella misma fue capaz de escuchar el tono celoso en su voz.

—No encuentro uno de mis AirPods. Creo que me lo dejé cuando estuvimos con ellos ayer por la noche —repuso Henrik mientras consultaba su teléfono—. Solo quería preguntar si lo habían encontrado.

—Ah, bueno.

—Entonces... —añadió él mirándola con las cejas enarcadas —. ¿Me envías su número?

Estaba claro que Henrik no tenía ninguna intención de quedarse junto a ella en la cabaña aquella noche. Quería volver a salir. Para pasar tiempo con los demás. ¿Y para encontrarse con

Fanny?

¿Existía alguna posibilidad de que su mejor amiga hubiese decidido ir a por el príncipe?

Obviamente, habían estado de fiesta la noche anterior, pero Margrethe jamás habría pensado que hubiesen estado... coqueteando. ¡No podían haberlo hecho! A él no le gustaban las chicas como Fanny, que iban con gorras a las fiestas, ¿no? Realmente no era su estilo. ¿O sí...?

—Sí, sí, claro —dijo ella—. No me queda batería, pero me lo sé de memoria. Es noventa y cuatro, cincuenta...

—¿Puedes escribirlo tú? —preguntó Henrik—. Los números noruegos me resultan tan confusos...

Ella cogió su teléfono. Tecleó noventa y cuatro, cincuenta y tres, treinta y ocho. Dudó un poco y terminó con dieciséis.

De repente, sintió cómo su espalda sudaba contra el asiento de piel.

Margrethe no le había contado a Fanny lo que sentía por Henrik, pero le había parecido algo tan obvio. Él era príncipe en Dinamarca, ella era princesa, vivían en la misma cabaña y eran viejos amigos. Fanny tendría que haber sumado dos y dos, ¿no?

¿O quizá no lo había hecho? Kalle siempre decía que era imposible adivinar lo que Margrethe pensaba o sentía. En varias ocasiones la había descrito como «una princesa de hielo».

¿Tal vez Henrik tampoco entendiese nada?

De repente, cayó en la cuenta. Debía decirle lo que sentía.

No, decírselo no. Se acabó lo de hablar. Tenía que mostrárselo. Revelarle lo que quería.

Y debía hacerlo cuanto antes.

Rolf detuvo el coche junto al estrecho camino que conducía a la cabaña, y Henrik salió de un salto. Entonces asomó la cabeza de nuevo en el interior del coche.

—Voy a darme una ducha. ¿Nos vemos luego?

Sonrió y le guiñó un ojo, y Margrethe respondió con otra sonrisa.

«Sí», pensó mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Iba a demostrarle a Henrik que era echada para adelante y guay, no una *nerd.* Que ella también podía soltarse.

Iba a demostrarle que era sexi.

Solo había un problema: sentía un dolor de cabeza en ciernes.

Entró decidida a su propio baño, cogió el neceser que había en la repisa y abrió la cremallera del bolsillo lateral. Ahí dentro había un blíster de paracetamol y otro de Paralgin Forte. Dudó un par de segundos, pues sabía que aquello quizá no era tan buena idea ahora que había estado bebiendo y todo eso. Pero no soportaba seguir tratando de ser sensata; no llevaba a ninguna parte. Esto era realmente necesario. Extrajo una pastilla de cada blíster y se las tragó con un poco de agua. Entonces se desmaquilló, se quitó la ropa interior de lana y se metió en la ducha. Se lavó el cabello rápidamente con champú y acondicionador, y entre las piernas con jabón íntimo. Las piernas se las había depilado esa mañana, por lo que afortunadamente no tuvo que perder tiempo en ello.

Mientras se secaba, escuchó cómo la ducha del otro baño seguía en uso.

Por lo demás, la cabaña estaba vacía y en silencio. Kalle se había ido con Lena, y sus padres todavía estaban en las pistas.

Todo era perfecto.

Se untó todo el cuerpo con loción corporal, se maquilló de nuevo en un tiempo récord y se puso el exclusivo conjunto de lencería de encaje de color melocotón que había comprado en París el verano pasado. Se lo había probado antes de meterlo en la maleta, y se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Se echó un último vistazo en el espejo. Lucía justo como había planeado. Mientras se rociaba un poco de perfume detrás de la oreja, asintió con seriedad para sí misma.

De verdad iba a suceder ahora.

Él iba a ser su primero.

Abrió con cuidado la puerta de su habitación y se coló dentro. El sonido del agua corriendo se mezclaba con la voz de Henrik. Margrethe se rio en silencio cuando reparó en que estaba tarareando una canción de Freddy Kalas en la ducha. La ropa de

esquí que había usado aquel día yacía cuidadosamente doblada sobre la cama. Ella cogió la pila de ropa con los pantalones, el anorak y la ropa de lana y la colocó en el suelo, junto a la cama.

Entonces se recostó sobre la colcha mientras escuchaba a Henrik canturrear «RAPAPAPA» dentro del baño.

Socorro, se sentía desnuda y expuesta.

Rápida como un rayo, se coló debajo del edredón.

No, uff, eso era de cobarde, o simplemente extraño, como si hubiese ido a acostarse allí para dormir.

Se levantó de la cama, alisó las sábanas y la colcha y se volvió a tumbar, esta vez de lado, con la cabeza descansando en una mano.

Dios, aquella pose debía hacerla lucir sexi y no solo estúpida.

En ese mismo segundo, oyó cómo el agua se detenía dentro del baño.

El corazón le latía con fuerza, y ahora que estaba completamente inmóvil, sintió que la montaña rusa estaba a punto de ponerse en marcha. Sacudió la cabeza y parpadeó una y otra vez. Debía concentrarse, estar presente. No cagarla justo ahora.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando el tirador de la puerta descendió. *«Vi tar en pinne for Hemsedal, pinne for Trysil»,* escuchó antes de que se hiciese el silencio.

Henrik apareció en el umbral de la puerta con gotas de agua en el pecho desnudo y una toalla blanca enrollada alrededor de la cintura. Cuando Margrethe alzó la vista y se encontró con su mirada, vio su cara aterrorizada y su boca paralizada en mitad del estribillo.

—¡Diablos, Margrethe! —gritó—. ¡Qué susto me has dado!

Lo que ella se había esperado, no ocurrió. Que su expresión se suavizase, que el brillo de sus ojos apareciese de nuevo, que se acercase a la cama y gatease hasta ella. En lugar de eso, Henrik permaneció inmóvil en mitad de la habitación con el rostro congestionado de irritación; o, bueno, más bien de pura ira.

—¿Qué es lo que…? ¿Qué crees que estás haciendo? —dijo él.

Henrik cogió una sudadera de una silla y la lanzó hacia la cama. La prenda de ropa le acertó en toda la cara.

—¡Eres solo una niña, maldita sea! ¡Vístete!

Él se dio la vuelta y desapareció en el baño de nuevo, dando un portazo tras de sí.

Margrethe quedó tan sorprendida que no podía moverse. La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor.

Solo después de lo que pareció una eternidad, con Henrik todavía encerrado en el baño, logró bajarse de la cama y dirigirse a su propia habitación.

Se acostó despacio sobre su cama en posición fetal, se cubrió del todo con el edredón y deseó que el suave plumón de este se transformase en cemento y la sepultase de manera que nadie pudiese volver a encontrarla jamás.

# 22

## Blanco de tiro

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una hora? ¿Dos?

La niebla todavía nublaba sus pensamientos. La vergüenza ardía con la misma intensidad en sus mejillas.

Prácticamente se había arrastrado hasta el baño y había tratado de inclinarse sobre el inodoro y vomitar, pero no había salido nada.

Henrik había llamado a su puerta varias veces, pero ella no había contestado.

Nunca más podría mirarlo a los ojos.

¿Podría acaso volver a mirar a alguien a los ojos?

Se obligó a levantarse, apoyó las manos en el lavabo y contempló su patético y distorsionado rostro en el espejo.

¿Qué era lo que se había imaginado, en realidad? ¿Cómo podría querer nadie estar con alguien como ella? Alguien que no tenía ni idea de nada. Y que, al parecer, jamás la tendría.

Su teléfono emitió un pitido. Mensaje de Kalle:

> Henrik acaba de llegar, ¿qué hay de ti? Laaven no abre hasta las diez. ¡Vente de fiesta con nosotros!

Margrethe se estremeció. ¿Estaría Henrik ahora mismo contándoles a los demás lo que había sucedido? ¿Estarían todos riéndose a su costa? ¿Se avergonzaría Kalle de ella? ¿Había conseguido meter la pata hasta el fondo una vez más?

Al principio, consideró no responder, pero luego cayó en la

cuenta de que eso habría hecho que se preocupasen, y que, en el peor de los casos, alguien habría venido a llamar a su puerta.

Creo que me quedaré en casa esta noche. Borracha y agotada.

Kalle respondió de inmediato:

Ok.

«Antes jamás se habría dado por vencido tan fácilmente», pensó Margrethe con tristeza. Le habría insistido y dado la vara, y al final habría conseguido convencerla para que se uniese a la fiesta. Pero ahora tenía a Lena para pasar el rato. Hasta ahora había tenido suerte, simplemente.

Poco después, le llegó un *snap* de Arnie: un selfi junto a un conejo de Pascua. No llevaba puesto el gorro, y notó que el pelo había comenzado a crecerle de nuevo. Le quedaba bien.

¡Aún no puedes irte a la cama! ¡Es Viernes Santo, todavía no has estado despierta el tiempo suficiente!

Escribió Arnie. Después, un nuevo *snap*, esta vez solo del conejo de Pascua y un enorme corazón.

¿Te vienes si prometo no poner el éxito musical de Semana Santa?

Margrethe no pudo evitar sonreír.

Dulce Arnie.

Arnie, que sabía todo lo que había que saber sobre meter la pata.

Quizá estaría bien poder desahogarse con él. Siempre era agradable hablar con él.

Pues, al fin y al cabo, eran sus amigos, no los de Henrik. No era justo que ella tuviese que esconderse. Ahora que justo volvía a sentir que pertenecía a la pandilla.

Reflexionó durante algunos segundos mientras se aplicaba

una nueva base de maquillaje bajo los ojos. Se tomó dos Paralgin Forte para intentar despejar la niebla cálida que le nublaba los pensamientos, mientras ignoraba de nuevo la advertencia que sabía que venía escrita en el prospecto: «Evite el consumo de alcohol en combinación con este medicamento, pues este puede potenciar el efecto del alcohol y, por lo tanto, disminuir su capacidad de reacción».

Entonces tomó una decisión.

Está bien. Voy para allá. Si me JURAS
que no habrá canto a la tirolesa.

—¡Pues sí que hay tráfico hoy entre las dos cabañas! —comentó Rolf, y le sonrió a través del espejo retrovisor.

La pantalla del salpicadero mostraba que eran las nueve pasadas. Margrethe consideró durante un segundo si pedirle que la llevase directamente a Laaven, pues tenían que estar allí temprano si querían entrar. Pero era mejor ir en grupo todos juntos. Cuando los mellizos reales llegaban al mismo tiempo, a ninguno de la pandilla le pedían el carné.

Sentía que la cabeza le zumbaba un poco, y tenía algo de mal cuerpo. Miró a través de la ventanilla del coche hacia las cálidas luces de la cabaña real, y de pronto se dio cuenta de que todavía estaba vacía.

—¿Dónde están mamá y papá y los demás? —preguntó.

Rolf evitó su mirada en el espejo retrovisor. Margrethe pudo comprobar que tenía la vista clavada en el camino de grava frente a ellos.

—La reina y la pareja real danesa pasaron por casa hace un rato, mientras estabas en tu habitación. Ahora están fuera cenando —repuso Rolf.

—¿Y mi padre?

—El rey... ha tenido que regresar a Oslo temprano esta mañana.

—¿Ha tenido que QUÉ?

La princesa ni siquiera trató de bajar la voz.

—Ha tenido que marcharse, Margrethe. Ha surgido algo importante.

—¿ALGO importante? ¿O se trata de ALGUIEN importante?

Algo se derrumbó dentro de ella.

Dios mío. ¿Realmente podían estar perdiéndolo de esa manera? Su padre, aquel hombre bueno y firme. El rey. ¿No era mejor que todo eso? ¿Acaso no era capaz de pasar unos escasos días de Semana Santa sin encontrarse con su amante? ¿Realmente le importaban tan poco su familia, su reputación, el país?

—Eso tendrás que hablarlo con tu padre —contestó Rolf—. Ya sabes que yo estoy sujeto al deber de confidencialidad. Recuerda que las cosas muchas veces no son lo que parecen.

Ya, si había algo que había aprendido últimamente, era precisamente eso.

Margrethe se recostó sobre el asiento, sintiéndose totalmente negra por dentro. En el momento en que el coche se detuvo frente a la entrada de la cabaña de Ingrid, sacó el teléfono móvil y buscó el número de su padre.

Feliz Semana Santa para ti también,
papá. Saludos para tu amante.

Rolf se giró hacia ella cuando hubo apagado el motor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. ¿Estás completamente segura de que es una buena idea que salgas de fiesta esta noche?

—Sin ninguna duda —respondió Margrethe, y sacó el espejito de bolsillo. Sus ojos lucían tan adormilados y brillantes al mismo tiempo—. Nunca me he sentido mejor.

La cabaña de la familia de Ingrid era una de las más grandes de la zona. Mucho más grande que la cabaña real, y decorada de una forma mucho más chula. En el interior nadie se había molestado en mantener un estilo tradicional noruego, simple y pasado de moda, con anticuados esquís en una pared y platos con flores pintadas a

mano en otra. Aquí hasta los tiradores de las puertas eran de diseño. La última vez que había estado allí, Margrethe había pensado que era algo impersonal. En esta ocasión, le resultó un alivio.

Era fácil esconderse en esta cabaña palaciega.

El estilo brillante y minimalista era el corte de mangas hacia la Semana Santa que necesitaba justo en ese momento.

—¡Ahí estás, por fin!

Ingrid fue corriendo hacia ella con una botella de champán abierta, y de camino recogió dos copas de una mesa.

—Henrik dijo que te habías echado un rato después de que llegaseis a casa. ¡Qué bien que hayas logrado ponerte en pie de nuevo! De hecho, no me atrevía a tener demasiadas esperanzas.

Sirvió champán en ambas copas.

Margrethe sintió cierto alivio. Al menos aquello significaba que Henrik no les había contado el incidente que había tenido lugar en su habitación, ¿no?

—Querer es poder —replicó Margrethe, y chocó su copa contra la de Ingrid—. ¡Salud, vaya!

No había bebido nada, con o sin alcohol, desde el *après-ski,* y tampoco había caído en la cuenta de lo sedienta que estaba antes de sentir las burbujitas en la boca.

La Margrethe sensata se habría asegurado de ir a la cocina a por un vaso de agua antes de comenzar a beber alcohol de nuevo.

Margrethe 2.0 se bebió toda la copa de un trago.

—¡Guau!

Ingrid parecía impresionada, y le rellenó la copa de inmediato antes de dirigirse hacia Tess, que estaba sentada en un rincón de la sala de estar, tecleando en el móvil. En el enorme sofá que ocupada el centro de la habitación estaba sentado Kalle, con Lena en el regazo.

—¡Mags! —gritó su hermano—. ¡Has resucitado! Ahora el mundo no está preparado para la que vamos a liar.

—No gracias a ti —repuso ella—. ¿Has visto a Arnie?

—Sí, estaba aquí hace dos segundos. Seguro que está en la cocina mezclando alguna bebida o algo así.

—O algo así —murmuró Lena, y se rio con ganas.

Margrethe suspiró. No tenía ningún sentido contarle a Kalle lo de su padre ahora; al menos no mientras siguiese adherido a su novia, la lapa.

Entró en la cocina y se quedó sin aliento cuando vio que Henrik y Fanny estaban allí juntos de pie, muy pegados, mirando algo en sus teléfonos móviles.

—Fanny —dijo ella automáticamente, y le hizo señas con la mano—. Ven.

No dedicó ninguna mirada a Henrik, simplemente se dio la vuelta y se dirigió con rapidez hacia el pasillo.

Fanny correteó tras ella.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Margrethe salió a la entrada de la cabaña y se hundió en un pequeño sofá que había junto a la pared cortavientos. Fanny permaneció de pie, observándola.

—Pero siéntate, mujer —dijo Margrethe, y señaló con la cabeza hacia el sitio libre que había a su lado mientras bebía de su copa de champán.

Era como si las burbujas se le pegasen a la parte superior de la garganta. No, no le apetecía contarle a su amiga la metida de pata. Solo necesitaba estar sentada un ratito aquí, calmarse. Solo necesitaba estar un poco con Fanny.

—¿Me das un poco de tu bebida, solo un traguito?

Fanny le dio el vaso que se había traído desde la cocina. Estaba totalmente lleno, y Margrethe le dio unos buenos tragos, intentando enjuagar el hormigueo seco que le cosquilleaba la garganta.

—*¿Ok?* Pero ¿qué es lo que pasa?

—Nada. ¿No puedes simplemente sentarte y estar aquí un poco conmigo?

Fanny echó un vistazo a su alrededor. Ahí fuera hacía más frío que dentro, en el salón, y había chaquetas y zapatos tirados por todas partes.

—¿En serio? ¿Tenemos que sentarnos aquí? —repuso frotándose los brazos con las manos.

Parecía estar congelándose, a pesar de llevar tanto un pantalón largo como una chaqueta de Adidas. Margrethe alzó la vista bruscamente y golpeó molesta el sitio junto a ella en el sofá.

—¡Que sí, joder, que te sientes!

De repente, fue como si Fanny se despertase.

—¿En serio? ¿Qué te crees? ¿Qué soy... un perro? ¿Has venido a buscarme solo para apartarme de Henrik?

Margrethe trató de sonreír sorprendida, pero notó que no le salió del todo.

—No, por supuesto que no. Cálmate —dijo, y estuvo a punto de pedirle otra vez que se sentase, pero se contuvo.

—Simplemente es que... bueno, que las cosas son un poco complicadas para mí ahora mismo —añadió.

Pareció como si Fanny soltase todo el aire que tenía dentro al exhalar.

—Sí, pero Margrethe... ¡Todo el mundo tiene problemas! ¡Todos! ¿Por qué le diste otro número a Henrik?

—¿Cómo?

—¿Que por qué le diste mal mi número a Henrik cuando te lo pidió?

Margrethe echó un vistazo al vaso. Estaba prácticamente vacío.

—¿Le di mal el número? Uy, lo siento, debí equivocarme en alguna cifra. Son cosas que pasan.

Fanny permaneció completamente inmóvil, estudiándola.

—Cosas que pasan. Pero no contigo. Tú te sabes mi número perfectamente, y nunca cometes un error. A menos que sea queriendo.

Margrethe habría preferido seguir con el acto, negarlo todo. Pero notó cómo se sonrojaba como una niña pillada con las manos en la masa.

—Pero Fanny, escucha —comenzó, y sonrió con calidez hacia ella.

Su amiga alzó la mano al frente.

—No —dijo de repente, sin mirar a los ojos a Margrethe—. ¡Ahora eres tú la que tiene que escuchar!

Habló con tranquilidad, pero Margrethe se quedó helada igualmente. Esto no era propio de Fanny. Debía estar bastante bebida, y ella también. Y no había acabado.

—Siempre eres tú y tus problemas; y no pasa nada, vaya. Pero ¿podría al menos elegir con quién quiero hablar en una fiesta? ¿Tienes que decidirlo tú todo? ¿O sabotearme cuando alguien pregunta por mi número de teléfono? Habría estado bien que al menos me hubieses preguntado primero... De la misma forma que habría estado bien que me hubieses preguntado qué quería para mi cumpleaños.

Lo último lo añadió en voz baja. Margrethe frunció el ceño.

—¿Qué le pasa a tu regalo de cumpleaños?

—Para empezar, ni siquiera lo compraste tú misma —casi susurró Fanny, y continuó cada vez con más fuerza en la voz—: Y si alguna vez me hubieses preguntado qué me gusta, habrías sabido que no soporto ese tipo de blusas que me ponen la piel de gallina en los brazos. ¡Es muy desagradable llevarlas puestas! ¡Odio ese tipo de ropa!

La voz de Fanny tembló, como si estuviese a punto de echarse a llorar. Se pasó la mano por la cara y clavó la vista en la pared.

—No es que sea superimportante. Lo de la blusa, vaya. Simplemente parece como... como si realmente no te importase. Es como si nuestra relación siempre fuese unidireccional. Me agota, Margrethe. Quizá necesitemos un descanso —dijo con voz cansada, todavía sin mirar a Margrethe—. Y paso de quedarme aquí fuera en la entrada cuando, de hecho, hay una fiesta. Además, tengo que ir a por otra bebida, pues tú te has tomado el vaso entero. Así que si te parece bien... simplemente necesito un poco de espacio.

Se dio la vuelta y se marchó.

Margrethe se había quedado clavada en el sitio, como congelada sobre el sofá de color rosa pálido, con la boca entreabierta. Intentó encontrar el sentido a las palabras que Fanny acababa de pronunciar. ¿De dónde venía todo eso? ¿Ya no... la quería como amiga?

¿Un descanso? ¿Significaba eso que ya no podría llamar a Fanny por teléfono, pasar el rato con ella? No podía imaginarse

cómo sería aquello.

Espacio. Sin Fanny, Margrethe no tendría nada más que espacio.

Un único y enorme vacío.

Se levantó bruscamente, tenía que librarse de esos pensamientos, de ese estado.

Margrethe deambuló inquieta por los pasillos del primer piso de aquella enorme cabaña, deteniéndose solo de vez en cuando para darle un buen trago a un *gin-tonic* que se había encontrado en la sala de estar. Se imaginó lo que podría haberle dicho a Fanny. A ver, ella también estaba cansada. ¡De todo! ¡Y de todos! De Kalle y Lena, de Gustav y la bruja chismosa de Tess, que probablemente ya se habría puesto manos a la obra planeando nuevos rumores sobre ella y Henrik; y de Fanny, sí, también estaba cansada de Fanny, ¡que de repente quería espacio, justo cuando Margrethe la necesitaba más que nunca!

No podía más. No lo soportaba.

Tenía que encontrar a Arnie.

Lo necesitaba, era el único que no se había vuelto completamente loco. Él la rodearía con sus brazos, la consolaría, sin pedirle ninguna explicación o disculpa, y le aclararía por qué todos habían perdido la cabeza. Le diría que ella no había hecho nada malo.

Él la haría reír, haría que la noche volviese a ser agradable.

¡Allí!

Por fin.

El corazón se le expandió cuando localizó su jersey rojo al final del pasillo.

Echó a correr.

Y se detuvo de golpe un segundo después.

Arnie no estaba solo.

Había alguien más con él.

Y estaban abrazados.

Una chica rubia.

Liv.

Por supuesto.

Margrethe no podía moverse. De todas formas, ninguno de ellos había notado su presencia. Solo tenían ojos el uno para el otro. Pudo ver cómo sus cuerpos se restregaban el uno contra el otro. Cómo los labios de él envolvían los de Liv.

Y, de repente, recordó lo suaves que eran sus labios.

Se sorprendió de lo mucho que le dolía.

# 23

## No solo una niña

Margrethe pudo ver cómo el conductor la miraba de extranjis por el espejo retrovisor. El joven, que no podía haberse sacado el carné hacía demasiado tiempo, alternaba entre ella, el camino que se abría ante ellos y el teléfono móvil, que colgaba de un pequeño soporte junto al volante.

Seguramente se moría de ganas de mandar un mensaje a alguien.

«Princesa borracha vista llorando de camino a un club en Trysil.»

Ella clavó la mirada en su regazo, todavía sosteniendo el vaso en el que había habido un *gin-tonic*.

Había recogido con total tranquilidad su ropa de abrigo, abierto la puerta del jardín de la cabaña de Ingrid y caminado hasta la carretera principal esquivando los montoncitos de nieve acumulados en la parte trasera de la casa. Necesitaba salir de allí, alejarse de la pandilla, y no soportaba la idea de tener que dar explicaciones. Tampoco es que a nadie le importase, vaya. Ni siquiera habían notado su ausencia.

Los guardaespaldas que esperaban en la parte delantera de la cabaña debían pensar que aún seguía dentro. Había recorrido la oscura carretera sin mirar atrás, justo hasta que vislumbró dos luces acercándose en dirección contraria y agitó ambos brazos para hacer que el coche se detuviese.

—Eh, vaya, ¡qué sorpresa! ¿Quieres que te lleve, quiero decir, quiere Su Alteza real que la lleve hasta la cabaña, o...? —había

preguntado el taxista cuando ella se sentó en el coche sin decir nada.

Fue entonces cuando sus miradas se encontraron, y él vio sus ojos apagados y llorosos.

—No, gracias. Me puedes llevar a Laaven —había respondido ella.

—¡Ah, *ok*! Es un sitio muy chulo —repuso el conductor—. Esta noche pincha un *DJ* muy bueno. Yo también iba a ir; cuando acabe mi turno, claro. ¿Quizá nos veamos dentro?

Ella no había contestado, simplemente había tecleado rápidamente un mensaje y se lo había enviado a Kalle.

He vuelto a la cabaña, díselo a las Sombras.

Después, se recostó sobre el asiento trasero del coche.

Con las manos dentro del bolso, extrajo dos paracetamoles y se tragó las pastillas con lo que quedaba del *gin-tonic*. Así, en cualquier caso, las cosas pronto le dolerían un poco menos.

Cuando llegaron, en el exterior del edificio de troncos de color marrón todo estaba tranquilo y no había cola, aunque haces de luz estroboscópica azul parpadeaban a través de las ventanas del primer piso. Mientras Margrethe pagaba el taxi, se percató de quién estaba apostado junto a la entrada, con una cámara de fotos al cuello.

Bendik Wahl, de *Nettavisen*.

Margrethe escaneó la zona en busca de otros periodistas. No, al parecer solo estaba él.

Vaya tábano estaba hecho el tío.

Menuda vida más triste debía llevar para tener que pasar un Viernes Santo vigilando la vida de los demás.

De repente, no pudo evitar estallar en carcajadas.

¡Todo aquello era para morirse de risa!

El taxista la miró extrañado mientras bajaba del coche.

Todavía se estaba riendo cuando echó a caminar directamente

hacia Wahl.

—Vaya por Dios, aquí estás, pasando frío —repuso Margrethe.

—¡Siempre trabajando! —respondió Wahl con una sonrisa antes de alzar una anticuada grabadora de casetes y echar un vistazo por encima del hombro de ella—. ¿No te acompaña esta noche el príncipe danés?

—No, el príncipe danés no me acompaña esta noche, porque soy solo una niña —dijo ella.

—¿Ah sí?

Margrethe se inclinó para acercarse al micrófono de la grabadora.

—En realidad, solo soy una niñata irresponsable.

Wahl frunció el ceño y miró a su alrededor, como si quisiese comprobar si había más gente presenciando aquel incidente. El taxi en el que Margrethe había llegado todavía estaba allí aparcado. El conductor estaría observando la escena, con total seguridad.

—Solo soy una niña, una niñata, una idiota que siempre la caga, y quizá esta noche también acabe en urgencias o sufra uno o dos pequeños ataques de pánico. ¿Quién sabe? ¡Yo, desde luego, no! El Reino de Noruega estará en vilo hasta abrir este huevo de Pascua del cero a la izquierda de *Nettavisen,* pues se acercan noticias jugosas. *To be continued,* gente. Todo puede pasar. ¡La princesa anda suelta!

Le dedicó una sonrisa sarcástica al imbécil del periodista, muy satisfecha al ver cómo le costaba encontrar las palabras después de su discurso. ¿¡Quién estaba en blanco ahora!?

Siguió caminando hasta la taquilla, con la tarjeta de crédito en alto.

—¡Un billete, por favor!

Un hombre musculoso vestido de negro se acercó a ella.

En su camiseta ponía «Seguridad».

—Creo que tal vez sea mejor que la princesa se vaya a casa —le dijo al oído en voz baja.

Ella le dio unas palmaditas en los abultados pectorales.

—Gracias por la sugerencia, pero voy a entrar ahí. Hay más peces en el mar, ¡y más ranas que besar!

Él no se rio de su broma.

Ni siquiera sonrió.

Simplemente permaneció inmóvil impidiéndole el paso mientras continuaba hablándole en voz baja.

—Desafortunadamente, la princesa no va a entrar aquí esta noche. Te recomendaría que comenzases por beber un poco de agua, y que abandonases este lugar antes de que empiece a aparecer gente con los teléfonos móviles y esto se convierta en una escena —dijo—. ¿Necesitas que llame a alguien por ti?

Ella suspiró.

Menudo imbécil.

Pues vale.

Margrethe giró sobre sus talones y caminó decidida hacia el taxi en el que había llegado.

Iba a demostrarles a todos que no necesitaba a nadie. Ella misma arreglaría todo eso. Sí, de verdad lo iba a hacer.

El joven la miró sorprendido cuando se dejó caer en el asiento del copiloto.

—¿Te llevo a casa, entonces? —le preguntó.

—Nop —dijo ella, poniéndole una mano en el muslo—. Me vas a llevar a tu casa.

# 24

## Encuentros en la tercera fase

El tacto de la sábana bajera resultaba muy agradable bajo sus muslos desnudos. Margrethe dejó que su cuerpo se deslizase hacia delante y hacia atrás, que el rugoso tejido le rascase la espalda. Durante un instante, se imaginó que estaba en el cuarto de invitados de Fanny, en Oslo.

Entonces, escuchó una tosca respiración a su lado.

El silbido proveniente de la nariz del taxista.

Los sonidos la enviaron directamente a la realidad, sin posibilidad de vuelta atrás.

Margrethe abrió los ojos y comprendió de inmediato que no había tiempo para sentir pánico o confusión. Las estrechas ventanas en lo alto de la pared estaban oscuras. Se apartó instintivamente del chico que yacía a su lado y contempló el enorme televisor que colgaba de la pared. Entre este y la cama había una pequeña mesita con un despertador. En la pantalla ponía que eran las 05:56.

Como si fuese un soldado de élite bien entrenado, se deslizó en silencio de la cama. Recogió sus braguitas, el sujetador y el vestido y, con pasos rápidos y silenciosos, atravesó la habitación. Se vistió a la velocidad del rayo mientras estudiaba la escena del crimen.

Lo recordaba todo, pero ahora todo parecía muy diferente. El apartamento de Per Christian, como se llamaba el taxista, no era el zulo oscuro y sucio que ella había creído la noche anterior. Era, ante todo, aburrido. Una habitación grande que, de hecho, estaba

relativamente limpia y bastante vacía. Justo junto a la puerta de entrada, donde ella trataba ahora de ponerse las medias, había una pequeña encimera de cocina con dos fogones, un microondas y una neverita que se parecía a las que suele haber en las habitaciones de hotel. En el extremo contrario de la habitación estaba el colchón, directamente sobre el suelo, que debía hacer las veces de sofá durante el día.

Probablemente las cárceles se parecían a aquello.

En la mesa alta de bar que dividía la cocina —o, mejor dicho, «la cocina»— del salón, había dos latas de cerveza y una taza con la imagen de un oso y *«Diario de Trysil»* escrito en letras azules. Su gélida mirada de soldado se clavó en ella, y una rabia de color rojo sangre comenzó a latir a través de su cuerpo. Esa taza.

Sí, realmente lo recordaba todo.

Per Christian había hecho lo que ella le había dicho, y había conducido hasta su propia casa. Una vez allí, se había echado a reír y había bromeado con que todo aquello debía ser una cámara oculta, pero la había invitado a pasar. Le había ofrecido una cerveza y, después de que ella insistiese, él también había cogido una para él. Se había comportado como un perfecto caballero, hasta que Margrethe perdió la paciencia, se inclinó sobre él y trató de atraerlo hacia sí. Él se había reído, nervioso, y la había abrazado, pero después aflojó su agarre y la apartó con cuidado. Margrethe esto no se lo había tomado demasiado bien. No podían rechazarla dos veces en una misma noche, y especialmente no un taxista cualquiera de Trysil.

Margrethe se estremeció y se bajó los tirantes del vestido de los hombros. A pesar de que trató de contener los recuerdos que le venían a la mente y alejarlos, estos lograron abrirse camino e inundaron su cuerpo como una cascada.

—Has bebido demasiado —había dicho él, como medio preguntándole, inseguro.

Entonces ella le había pedido una taza de té. Aliviado, él había puesto a hervir agua, pero después de rebuscar en algunos armarios de cocina vacíos, se había disculpado por el hecho de que, obviamente, no tenía té. Entonces ella había llenado una taza

con el agua caliente y había dicho:

—Mira.

Con los ojos fijos en los de él, se había bebido el agua hirviendo a sorbitos. Cuando la taza estuvo vacía, se había sentado y añadido:

—¿Podría una persona borracha hacer eso?

El taxista se había encogido de hombros, y entonces Margrethe se puso en pie, extendió los brazos a ambos lados y comenzó a colocar elegantemente un pie delante del otro. Tranquila y con total control, se balanceó caminando en línea recta a través de la habitación. Cuando alcanzó el final de la estancia, se dio la vuelta y regresó de la misma manera. Durante todo el tiempo, había mantenido los ojos clavados en los de él. El joven se había pasado una mano por el pelo, sonreído inseguro, y cuando ella le rodeó con sus brazos de nuevo, no protestó.

Entonces se habían besado, y cuando él por fin comenzó a forcejear con su vestido, se había sentido tan aliviada porque finalmente fuese a suceder, que casi se perdió lo que vino a continuación.

Él pareció genuinamente impresionado cuando vio la lencería que llevaba puesta.

—Madre mía, eres preciosa —repuso él, y ella se sintió feliz, aliviada, altruista, y sí, verdaderamente preciosa.

Luego él se había arrancado prácticamente su propia ropa, se había acostado en la cama y había dejado que sus manos recorrieran el cuerpo de ella. Margrethe se preguntó por qué no había ninguna lámpara en el techo allí. ¿De verdad vivía allí sin una mísera lámpara de techo? Entonces había sentido cómo él la penetraba, y automáticamente había tensado todos los músculos de su cuerpo.

Dolía. «Respira —pensó—, seguro que solo es como cuando te ponen una inyección, una vacuna.» «Respira en un cuadrado», se dijo a sí misma, y casi se echó a reír. ¡Probablemente no era eso lo que Henrik tenía en mente cuando le había enseñado aquella técnica de respiración!

Un temblor había recorrido el cuerpo sudoroso que se alzaba

sobre ella, y de repente se dejó caer con el rostro en su pelo y jadeó para recuperar el aliento.

—Oh, joder, joder, qué gusto —dijo él, y añadió—: ¿Estás bien?

Ella había asentido y sonreído, y esperado a que continuase. Aquello tan fantástico que implicaba el sexo, aquello que hacía que todos gimiesen y se riesen, aquello que hacía que uno nunca tuviese suficiente y quisiese más.

Pero no sucedió nada más.

Él había rodado hacia un lado, y dos minutos después estaba roncando. Margrethe notó cómo la sábana mojada se enfriaba bajo ella. Cerró los ojos, y cuando los abrió de nuevo, ya era por la mañana, Sábado Santo.

De alguna manera, era como si Margrethe hubiese estado preparándose para esa situación toda su vida. Escaneó la habitación con la mirada y localizó el móvil con la pantalla rota que yacía al lado del colchón. Estaba bloqueado. Se mordisqueó el labio inferior, contuvo la respiración y lo puso cuidadosamente bajo la mano del chico en la cama. Este dormía con la boca entreabierta, y tenía pequeños granitos alrededor del nacimiento del pelo. Presionó suavemente la pantalla contra su pulgar. De repente, él inspiró hondo, se movió un poco y cerró la boca. El teléfono se iluminó. Margrethe abrió los mensajes. El último se lo había enviado a un contacto llamado Central.

> Problemas con el coche, acabo el turno a las 22.00. ¡Lo siento!

Buscó Instagram y Facebook, pero no obtuvo ningún resultado entre las aplicaciones. ¿Quizá no las usaban por aquí? El horroroso fantasmita amarillo de Snapchat, sin embargo, ocupaba la primera fila. Solo Dios sabría qué podía haber enviado. No había ninguna burbuja en la ventana de chat. Ningún hilo de chat activo; resultaba tranquilizador. ¿Quizá no le hubiese dado tiempo? Sintió cómo algo comenzaba a asentarse dentro de ella, y comprobó la galería de imágenes.

Nada, y tampoco en la galería de vídeos. Y —tenía que

comprobarlo— ninguna grabación de audio.

Dejó el móvil a un lado con cuidado y echó un vistazo al despertador.

06:02.

Se metió en el diminuto cuarto de baño. Hizo pis y notó que estaba dolorida y pegajosa entre las piernas. ¡Dios mío, qué asco! ¿Era así como debía ser? Le entraron ganas de echarse a llorar.

Realmente había sucedido.

Se había acostado con un taxista.

No había sido bonito, ni digno ni agradable. No había sido... nada del otro mundo. ¿Qué era lo que había fallado? ¿Era lo del sexo una exageración, un timo? ¿O era simplemente una cosa más que no lograba hacer en condiciones? ¿Que no era lo suyo?

Se secó y se lavó las manos haciendo el mínimo ruido posible. No había nada que sugiriese que acababa de mantener relaciones sexuales. No había ningún brillo especial en su rostro, pero tampoco había nada que revelase que todo había sido un fiasco, que había desperdiciado su primera vez de la peor manera imaginable.

«Tal vez todo esto todavía pueda acabar bien», pensó.

Pero debía actuar con rapidez.

# 25

## Afuera

Cuando Margrethe abrió la puerta de la calle, los grados bajo cero le mordieron la piel desnuda como una manada de perros furiosos. Cambió de opinión, volvió a cerrarla rápidamente y miró a su alrededor en el desordenado pasillo de Per Christian. Abrió un pequeño armario y revolvió impaciente entre varias chaquetas colgadas a presión en el endeble perchero. Al fondo del todo encontró lo que necesitaba.

Con un enorme y grueso mono de invierno y una gorra en la cabeza ascendió los escalones que llevaban a la calle desde el apartamento del sótano. Se hallaba en medio de una zona de construcción, en lo alto de una colina. En el otro lado del valle relucían los remontes de las pistas de esquí. Margrethe soltó un suspiro. Allí era donde se situaba la cabaña. Estaba demasiado lejos como para ir andando.

Abrió su bolso y comprobó su móvil por primera vez desde que se había despertado. Estaba repleto de llamadas perdidas de Kalle y Arnie.

Ninguna de Henrik.

Abrió la aplicación del mapa en el teléfono y comprobó que estaba en un lugar llamado Skredderbakken. Hizo una captura de pantalla y sintió una punzada en el estómago. ¿Qué debería hacer ahora? Eran casi las seis y media.

Aún podía solucionar eso. Pero ¿cómo? ¿A quién podía llamar?

Kalle, con toda seguridad, estaría durmiendo, ¿y qué iba a

hacer? ¿Avisar a Rolf o a las Sombras, hacer que fuesen a recogerla? La cuestión era precisamente que nadie debía enterarse de que no estaba en casa, ¡especialmente ellos!

«Pase lo que pase, recuerda que siempre puedes llamarme.» Eso era lo que su padre solía decirle. Resopló en voz baja. Una rabia liberadora devoró algo de la ansiedad que sentía. Como si su padre no estuviese muy ocupado con otras cosas ahora mismo.

Pedir un taxi no era una opción, pues habría sido un escándalo que tuviesen que ir a recoger a la princesa a casa de un compañero. En serio.

Fanny... No, probablemente no estaría dispuesta a echarle una mano. Al menos eso le había dejado claro a Margrethe el día anterior.

O sea, vaya mierda.

Margrethe comenzó a caminar cuesta abajo. Entonces, tomó una decisión. No había otra salida. Se detuvo y escribió:

Necesito llegar hasta la cabaña. ¿Podrías echarme un cable, *please*?

Adjuntó la imagen del mapa. Después de haber enviado el mensaje, marcó el mismo número y llamó hasta que obtuvo respuesta. Entonces, colgó, segura de que se habría despertado y habría visto el mensaje.

Se dirigió a una parada de autobús y se sentó allí a esperar.

No sabía muy bien a qué, pero tenía la esperanza de que llegase antes que el amanecer.

# 26

## Hey Hey

Algo más de un cuarto de hora después, Margrethe vio una luz amarilla flotando sobre el asfalto que poco a poco iba ascendiendo la colina. Ella permaneció esperando en silencio sentada en la marquesina, sin atreverse a correr el riesgo de hacerse ver. Igual no era la persona a la que estaba esperando.

Finalmente, lo vio pasar zumbando.

Se puso en pie de un salto y siseó en la oscuridad:

—¡Ey! ¡Aquí!

Él derrapó y estuvo a punto de perder el equilibrio antes de hacer un cambio de sentido. ¿En serio? ¿Había venido a buscarla en un patinete eléctrico?

—Ay, la leche, ¿de verdad eres tú? Estaba seguro de que eras un vagabundo.

Margrethe intentó reírse, pero en lugar de ello solo le entró hipo. Arnie se bajó del patinete, lo aparcó y se acercó a ella. La tomo suavemente del brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió ella.

—No, pero... ¿quieres irte a casa?

—Sí, y rápido. De manera que nadie se entere de esto.

—Vale —repuso él, y se dirigió de nuevo hacia el patinete—. Entonces, ¡móntate!

—¿En qué estabas pensando realmente? —dijo ella—. ¿Cómo se supone que vamos a caber los dos sobre eso de ahí?

Él se encogió de hombros.

—¿Habrías preferido que hubiese hecho que mi padre nos enviase un helicóptero? ¿Para que así pudieses desaparecer discretamente a las siete de la mañana de una zona de construcción en Trysil?

Margrethe no pudo contener una carcajada, y esta vez sí que sonó como una risa de verdad. Le sentó bien. Se subió sobre la estrecha plataforma de metal y rodeó la cintura de Arnie con los brazos. Debía pegarse bien a él para tener sitio suficiente. Su cuerpo emanaba calor, a pesar del chaquetón de plumas fino que llevaba. Olía a sueño y a jabón. Fueron desplazándose muy lentamente cuesta abajo mientras él manejaba el inestable patinete; pero estaba bien. Ella sintió cómo el pánico comenzaba a disminuir; era como si fuese goteando desde ella y quedando atrás, sobre la cuesta a sus espaldas. Margrethe cerró los ojos. Qué agradable era tener a alguien en quien apoyarse.

De repente, ya estaban en la cabaña. Ella descendió del patinete y se quitó el mono de invierno y la gorra. Metió ambos a presión en el cubo de basura que había junto a la puerta de entrada.

Arnie se bajó de un salto del patinete y recogió algo brillante del suelo.

—Se te ha caído algo —dijo mirando de qué se trataba—. Paralgin Forte —leyó en voz alta antes de entregarle el blíster con los analgésicos.

Ella esbozó una breve sonrisa, cogió las pastillas y las metió de nuevo en el bolso.

—¿Para qué las tomas, en realidad?

Ella se encogió de hombros.

—Me las recetaron después de sacarme las muelas del juicio.

—Pero eso ya fue hace mucho, ¿no? ¿Todavía las tomas? ¿Cuando bebes también?

Hacía un frío horrible para llevar solo un fino vestido de fiesta, y Margrethe sacudió los pies, ansiosa por entrar en la cabaña. Se encogió rápidamente de hombros.

—A veces, cuando me duele la cabeza. Solamente es paracetamol. Muchas gracias por traerme a casa.

Le sonrió educadamente.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Pero... sabes que es muy peligroso tomar esas cosas cuando uno bebe alcohol. Las tomaste... ¿las tomaste también en Halloween?

Ella no contestó.

—¡¿En serio?! —exclamó Arnie, dándose una palmada en la frente—. ¿Estás mal de la cabeza, Margrethe? ¿Analgésicos, alcohol y un tapón de GHB? ¡No es de extrañar que perdieses el conocimiento, vaya! Y yo que creía que había sido mi culpa.

Se detuvo durante un instante.

—¿Lo hiciste adrede? —preguntó él.

—¡No! —exclamó ella, e intentó bajar la voz—. ¡No! ¿Estás loco? ¡Fue sin querer!

Arnie se encogió de hombros y volvió a subirse con cuidado al patinete.

—Ya, bueno, al menos ya puedo dejar de tener mala conciencia. Gracias por informarme de todo esto seis meses después —repuso con sequedad, y comenzó a alejarse rodando—. Ahora más me vale volver antes de que Liv o los demás se despierten. Adiós.

Apretó el acelerador del patinete y se alejó mientras ella permanecía allí, viéndolo marchar. Margrethe intentó dar con algo amable que gritarle para que volviese, y así aprovechar para pedirle que nunca volviese a mencionar nada de aquello. A nadie. Y especialmente, a ninguna persona a la que se le pudiese ocurrir filtrar esa información.

Pero en el transcurso de unos pocos segundos, la oscuridad invernal se lo tragó.

# 27

## NorLevo

Margrethe asió con suavidad la manija de la puerta principal.

Estaba cerrada.

Por supuesto.

Rodeó la cabaña hasta la parte trasera. Todas las ventanas estaban cerradas.

De repente, se sentía muy cansada. ¿Y ahora, qué? Había conseguido llegar tan lejos... Pero aun así, no era suficiente. Se dirigió a la puerta del jardín que había bajo la terraza cubierta. Normalmente no se usaba en invierno, y permaneció inmóvil ante la superficie de cristal negra contemplando el tirador, como si con tan solo pensarlo pudiese hacer que el pestillo no estuviese echado. Como si una familia de la realeza —¡dos familias, en realidad!— pudiese permitirse dormir con las puertas abiertas.

¿Por qué había sido tan estúpida como para creer que aquello podía funcionar?

De repente, percibió un movimiento al otro lado del cristal. Margrethe pegó un respingo y retrocedió.

¡Había alguien observándola desde dentro!

Dios mío, imagina que fuese Henrik.

El pestillo giró.

—Margrethe —susurró Lena—. ¿Eres tú? Estaba segura de que eras un soldado del Estado Islámico que había venido a asesinarnos.

«¿Asesinarnos?», pensó Margrethe de inmediato, y sintió cierta irritación por el hecho de que Lena se considerase parte del

objetivo real de un posible ataque terrorista. Permaneció ahí parada, en chándal, con una bolsa de tela al hombro y un neceser en la mano.

Dios mío.

Y gracias a Dios.

—¿Y tú qué haces aquí? —repuso Margrethe, enderezándose.

Pudo ver cómo Lena se sonrojaba en la penumbra, y sintió de nuevo aquella sensación fanfarrona de «mírame, acabo de tener relaciones sexuales». Qué asco.

—Estaba de camino a casa de Ingrid. No quería molestaros cuando... Pensé que estabas acostada en tu habitación, durmiendo. Creo que es lo que todos pensaban.

Se miraron la una a la otra hasta que finalmente Lena asintió y se hizo a un lado.

—Pero igual no has pasado la noche en casa, ¿no?

Margrethe no confiaba en su voz, y evitó su mirada.

Lena la observó.

—Bueeeeno. Pues nada. Hablamos luego.

Se quedó inmóvil mientras Margrethe se dirigía con calma hacia su habitación. Allí, ella se desvistió y se arrastró lentamente bajo el edredón.

Lo había conseguido.

Estaba a salvo, estaba en casa. Nadie iba a enterarse de nada. Pero ella lo sabía, sabía que ya no era virgen. Había tenido relaciones sexuales, y un suave alivio inundó su cuerpo.

¡Misión cumplida!

Tan solo pasaron unos minutos antes de que la ansiedad regresase.

Él no había usado condón.

Y ella, por supuesto, no tomaba la píldora.

De repente, creyó poder sentir cómo un bebé comenzaba a crecer en su interior.

Dios mío. La píldora del día después.

Debía convencer a alguien para que la comprase por ella. No podía preguntarle a Fanny. ¿Y a Kalle? ¿Podía enviar al heredero al trono a la farmacia para comprarla? ¿O a Guri, que le contaba

absolutamente todo a su madre? Jamás. ¿A Arnie? Sintió cómo una corriente cálida recorría su cuerpo al recordar cómo la había salvado aquel día. Probablemente él habría dicho que sí si le hubiese pedido ese nuevo favor, a pesar de que estaba enfadado con ella. Pero no podía pedirle que fuese a comprar la píldora del día después para alguien que no fuese su chica.

Se le escapó un sollozo cuando finalmente se dio cuenta. Nadie, ¡no tenía a nadie a quien preguntar! Pronto sería demasiado tarde. Pronto moriría de embarazo y sida; iría al infierno.

Comenzó a latirle la cabeza, y pensó en las blancas pastillas que había en el neceser del baño. Dos analgésicos y al menos podría dormir.

Se encaminó al baño. Su enorme estuche de maquillaje estaba abierto.

Ella nunca lo dejaba abierto.

Echó un vistazo dentro. Una cajita de color blanco y verde yacía junto al maquillaje. «NorLevo», ponía en esta.

«Anticoncepción de emergencia.»

En el paquete, alguien había escrito con delineador de ojos: «Perdón por ser algo ruda, pero... ya sabes. Un abrazo, L.»

Margrethe escuchó un chirrido procedente de la puerta del jardín.

Lena.

# 28

## Uñas afiladas

Unas fuertes voces en el pasillo despertaron a Margrethe. Era como si retumbasen dentro de su cabeza. Ahí estaba, en efecto. La resaca. Solo había tardado un poco más de la cuenta en aparecer. Se envolvió en el edredón y hundió la cabeza en la almohada. ¿Por qué estaban armando tanto alboroto? ¿No deberían estar ya en las pistas de esquí o algo así?

Pero, madre mía, ¡aleluya, ella estaba aquí!

En su propia cama.

Margrethe se sintió tan agradecida y aliviada que casi se le saltaron las lágrimas. Como si todo lo que había sucedido el día anterior hubiese sido un mal sueño.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

No podía tratarse de Kalle o su madre. Ellos jamás habrían llamado así a la puerta; tenía que ser Guri.

—¿Sí? —contestó Margrethe bostezando.

—Margrethe —susurró Guri desde la puerta—. Siento molestarte, pero se marcharán pronto; por si quieres despedirte. —Entró en la habitación—. ¡Uff! ¿Te importa que abra un poco la ventana? —dijo dirigiéndose hacia esta sin esperar respuesta.

Dejó la ventana entreabierta, de forma que el gélido aire de montaña penetró en la habitación y envolvió la cabeza de Margrethe como si se tratase de compresas de agua fría.

—¿Se van ya los daneses? —preguntó a media voz.

—Sí, han pronosticado tormenta para los próximos días, por lo que no querían correr el riesgo de tener que conducir todo el

camino hasta casa.

Margrethe no dijo nada. Oyó cómo la risa de su madre resonaba en el pasillo. Lo que más le apetecía era permanecer allí tumbada, pero cuando Guri recogió con cautela un vaso de agua vacío de camino a la puerta, tuvo la terrible sensación de haber presenciado esta escena antes, solo que la que solía yacer así en la cama era su madre; y no pudo soportarlo.

No. Ella no podía, no quería, no debía acabar así.

Además, habría resultado extraño que no se despidiese de los daneses. Debía y podía hacer esto.

Rodó hasta el borde de la cama. Agarró un fino jersey de lana de color lila y, cuando se disponía a enfundarse unos pantalones de chándal de terciopelo azul, escuchó la voz de su madre:

—Sí, Margrethe está en casa. Al parecer, se ha tomado lo de estar de vacaciones muy en serio. ¿Margrethe? ¡Margrethe!

La reina entró en la habitación justo cuando Margrethe encendía la lámpara de techo. Parecía alterada, y Margrethe casi se tambaleó ante la enorme corriente de energía que desprendía su madre, que por lo demás estaba siempre tan apática. Desde luego, el aire de montaña y socializar le habían sentado bien.

—Ya voy, mamá.

Salió al pasillo y vio a Louise, Christian y Henrik allí de pie, con los anoraks puestos. Tenían un aspecto muy saludable. Margrethe saludó con la cabeza.

—Ha sido un placer verte, hermosa Margrethe. La próxima vez, te toca a ti hacernos una visita —gruñó Christian en voz alta, como solía hacer siempre.

Louise sonrió.

—Muchas gracias por llevarte a Henrik a esquiar —añadió revolviéndole el pelo a su hijo.

Henrik era tan alto que su madre tuvo que ponerse de puntillas para lograrlo, y el príncipe se hizo a un lado con rapidez, obviamente avergonzado ante este gesto.

Se contemplaron mutuamente, y Margrethe se puso como un tomate antes de que Henrik alzase la mano para despedirse de ella torpemente.

—Sí, muchas gracias por la excursión con los esquís, Margrethe —dijo él—. Seguiré practicando lo que me enseñaste, así que... ya hablaremos.

Margrethe asintió. Estaba tan avergonzada que sintió escalofríos, pero trató de mantener la sonrisa de todos modos. Notó cómo Henrik buscaba su mirada, pero ella evitó mirarle a los ojos; no podía soportar la idea de hacerlo.

Kalle se acercó y le estrechó la mano a Henrik.

—¡Gracias por la visita! Y buen viaje. ¡Hablamos!

Henrik asintió e hizo un pequeño saludo alzando los dedos índice y corazón en señal de victoria. Christian abrió la puerta principal. Guri y los del personal danés comenzaron a transportar las maletas hasta el coche que los llevaría al helicóptero.

Una fría ráfaga de viento se coló a través de la puerta, y Kalle se apresuró a cerrarla.

De repente, solo quedaban ellos. Kalle, su madre y Margrethe. Se sonrieron los unos a los otros.

—Vaya —dijo su madre—. Qué silencioso ha quedado todo.

Kalle arrugó la nariz.

—Desde luego, hoy el tiempo no está como para ir a esquiar.

Se adentraron de nuevo en la cabaña, notando el calor proveniente de la chimenea. Sin que ninguno dijese nada, comenzaron a andar más y más deprisa. Cuando casi habían llegado a la sala de estar, Kalle se echó a correr antes de que su madre le agarrase decidida del antebrazo. En un instante, Margrethe comprendió lo que debía hacer, y trató de adelantar a su madre a hurtadillas por el otro lado. Casi lo consiguió, pero entonces sintió cómo su madre le ponía la zancadilla con el pie. Esto ocurrió justo antes de que se lanzase, por lo que tuvo que detenerse de inmediato y acabó en último lugar. Kalle, por el contrario, había conseguido zafarse, y salió a la carrera hacia el enorme sofá negro de felpa. De un salto, logró acomodarse en el extremo del sofá. El mejor sitio. Su madre se lanzó sobre el sofá al lado de Kalle, y Margrethe se dejó caer en el tercer lugar, en el otro extremo. Levantó uno de los cojines del sofá, lo puso contra el reposabrazos, se apoyó sobre él y colocó las piernas en el regazo de

su madre.

Permanecieron sentados así un rato.

—¿Y ahora qué?

—Esto —dijo su madre, subiendo los pies a la mesa.

Kalle cogió el control remoto que había sobre la mesa, pulso un botón para que la pantalla del proyector descendiese, y encendió el televisor inteligente.

—Y ahora —dijo, y comenzó a ojear la oferta de películas de las aplicaciones de las que disponían—. ¿Qué me decís, *La pasión de Cristo*? ¿No es ese tu rollo, Margrethe, lo de sufrir por los demás y eso? ¿O quizá *Dos tontos muy tontos*? ¿O ya hemos tenido suficiente de eso por una temporada?

—Para —dijo su madre, y le quitó el mando.

Margrethe y Kalle intercambiaron una mirada y gimieron. Qué agradable resultaba hacer el tonto con Kalle de nuevo. Sabían lo que se avecinaba. Su madre pulsó la L, luego la A, y después la C.

—Pero mamá, es una película de verano...

Su madre alzó una mano para hacerles callar.

—Shhh, silencio absoluto —dijo, y acabó de escribir el título.

*La casa del ángel.* La reina pulsó «reproducir» y comenzó a frotar un pie contra el otro. Kalle suspiró y empezó a navegar en el teléfono.

Margrethe se tumbó de lado, sonrió y se dejó llevar por la historia sobre la antigua casa señorial que se caía a pedazos hasta que los herederos roqueros, por supuesto, llegaban y lo ponían todo patas arriba. Era la película preferida de su madre, y la habían visto miles de veces, aunque había pasado bastante desde la última ocasión. Apenas podía recordar la última vez que habían estado juntos de aquella manera, los tres. Margrethe dejó que se le cerrasen los ojos, concentrándose simplemente en el sonido de las voces de la película, el crepitar del fuego en la chimenea y las risitas de su madre.

En el exterior, caían los primeros copos de nieve. El viento se apoderaba de ellos y los hacía danzar por el aire. Margrethe se estiró, sintiendo un ligero mareo extendiéndose por su cuerpo. Se

preguntó si serían las pastillas o el alcohol. Trató de dejarse envolver por la sensación de estar a salvo y calentita en el interior, y de haber logrado evitar un gran error.

Pero era como si, en el fondo de su cabeza, una mano de uñas afiladas arañase y arañase.

Era la ansiedad provocada por la resaca, que se presentaba en forma de una vocecita que decía: «¿Estás completamente segura? ¿De verdad recuerdas todo?».

Cambió de postura en el sofá. Después, se giró de nuevo. El viento susurraba alrededor de las esquinas de la casa. Estaba a punto de quedarse dormida cuando de pronto cayó en la cuenta.

Laaven.

El periodista.

La grabadora.

Margrethe cerró los ojos, se mordió la mano con fuerza y fijó la mirada en un punto más allá de la pantalla del proyector.

# 29

## Declaración

La película se acercaba a su fin, pero Margrethe no había captado ni un solo segundo. Cuando Guri entró en la sala de estar sin su habitual sonrisa rápida, lo entendió de inmediato.

Traía malas noticias.

—Yo... me acaban de llamar por teléfono del gabinete de comunicación —dijo Guri con voz seria.

Su madre frunció el ceño y pausó la película. Kalle alzó la vista del móvil.

Margrethe bajó la mirada, incapaz de mirar a ninguno de ellos.

Sabía lo que se le venía encima.

Esto no era solo ansiedad a causa de la resaca. Era una crisis.

Con voz serena, Guri les contó lo que Margrethe ya se había esperado, pero eso no evitó que le entrasen ganas de salir corriendo hasta el baño y vomitar.

El diario digital *Nettavisen* iba a escribir un artículo sobre su comportamiento a las puertas de Laaven el Viernes Santo.

Pensaban publicar ya al día siguiente la grabación que «un periodista llamado Bendik Wahl» había hecho, y deseaban alguna declaración de la casa real sobre si la princesa —que aún no había cumplido los diecisiete años y, por lo tanto, no era lo suficientemente mayor como para beber— de verdad se había presentado en el local nocturno de Trysil fuertemente ebria, y se le había negado la entrada.

—¿Es esto cierto, Margrethe? —preguntó su madre.

Margrethe asintió sin alzar la vista. La vergüenza le quemaba las mejillas. Tan solo deseaba que el suelo se abriese bajo sus pies y la tierra se la tragase.

—Mierda, Mags —repuso Kalle—. ¿Qué es lo que pasa contigo?

Margrethe no contestó. Continuó con la mirada fija en el suelo y deseó profundamente que apareciese un hondo agujero en este.

¿Qué iba a decir la gente?

¿Qué iba a decir Henrik?

Los de *Nettavisen* querían saber si la princesa tenía un problema de abuso de sustancias, comentó Guri. «¿Estaba el incidente relacionado también con su hospitalización en Halloween? ¿No debería la familia real mostrar una mayor transparencia?», se preguntaban.

—¿Ha sido informado el rey? —preguntó su madre en voz baja.

—Sí —respondió Guri—. El rey os está esperando en casa.

De repente, todo ocurrió muy deprisa. Las cosas de Margrethe fueron empaquetadas en una maleta de inmediato. Ella misma permaneció apática observando el proceso hasta que le dijeron que subiese al coche.

Durante todo el trayecto de regreso a Oslo, permaneció tensa mirando por la ventana cómo la tormenta de nieve azotaba los cristales y zarandeaba el coche en el que iban sentados. Se sentía como uno de aquellos pesados copos de nieve, arrojada de aquí para allá por poderosas fuerzas, zarandeada y acosada.

De repente, sintió la cálida mano de Kalle en la espalda.

Su hermano siguió acariciándole delicadamente la espalda a intervalos regulares, pero tampoco dijo nada. Sabía que no había nada que decir. Igualmente, era agradable saber que estaba ahí. Se preguntó si Lena le habría comentado algo sobre su encuentro la noche anterior. Si Arnie le habría dicho algo. Si Kalle lo sabía. No parecía que fuese así.

En casa, los esperaba su padre junto a la asesora de comunicación. Esta también parecía más seria de lo que la habían

visto en mucho tiempo. Incluso dejó a un lado la molesta charla sobre asuntos triviales, y la asesora de comunicación jamás prescindía de ella. En lugar de preguntar por cómo lo habían pasado en la cabaña, y sobre si el viaje de regreso en coche había ido bien, fue directa al grano:

—Deberíamos pasar a la ofensiva en este tema. Ofrecer una disculpa pública antes de que esto salga a la luz mañana por la tarde —argumentó—. Así que tendremos que dar una rueda de prensa con la princesa mañana por la mañana, como tarde.

Su padre no dijo nada, solo asintió. Tampoco dijo nada mientras escuchaba la grabación. Margrethe evitó mirarlo. Se avergonzó de nuevo al escuchar su propia voz pastosa prácticamente gritando al micrófono que era una niñata irresponsable que quizá acabaría en urgencias. Dios mío, se avergonzaba muchísimo. Pero la vergüenza se mezcló con furia cuando su padre le preguntó si quería ir a dar un paseo con él. Se puso en pie llena de una violenta energía.

Había anochecido, pero el jardín estaba iluminado. Siguió a su padre sin mirarlo. De vez en cuando, notaba cómo sus ojos se clavaban en ella, y esto hacía que el palpitante dolor de cabeza que sufría desde hacía rato se intensificase.

—¿La princesa anda suelta? —dijo su padre en voz baja, repitiendo las palabras de la grabación. Estas quedaron flotando en el aire.

Margrethe no contestó.

Se negaba a disculparse ante él.

No después de cómo se estaba comportando él mismo.

En realidad, todo era su culpa. Si su padre se hubiese quedado con ellos durante Semana Santa en vez de ir a ver a su amante a la primera de cambio, las cosas jamás habrían perdido el control.

¿Cómo podía traicionar así a su madre? ¡Ella estaba enferma, maldita sea! ¿Cómo podía hacerle eso a ella, a Kalle, y sí, a toda la familia? A aquellos que cada día cumplían con el cometido que él les había asignado. ¿Y de repente todo le importaba un bledo, se marchaba con una puta cualquiera de Horten y les dejaba en la estacada?

Era vomitivo.

Fuera lo que fuese a decir sobre su comportamiento en Trysil, no significaría una mierda viniendo de él.

Tomaron asiento en un banco bajo la pérgola. Margrethe se armó de valor, pero no sucedió nada. Su padre permaneció sentado completamente inmóvil, y tampoco pareció que estuviese tan molesto como ella había temido. Solo parecía igual de apático que como había estado durante los últimos meses.

Entonces, comenzó a llorar.

Margrethe se sorprendió, pero también sintió cierta irritación. ¿Por qué le había dado por llorar últimamente? Si alguien tenía razones para echarse a llorar, era ella, ¿no?

—Lo siento tanto —sollozó entre lágrimas.

—¿Por qué? —dijo Margrethe en voz tan baja que él apenas pudo oírlo.

—Por no haber estado ahí para ti últimamente. Para vosotros. Yo solo... Últimamente he...

Ella miró a su padre. Las lágrimas solo lo hacían más patético.

—¿El qué? ¿Has estado demasiado ocupado divirtiéndote en Horten? Sé lo que te traes entre manos.

El llanto se detuvo abruptamente.

—¿Cómo sabes...?

Margrethe sintió cómo todo se desmoronaba en su interior. Entonces era cierto. Era verdad lo que Liv había dicho, las teorías que ella misma había considerado. Su padre había estado con su amante en Horten.

Él rebuscó en su bolsillo, sacó un paquete de Kleenex, se sonó la nariz y respiró con pesadez.

—No es lo que piensas, Margrethe. El mensaje que enviaste... No existe ninguna mujer. Otra que no sea tu madre, vaya. Es cierto que he estado en Horten. He estado visitando a un amigo que está enfermo.

Margrethe alzó la vista para mirarlo por primera vez desde que se habían sentado. Su padre tenía las mejillas húmedas. Un amigo.

—¿Qué amigo? —preguntó, mirándolo con curiosidad, y de

repente notó lo delgado que se había quedado. Bajó la voz y repitió la pregunta—: ¿Qué amigo, papá?

—O bueno, en realidad es un antiguo amigo. Pasábamos mucho tiempo juntos antes. Es el hermano mayor de Espen, si te acuerdas de él. Con el que suelo salir a navegar; el alcalde de Horten —añadió interrogante, y le lanzó una mirada.

Margrethe negó impaciente con la cabeza. Jamás se había preocupado de con quién iba a navegar su padre.

—Se llama Martin. Sus padres estaban a cargo del puerto deportivo de Horten. Tenían varios barcos. Nosotros salíamos mucho juntos; toda la temporada, de hecho. Y Martin también iba a la escuela de negocios cuando empecé allí. Planeábamos navegar alrededor del mundo cuando yo terminase los estudios. Un año entero. Martin y yo. Celebraríamos las Navidades en Barbados, visitaríamos las playas de Venezuela. Trinidad y el canal de Panamá —dijo dibujando con la mano en el aire.

Su mirada era distante. Sonrió.

Margrethe lo observó con fijeza.

—Como te podrás imaginar, el rey no estaba precisamente *happy* con esos planes —repuso enarcando las cejas—. Por supuesto, pensaron que era una COMPLETA desgracia. Pero finalmente logramos convencerlos. Es decir, tuvieron que aceptarlo. Les dije que o me dejaban hacer el viaje o me buscaría otro trabajo. —Se le escapó una carcajada—. Como si alguna vez hubiese sido una posibilidad... Pero bueno, al final nos pusimos de acuerdo en llamarlo «un viaje de formación».

Todavía sonreía con la mirada clavada en el infinito. Entonces fue como si una gélida ráfaga de viento soplase sobre su rostro. Su sonrisa se contrajo al mismo tiempo que las arrugas alrededor de su boca permanecían ahí.

Había envejecido notablemente.

—Emprenderíamos nuestro viaje el seis de julio. El barco estaba preparado, Martin había dormido en él aquella noche. Yo iba a ir desde Oslo, y abandonaríamos el puerto a las cinco de la mañana.

—Muy bien, ¿y entonces?

Margrethe cada vez entendía menos.

—Nada, me di cuenta por mí mismo, probablemente un poco tarde. No iba a funcionar. Los periódicos se habían puesto en contacto con mi padre, le habían dicho que sería difícil no comentar nada sobre el viaje. El rey, mi padre, vaya, había tenido razón todo el tiempo. Habría habido demasiadas habladurías. Ya las había, de hecho. Un año, dos hombres solos en el mar; no habría funcionado —dijo pasándose una mano por el rostro.

Le contó cómo nunca había viajado hasta Horten aquella mañana de verano. Tampoco había tenido ocasión de avisar a Martin, pues antes no había teléfonos móviles. Jamás hubo ninguna vuelta al mundo en barco. Martin había levado anclas solo, pero solo logró alcanzar Kiel, en Alemania. Surgieron problemas con el barco y tuvo que dar la vuelta. Los dos habían perdido el contacto después de aquello, pero el rey había continuado navegando con Espen, el hermano pequeño. Era él quien había llamado antes de las Navidades y le había informado de que Martin había contraído el virus. Con graves complicaciones. Martin había pasado los últimos meses entre un hospital de Oslo y su casa de Horten.

Margrethe recordó el incidente de Ullevål, cuando su padre se había negado a entrar en la nueva ala del hospital. No había querido participar en aquel acto de representación desde el principio. En realidad, se suponía que su madre iba a hacerlo sola. ¿Era Martin paciente allí? ¿En la unidad de convalecencia? ¿Era por eso que su padre se había comportado de manera tan extraña durante toda la pandemia?

Los pensamientos rebotaban en su cabeza como pelotas de tenis de mesa.

—Pero... ¿qué estás tratando de decir en realidad, papá? —preguntó—. ¿Erais... novios?

Su padre guardó silencio durante algunos segundos demasiado largos antes de girarse hacia ella. Margrethe notó cómo se armaba de valor para enfrentarse a la respuesta.

—No. O bueno, lo importante no es cómo lo quieras llamar. Martin era un buen amigo. Un muy buen amigo. Pero obviamente,

comenzaron a circular rumores, especulaciones. Yo estaba soltero y comenzaba a tener una edad. Los periódicos se pusieron en contacto con mis padres, y comenzaron a seguir a Martin y a sus padres a todos lados. Esto, por supuesto, supuso una enorme carga para todos. Eran otros tiempos. Entonces, afortunadamente, conocí a tu madre. Y llegasteis vosotros —dijo tomando la mano de Margrethe entre las suyas—. Logramos dejar todo eso atrás. No había visto a Martin en años, hasta que Espen me pidió que fuese al hospital a visitarlo. Pensó que sería bueno que nos encontrásemos de nuevo. Martin... —Tragó saliva—. Martin ha estado muy mal. Lo bueno es que ya no está enfadado. Pero todavía habla de nuestro plan de navegar alrededor del mundo, o bueno, su plan, al final. Siempre quiso navegar hasta el Cabo de Hornos, mientras que yo... —La voz se le quebró. Su padre carraspeó—. Yo siempre quise volver atravesando el mar Rojo, pues pensé que era más fácil —manifestó, y le apretó la mano—. Dicen que se encuentra mejor cuando estoy allí con él. Por eso he estado fuera tanto tiempo últimamente. No sé si priorizar así ha sido lo correcto por mi parte. Pero como podrás comprender, no podemos contarle esto a nadie. Provocaría que se hiciese una montaña de un grano de arena. Y no necesitamos eso.

Margrethe trató de conciliar lo que él le había contado, y lo que realmente se podía leer entre líneas. Estudió la expresión triste de su rostro, y comprendió que lo estaba pasando mal. Le entraron ganas de abrazarlo, y a la vez también quiso darle una bofetada. Hacer que se despertase, que volviese a ser el padre que solía ser. El que debería ser.

¿Y qué tenía todo esto realmente que ver con sus problemas? ¡Esto debía ser un nuevo récord en lo que concierne al egocentrismo!

El asombro regresó de golpe, junto a un nuevo compañero de viaje: la ira.

—Entonces, lo que estás diciendo es que tengo que dar una rueda de prensa disculpándome ante el pueblo noruego por haberme emborrachado una noche en Trysil, mientras tú te escabulles durante meses sin decir nada porque tienes miedo a que

resurjan viejos rumores homosexuales, ¿no?

—Margrethe —comenzó su padre con voz calmada.

—No —lo interrumpió ella—. Está bien. Haré lo que queréis que haga. Pero paso de quedarme aquí sentada escuchando nada más de esta historia. Es increíble lo hipócrita que eres. Que se mejore tu ex.

# 30

## Ni un pelo fuera de lugar

Toda la maquinaria estaba en marcha.

Incluso habían enviado a la maquilladora del Palacio, la que solía asistirles antes de las grandes cenas y otros acontecimientos importantes. Iba vestida de negro, como siempre, como si fuese a acudir a un entierro; pero Margrethe había aprendido que era así como las maquilladoras y las estilistas solían vestir. Hoy le ofreció una sonrisa con la cabeza ladeada, reflejando un sentimiento genuino de compasión. ¿Había oído las noticias ella también? ¿La había llamado el gabinete de comunicación para decirle: «Ahora la princesa va a disculparse, ¿puedes encontrar un *look* adecuado para la ocasión? ¡Ni un solo pelo puede estar fuera de lugar!».

Margrethe contempló su rostro en el espejo de maquillaje y notó lo sombría que parecía su mirada. También tenía oscuras ojeras bajo los ojos, después de haber dormido fatal. Se obligó a sí misma a sonreír un poco, pues no había sonreído ni una sola vez desde que se había levantado, y no podía hacerlo por primera vez delante de las cámaras, pues se habría visto como una mueca antinatural.

Comenzó a escribir un mensaje para Kalle, pero se detuvo. En lugar de ello, se metió en la aplicación «Dónde está» y vio que su móvil se hallaba en Grevlingveien. En casa de Lena, vamos. No tenía sentido escribirle. ¿Por qué tenía ganas de hablar con él, para empezar? ¿Por qué no estaba allí con ella, si sabía perfectamente que la iban a echar a la hoguera?

Tragó saliva, tratando de deshacerse del nudo en la garganta,

borró el mensaje que había comenzado a redactar y dejó el móvil a un lado. Justo en ese momento, sonó un pitido, y se le llenaron los ojos de lágrimas de alivio. ¿Quizá Kalle solo se había retrasado un poco tras haber dormido en casa de Lena? ¡Tal vez ya estaba de camino!

El mensaje era de Arnie.

¿Cómo te encuentras? Kalle me contó exactamente lo que pasó. Que le jodan al periodista ese. Que le jodan al resto de idiotas de la prensa. Yo no creo que debas disculparte por una mierda. Vales mucho tal y como eres. ¡No le debes nada a nadie!

Margrethe sintió cómo le entraban ganas de echarse a llorar, pero no podía permitirse arruinar el maquillaje. Contestó a Arnie mientras la maquilladora le arreglaba el pelo.

Gracias, pero tengo que hacerlo. Muchas gracias por salvarme en Trysil. Y perdona por no haberte contado toda la verdad sobre Halloween. Estaba muy avergonzada. Nunca fue mi intención hacerte daño.

Se preguntó si Arnie les habría contado algo a los demás cuando regresó a la cabaña. Si Lena habría hablado sobre lo que había sucedido. ¿Se habrían sentado juntos a la mesa todos durante el desayuno para hablar de ella? Arnie con el brazo alrededor de Liv. Seguramente habría tenido que decirle a su novia por qué se había levantado tan temprano, ¿no?

La imagen de aquellos dos se le clavó en el cerebro; el simple pensamiento la irritaba tanto que hacía que prácticamente sintiese un malestar físico.

Era una aberración tan grande. Liv era demasiado tonta para Arnie, pero era tan típico que él fuese tan generoso y aceptase algo así. Se merecía algo mejor, alguien que comprendiese que era inteligente, que apreciase lo sarcástico y agudo que era su humor cuando no se dedicaba a salir medio desnudo de tartas de cumpleaños. Arnie necesitaba a alguien que le conociese bien,

alguien que no se dejase deslumbrar por lo alegre y divertido que era. ¡Se merecía a alguien que cuidase de él, que se asegurase de no atarlo demasiado y comprendiese lo increíblemente bueno que era en realidad!

Soltó un suspiro.

No podía escribir todo eso.

Se trataba de Arnie, por Dios.

No pasa nada. Solo estoy preocupado por ti.
Un abrazo.

No había escuchado ni una palabra de Fanny. No desde la noche del viernes. Margrethe tampoco se había puesto en contacto con ella.

Las cosas que Fanny había dicho... Seguramente tenía toda la razón.

Pero ¿qué podía hacer Margrethe?

Ahora había aún una cosa más que no podía contarle a su mejor amiga. Que a su padre, el rey de Noruega, se le había ido la cabeza y estaba ocupado recuperando una vieja amistad de... ¿cuándo, los años ochenta?

Un bromance. ¿O se trataba en realidad de un romance?

Dios mío, menudo lío.

Kalle seguía sin saber nada. Qué agradable debía ser estar en su piel. Vivir deambulando de aquí para allí sin tener que mirar a su alrededor o preocuparse de nada.

De repente, volvió a tener la sensación de estar sentada en el telesilla de Trysil.

De estar a demasiada distancia del suelo, sin un punto de apoyo.

En esta ocasión, Henrik no podía ayudarla. Esta vez estaba completamente sola.

El pulso comenzó a latirle violentamente en la garganta, y su respiración se volvió más corta y pesada. El miedo a caer había regresado.

—¡Ale, ya estás lista! —dijo la maquilladora—. Ahora solo queda la ropa. Había pensado en ne...

—No puedo hacerlo —la interrumpió Margrethe.

—¿Qué has dicho?

—¡Que no puedo hacerlo!

Se levantó de la silla y salió corriendo al jardín. El aire fresco y frío ayudó un poco.

No podía soportar todo eso.

No podía soportarlo.

La puerta del jardín emitió un chasquido. Se acercaron unos pasos ligeros. El familiar aroma a un perfume floral se esparció en el aire. Poco después, sintió cómo los brazos de su madre la rodeaban.

—Cariño —dijo su madre, y le acarició el pelo—. Entiendo que esto es difícil para ti.

Margrethe se dejó abrazar durante algunos segundos antes de liberarse y girarse hacia su madre.

—¿Y qué hay de ti? ¿No es difícil para ti? Hablé con papá, me lo contó todo. ¿Qué es lo que está pasando en realidad? ¿Por qué se escabulle todo el rato para encontrarse con ese… Martin? ¿No tienes nada que decir al respecto? ¿Vas a dejar que esto siga pasando? ¡¿Acaso no te importa?! —exclamó indignada.

La mirada con la que se encontró fue sorprendentemente tranquila y confiada.

—Margrethe, a ver. Pues claro que me importa. ¡Todo! Y, ¿sabes qué?, soy feliz. Me alegra que tu padre y Martin se hayan reencontrado. Yo jamás le conocí cuando aún iban juntos, solo lo he visto en fotos antiguas y oído hablar de él.

—Pero papá… ¿es realmente homosexual? ¿Está ahora con Martin, o cómo?

Su madre rodeó a Margrethe con el brazo.

—Martin está muy enfermo. Los dos han retomado una vieja amistad. En otra época, con otra familia, quizá todo habría sido diferente. Así son las cosas para todos —repuso la reina, y de repente pareció infinitamente triste.

Margrethe negó lentamente con la cabeza. Esto era absolutamente increíble.

—Pero tu padre nos escogió a nosotros —añadió su madre—.

Lo hizo cuando nos conocimos, y lo hace todos los días. No lo olvides. Papá quiere estar con nosotros, y lleva a cabo el trabajo para el que nació. Ese trabajo conlleva muchos beneficios, pero también tiene un precio. Tú también lo estarás empezando a notar ahora.

Miró fijamente a Margrethe.

—¿Crees que lo de hoy saldrá bien?

—No lo sé —respondió Margrethe, y contempló también a su madre, su piel pálida y las sombras oscuras bajo los ojos.

Podía ver claramente que su madre estaba agotada después del viaje. La reina era capaz de recomponerse, de brillar, hablar mucho y con facilidad, ser amable y sociable; pero le costaba. Debido a su enfermedad, quedaba postrada en la cama durante semanas después de tales esfuerzos. Había vómitos, días enteros en la oscuridad y el más absoluto silencio. Margrethe comprendió de golpe que su madre también pagaba un precio. ¿Quizá se habría recuperado si hubiese tenido un trabajo que le permitiese de verdad estar enferma? O si hubiese podido vivir en su país natal, Suecia, más cerca de sus amigas y su familia.

—También siento mucho que tengas que disculparte delante de todos, cuando papá no lo hace —dijo su madre—. Pero quizá sea algo bueno que salgas ahí afuera y hables de todo esto, ¿no crees? ¿Que tomemos un poco las riendas y aclaremos las cosas?

—¿Puedes acompañarme?

Su madre le apartó un mechón de pelo de la cara. Sonrió con tristeza, y Margrethe se arrepintió de haber preguntado. Debería haber sabido cómo eran las cosas, no debería haber albergado aquella esperanza; no debería haberle dado a su madre una razón más para tener mala conciencia por algo que no podía hacer.

—No puedo. Sería demasiado —repuso su madre, y la atrajo hacia sí.

Margrethe inhaló el aroma de su madre, respirando profundamente hasta llenar los pulmones; quería almacenarlo allí dentro, tener a su madre con ella cuando tuviese que salir a enfrentarse a los periodistas, hasta que todo terminase. Entonces podría soltarlo.

—Simplemente tengo miedo de volver a cagarla.

Su madre la sostuvo con ambas manos, a cierta distancia, como para poder verla en condiciones.

—No digas tonterías. Puedes hacerlo. Eres la más fuerte de la familia.

# 31

## Un café para llevar

Margrethe se aferró con fuerza al vasito de cartón blanco. El capuchino ardía contra la palma de su mano. Debería haberse puesto los guantes junto con el abrigo de color verde botella.

Ahora ya era demasiado tarde.

El plan era que caminase unos metros desde la cafetería hasta un banco previamente acordado en el Parque Frogner mientras los fotógrafos le tomaban fotos. En el banco se encontraría con los periodistas, diría lo que tenía que decir sin responder a ninguna pregunta y se marcharía por donde había venido.

Era mejor hacerlo de una manera un poco informal, según había dicho la asesora de comunicación. «Una rueda de prensa tradicional envía la señal de que se trata de algo más serio», había comentado.

En cambio, habían organizado algo increíblemente bochornoso. ¿Por qué había accedido a ello? ¿Qué clase de adolescente de su edad paseaba por el Parque Frogner y bebía café completamente solo un Domingo de Pascua? ¿Y por qué debía estar sola? «La más fuerte de la familia», pensó con desdén, recordando las palabras de su madre. Tendría que haber sido lo suficientemente fuerte como para haberse negado a todo eso.

Pero ahora ya era demasiado tarde para protestar.

El primer destello de *flash* la golpeó en la cara mientras atravesaba la puerta de la cafetería. Luego vino el chasquido de las cámaras a intervalos irregulares. Margrethe trató de no mirar directamente a la cámara y mantener los ojos abiertos a pesar de

los intensos fogonazos. Podía hacerlo; esbozó una sonrisa. No demasiado grande, claro, pues no debía sonreír demasiado ante la gravedad de la situación.

Pasó junto a una chica con un enorme gorro en la cabeza y una bufanda colorida enrollada al cuello. La chica, que no podía ser mucho más mayor que ella, no se fijó ni en la princesa ni en la prensa, simplemente permaneció de pie riéndose y hablando por el móvil. Parecía desarreglada y despreocupada. Qué no habría dado Margrethe por estar en su lugar. Qué fácil lo tenía todo aquella desconocida. ¿Sabía realmente lo afortunada que era?

Qué jodidamente injusta era la vida.

Cruzó una mirada con una de las Sombras. Tenía una expresión interrogante en el rostro. Seguramente estaba pensando que iban demasiado lentos. «De acuerdo, ha llegado el momento de concentrarse.»

Y de acabar con ese circo.

Ahí estaba el banco. Solo tenía que sentarse en él. Cruzar una pierna sobre la otra. Asegurarse de que la falda yaciese lisa sobre sus rodillas y no se arrugase. No derramar el café. Sonreír. Hablar. Largarse.

Dejó que su mirada recorriese a los periodistas que se habían presentado.

El lobo del diario digital *Nettavisen* estaba allí también.

Tomó aire y, justo cuando se disponía a comenzar su discurso, escuchó los gritos.

Oh, no.

Allí estaban.

Los manifestantes del hospital.

Aquello debía significar que *Nettavisen* ya había publicado la información. Que los republicanos ya tenían gasolina que echar al fuego. Jamás descansaban, y con todo el apoyo que cosechaban entre los comentarios por redes sociales últimamente, debían pensar que su meta por fin estaba al alcance de su mano.

Margrethe se armó de valor, preparándose para tener que esperar a que sus gritos se silenciasen. Pero entonces escuchó lo que decían, y fue en ese momento cuando se dio cuenta.

No gritaban «¡Abajo la monarquía!».

Gritaban «¡Liberad a la princesa!».

Algunos también continuaron con «¡Libertad para Margrethe!».

A pesar de que solo era otra forma de formular el mismo mensaje —que querían deshacerse de la casa real— y de resultar incendiarios, Margrethe se sintió extrañamente conmovida. Por el hecho de que no la acusasen de nada, sino al contrario, mostrasen una especie de empatía.

Es posible que fuesen los gritos en el parque o la voz de Arnie en su cabeza o la tristeza de sus padres, pero en el momento que Margrethe abrió la boca para hablar, no salió de ella ninguna de las palabras que había planeado. No dijo que le gustaría disculparse por su inadecuado comportamiento en Trysil durante Semana Santa, ni que realmente no había querido decir lo que dijo en la grabación, o que había pasado por un momento difícil, pero que ahora estaba recibiendo la ayuda que necesitaba. Y no fue porque entrase en pánico, sino porque eso ya no era lo que tenía ganas de decir.

Esperó un poco más, notó que la mano que sujetaba el vasito de café le temblaba un poco, y entonces dijo:

—La verdad es que tienen un poco de razón.

Los periodistas la miraron boquiabiertos. Estaban tan serios, como si estuviesen esperando la confesión de un asesino de masas. Solo la asesora de comunicación la miraba con las cejas enarcadas, claramente sorprendida de que no siguiese el guion.

—Quizá deberíais dejar a la princesa libre —dijo asintiendo hacia los manifestantes.

Exhaló pesadamente.

—Por supuesto que no debería haber estado borracha en Trysil o, por lo menos, no debería haber hablado con *Nettavisen* al respecto. Me arrepiento, obviamente, pero ¿realmente tiene sentido darle más vueltas al asunto? ¿Qué se supone que debo hacer ahora para arreglarlo?

Vio por lo menos diez manos alzadas; los periodistas parecían confundidos. Ahora los buitres tendrían algo en lo que pensar.

Margrethe sonrió un poco.

—¿Igual alguno de vosotros tiene alguna sugerencia?

—¿Se disculpará la princesa con el pueblo noruego?

Era Bendik Wahl, allí de pie con su grabadora alzada, como si se tratase de una pequeña granada de mano. Margrethe le dio un sorbo al café y los miró fijamente. La asesora de comunicación se puso en pie y asintió para sí, como si no pudiese esperar más a que Margrethe dijese lo que habían acordado. Que sentía haber decepcionado al pueblo noruego, y que ahora buscaría ayuda para rectificar su error y hacer las cosas bien de nuevo.

—¿Qué has dicho?

Bendik trasladó su peso de un pie a otro y alzó de nuevo la grabadora. Repitió la pregunta:

—¿Se disculpará la princesa con el pueblo noruego?

Margrethe lo miró directamente a los ojos, aquellos ojos aparentemente preocupados.

Entonces sonrió.

—No. ¿Por qué iba la princesa a hacer eso?

Resultaba sorprendentemente divertido hablar de ella misma en tercera persona. Era como si estuviese hablando de otra persona, de una figura, una muñeca que de repente había descubierto que podía controlar.

—Muchos opinarán que la princesa, como menor de edad, ha hecho algo ilegal y, al mismo tiempo, ha dado un mal ejemplo a seguir.

—¿Muchos opinarán eso? —preguntó Margrethe, sintiendo cómo un soplo de calor se extendía por su cuerpo—. Pues me extraña bastante si ese es el caso, pues la princesa no ha hecho daño a nadie. La última vez que vi las noticias, me pareció que el pueblo noruego tenía mejores cosas de las que preocuparse. —Tomó un nuevo sorbo de café—. ¿O igual vosotros habéis visto otra realidad ahí fuera? ¿Lo está pasando mal el pueblo noruego porque la princesa se fue de fiesta después de esquiar? —preguntó Margrethe con la voz cargada de ironía.

Los periodistas parecían completamente confundidos, algunos incluso sonreían sorprendidos.

Margrethe no esperó a que contestasen.

—La respuesta a la pregunta es sí, la princesa se disculpará. Ante aquellos a los que haya hecho algo malo. Y esto no os incluye a vosotros —dijo señalando con la mano hacia los periodistas—. Y, por suerte, tampoco al pueblo noruego. Gracias por venir.

Alzó su vasito de cartón a modo de una especie de brindis extraño, se levantó del banco y se marchó.

Tan pronto como se hubo sentado en el coche de Rolf, que la estaba esperando, la asesora de comunicación abrió la puerta y se sentó a su lado.

—Perdóname, pero ¿qué ha sido eso de ahí? —repuso—. ¿No nos habíamos puesto de acuerdo en lo que la princesa debía decir?

—Sí —dijo Margrethe—. Lo siento. Simplemente cambié de opinión y me apeteció decir otra cosa. Al final me disculpé. De alguna manera.

Pareció que la asesora de comunicación tenía ganas de echarle la bronca, pero ya estaba enganchada al teléfono para ver el resultado de la rueda de prensa.

—Efectivamente, *Nettavisen* ha publicado la noticia antes de lo acordado, como la princesa seguramente habrá comprendido. ¿Quieres leer el artículo?

Margrethe negó con la cabeza.

—No, gracias. Creo que esta semana me mantendré alejada de *Nettavisen* y el resto de internet.

—Lo entiendo perfec…

La asesora de comunicación se detuvo en mitad de la frase cuando su teléfono emitió un nuevo pitido, y entonces se puso a leer algo en el móvil. Segundos después, comenzó a buscar frenéticamente algo en el bolso, y pronto sacó unos auriculares enredados que parecían no haber sido usados en mucho tiempo. Con movimientos impacientes y agresivos, consiguió desenredarlos y se colocó los botones de los auriculares en las orejas.

Margrethe permaneció sentada observando su comportamiento anormalmente estresado y cómo la expresión de su rostro iba transformándose.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta antes de bajar la voz y

sonreír con suavidad—. ¡Perdón! Siento la palabrota. Es solo que... esto no es nada bueno.

—¿Qué sucede? —dijo Margrethe, y notó cómo se le encogía el estómago.

¿Habían logrado los periodistas escribir algo malo sobre su pequeño discurso tan pronto? ¿Había declarado finalmente el primer ministro que la monarquía estaba muerta?

—Escúchalo tú misma —dijo la asesora de comunicación, y le pasó los auriculares.

Margrethe los aceptó y se introdujo con cuidado los pequeños botoncitos blancos en las orejas. Miró a través de la ventana y se preparó para escuchar voces enfadadas y beligerantes.

Pero lo que escuchó fueron algunos ritmos pesados de bajo. Ritmos que poco después fueron acompañados de otros ritmos de bombo mucho más alegres.

Fue entonces cuando comenzó a imaginarse de qué podía tratarse.

Justo en ese momento, el vocalista confirmó sus sospechas:

*¡Somos niiiiños, somos niñaaaatos, somos idiooootas!*
*Quizá esta no-o-che acabe en urgencias, o sufra uno o dos*
*ataques de pánico.*

Se obligó a seguir escuchando los berridos de Arnie.

*Porque esta noche vamos a cagarla.*
*Montarla, cagarla y liarla parda.*
*El reino tendrá que esperar en ascuas*
*pues todo puede pasar*
*cuando los jóvenes andan sueltos.*
*Sí, esta noche vamos a caga-ga-garlaaaa.*
*¡Pues la princesa anda SUELTA!*

La voz y el bajo se desvanecieron al mismo tiempo. Margrethe se quitó los auriculares con lentitud, se giró hacia el asiento de al lado y vio a la asesora de comunicación sentada con la cabeza

entre las manos.

Entonces abrió la boca y se echó a reír.

Rio en voz alta, sin parar, de forma incontrolable y con más ganas de lo que recordaba haberlo hecho en los últimos seis meses.

# 32

## Histórico

Margrethe no lo había notado antes, pero los árboles que se alzaban en el patio de la escuela volvían a estar cubiertos de hojas verdes de nuevo. El sol se colaba entre las copas y calentaba de tal manera que al final tuvo que quitarse el grueso cárdigan de lana.

Habían pasado tres días desde su no-disculpa, y desde entonces se había sentido como si se hubiese lanzado desde un precipicio. El aterrizaje los había sorprendido a todos.

Ya en el coche, las redes habían comenzado a arder. Obviamente, sus compañeros de clase no habían tardado en compartir la canción de Arnie y los titulares que habían empezado a surgir a raíz de la rueda de prensa. Los emojis de manos aplaudiendo y caritas muriéndose de risa estaban por todas partes. «El giro del año», había escrito alguien junto a un pulgar hacia arriba. «¡Así se hace!», había tecleado otra persona; «¡Bien dicho!» y «¡Exacto!», otras. Todos aquellos comentarios hacían referencia a sus palabras en el banco del parque.

Al llegar a casa había ido directa a su habitación, dejado el móvil sobre la mesilla y se había tumbado a contemplar el techo. Había sonreído para sí misma, sintiéndose llena de energía. Pensó en Arnie, en cómo, con aquella estúpida cancioncita, había logrado restarle importancia a todo el asunto de la grabación. ¡Era genial! Había rememorado la expresión confundida en el rostro de Bendik Wahl. ¡Qué estupendo era haber ajustado las cuentas! Le entraron ganas de hacerlo todo de nuevo.

En realidad, no tenía pensado estar con el teléfono, pero en la

pantalla bloqueada apareció un mensaje que destacaba de entre los demás. De la mismísima víbora de clase: Tess.

Resultaba tan improbable que le hubiese mandado un mensaje, que Margrethe rompió su pequeña prohibición de no contestar al teléfono tras solo unos minutos. ¿Qué podía querer decirle?

> No le digas a nadie que he dicho esto, pero lo que dijiste en el parque estuvo bastante guay. Así que, en caso de que te estés preguntando cómo le ha sentado todo esto al pueblo noruego, puedo informarte de que... (redoble de tambores)... está totalmente de acuerdo contigo.

Había adjuntado tres fotos: capturas de pantalla de YouTube y de la sección de comentarios de la página de la televisión pública noruega. Era lo mismo que en el chat de la clase. La gente reía, aplaudía y se divertía. «¡De acuerdo con Margrethe! El pueblo noruego acaba de superar una pandemia. Probablemente también seamos capaces de soportar que una adolescente se emborrache.» Y: «Aguanta, Margrethe, yo también tengo un adolescente de diecisiete años en casa». Y: «¡Por fin alguien se disculpa de una forma realmente HONESTA!».

«Vaya tela», pensó Margrethe. Sintió un cosquilleo en el estómago. Hizo doble clic en el mensaje de Tess y le envió un corazón.

Poco después, recibió un nuevo mensaje de ella.

«Me gustaría tener una charla contigo, por cierto. ¿Podrías decirme un día que te venga bien?»

No estaba preparada para responder a eso. Se imaginó de repente a Tess y a Gustav Heger juntos. Afortunadamente, no había escuchado nada de él. Gracias a Dios por su éxito en el campeonato.

Los últimos tres días habían estado bien. A pesar de que había atravesado el patio del colegio con la mirada clavada en el suelo, lo había notado igualmente: el calor de los demás. Cuando se

encontraba con alguna mirada, casi siempre iba acompañada de una sonrisa llena de comprensión. Como si fuese una de ellos. Como si pensasen que era... ¿guay?

Fanny también había estado presente; educada y tranquila, como siempre. Durante la pausa del almuerzo el primer día después de Semana Santa, su mejor amiga se había sentado a su lado, y cuando Margrethe había insistido en que no tenía por qué sentarse ahí, simplemente había sonreído.

No habían vuelto a hablar sobre el asunto. No en condiciones.

Es cierto que Fanny se aseguraba de que Margrethe nunca estuviese sola, pero aquello le recordaba más a tener un guardaespaldas con ella. Todos los intentos de conversación fracasaban, y las pocas palabras que intercambiaban trataban del tiempo, el viento y los deberes.

En aquel momento, Fanny estaba sentada en uno de los bancos con Kalle, Lena, Ingrid y Arnie. Todos entornaban la vista hacia el cielo con gafas de sol. Arnie llevaba puesta una camiseta de color azul oscuro que parecía completamente nueva, y de un tejido tan cómodo y suave que a Margrethe le entraron ganas de tocarla, acariciarla, deslizar su mano bajo ella para sentir la piel cálida y el interior probablemente sedoso del tejido. Su pelo, que había vuelto a crecer, también era diferente al de antes. Aquel peinado más corto y adulto le sentaba muy bien. Su cabello parecía incluso más espeso. Margrethe ladeó la cabeza; nunca se había dado cuenta de ello antes, pero Arnie, de hecho, se parecía un poco a Harry Styles. Se preguntó si Liv solía acariciarle el cabello a Arnie. Seguramente sí. Al fin y al cabo, los novios solían hacer ese tipo de cosas todo el tiempo.

¡Era tan absurdo que fuesen pareja!

Un teléfono comenzó a sonar. Arnie sacó su iPhone y contestó con un alegre *«Jeloouuu!»*.

Margrethe lo observó por el rabillo del ojo mientras continuaba sentado escuchando lo que decía la voz al otro lado del teléfono, con el ceño cada vez más fruncido.

—Eh, vale, pero... ¿estáis seguros de que es una buena idea? —repuso finalmente, antes de guardar silencio de nuevo—. Sí,

claro, por supuesto que me apetece. Pero simplemente es que... No sé si...

Ahora estaba mirando directamente hacia Margrethe.

—Solo tengo que hacer unas comprobaciones antes, *¿ok?* Y os vuelvo a llamar luego.

Arnie permaneció sentado contemplando su teléfono después de colgar.

—¿Pasa algo malo, tío? —preguntó Kalle.

Arnie negó con la cabeza.

—No, no. Nada malo, solo extraño. Era uno de los que organizan el festival de inauguración del *Russefeiring* en Tryvann. Quería... contratarme. Quieren que sea el telonero de TÖS la noche del uno de mayo.

—*Whaaaat!* —Kalle se puso en pie de repente, sobre el banco —. ¿Estás de coña? ¡Dios mío, es un bombazo! ¿Un adolescente en Tryvann? ¡Va a ser histórico!

—Pero yo, para empezar, no soy artista...

—¿Cómo que no? Eres... ¡Arnie Kalas! ¡No, *DJ* Arnie! Simplemente reproducirás tus canciones, no tienes que cantarlas, ¿no? Porque en ese caso, puedo hacerlo yo —exclamó Kalle—. Ja, ja. Es coña.

—Cálmate un poco —dijo Arnie—. Esto no es precisamente una buena idea, después de todo lo que ha pasado... Quiero decir... quizá no sea tan agradable para vosotros... o para ti... —Volvió a mirar a Margrethe—... Que, por ejemplo, la prensa se entere de que uno de los amigos de los mellizos reales se dedica a pinchar *La princesa anda suelta* en Tryvann, ¿no crees?

Margrethe le sonrió.

—Sí —dijo ella—. Claro que lo es; en realidad, es una pasada. A por ellos, Arnie.

Era lo mínimo que podía hacer por él. Aquella canción era una completa chorrada, pero al haber usado la grabación de audio original, había hecho que la información de *Nettavisen* resultase tan banal y estúpida como lo era en realidad.

—¿Estás segura, de verdad? —repuso él—. Porque de verdad que no necesito...

—Estoy completamente segura.

Al principio, pareció que Arnie no acababa de creerse del todo lo que oía. Pero entonces, las comisuras de sus labios comenzaron a temblar y pronto una enorme sonrisa se apoderó de su boca y todo su rostro, haciendo que reluciese más que el sol que brillaba en el cielo y que luciera una expresión realmente dulce.

—*Shiiiiiit!* ¡Voy a actuar en Tryvann, *motherfuckers*!

# 33

## Disculpa

Margrethe estaba medio sentada medio tumbada en el enorme sillón orejero que había junto a la chimenea de la biblioteca. Por fin un sábado tranquilo en casa. Sin asesores de comunicación hablando por teléfono en la cocina, sin estrategias que aclarar, sin solicitudes de entrevistas que rechazar. Era como si las últimas llamas de aquel enorme incendio que se había prolongado durante tanto tiempo por fin se hubiesen extinguido.

Ojeó el chat de la clase. Ahora estaba totalmente muerto, pero había guardado todo lo que se había dicho sobre ella después de la rueda de prensa. Era agradable leerlo. Ahora que todo parecía haber pasado, volvía a sentirse sola de nuevo.

Todavía no había escuchado ni una palabra de Henrik. Quizá no fuese tan raro, pero un mensajito corto después de la rueda de prensa sí que podría haber mandado, ¿no? Pues vaya con lo de apoyarse entre países vecinos. Había considerado escribirle ella misma, tal vez disculparse por haber aparecido en su cama el Viernes Santo, pero no soportaba la idea de hacerlo. Todavía se sonrojaba con tan solo pensarlo. Si él hubiese dicho algo, igual aquello podría haber aliviado la vergüenza que sentía.

Kalle, por supuesto, estaba con Lena ese fin de semana, y Arnie... estaría con Liv, vaya. A lo mejor las dos parejas estaban en una cita doble.

Fanny no había dicho ni pío por redes sociales, ni a ella por privado ni por el chat grupal. Vamos, que las cosas entre ellas no estaban del todo arregladas.

Margrethe echaba mucho de menos a su mejor amiga.

¿Cuánto espacio necesitaba realmente? ¿Cuánto duraría aquella pausa? Margrethe contempló la enorme mesa de trabajo junto a la que solían sentarse para hacer los deberes. Qué de horas habían pasado allí, tanto haciendo deberes como jugando y navegando con el móvil. ¿Había deseado Fanny estar en otro lugar todo el tiempo? No podía ser cierto. «Lo que quieras» era la respuesta estándar de Fanny, prácticamente sin importar lo que fuesen a hacer. Margrethe recordaba lo frustrante que le había resultado algunas veces cuando eran pequeñas que Fanny jamás tuviese ninguna sugerencia sobre qué hacer. Pero se habían divertido mucho, de todos modos. Además, sus padres también habían sido amigos. Fanny, Kalle y Margrethe habían jugado juntos durante horas los fines de semana cuando eran pequeños, representando grandes obras de teatro en la sala de juegos.

Margrethe se giró y permaneció sentada contemplando las enormes estanterías. Allí localizó el lomo azul de los álbumes cubiertos de polvo situados en el estante más alto. Gruesos álbumes de recortes de papel negro en los que su madre había pegado fotografías y antiguos billetes, y había redactado pequeñas explicaciones con un rotulador plateado. Había pasado mucho tiempo desde que su madre se dedicase a eso, y aún más desde que Margrethe había visto los álbumes. Antes le había encantado hojearlos.

Cogió una de las sillas que rodeaban la mesa de trabajo, se subió a ella y se estiró para alcanzar dos álbumes que reconoció. En uno ponía *Karl Johan,* en el otro *Margrethe.*

Bajó los dos y comenzó a hojear el suyo, pasando las fotos de cuando era bebé, los retratos familiares y las fotos de vacaciones. Pronto encontró lo que estaba buscando. Una fotografía de Fanny, Kalle y ella misma con sombreros de pirata, disfraces del capitán Diente de Sable y espadas en medio de la gran explanada de césped del jardín, con barcos rodeándolos por todas partes.

Margrethe tomó una foto con el teléfono y se la envió a Fanny.

¡Echo de menos a mi tripulación!
¿Podríamos vernos? Puedo ir adonde estés.

Lo pensó un poco y agregó:

Espero que este sea el número correcto

Añadió el emoji de una carita guiñando el ojo y envió el mensaje antes de que tuviese ocasión de analizar nada más. No pasó mucho tiempo antes de que apareciese una burbuja en la ventana de la aplicación.

¡Hola, reina de los piratas! Sí, veámonos.
Puedo acercarme a tu casa un día de estos,
pero este fin de semana no me viene bien.
Estoy de convención. Nunca dejo de
disfrazarme, ya sabes. Un abrazo, Fanny.

Margrethe apretó los dientes. Mierda, debería haberse acordado. Fanny siempre acudía a la convención de *cosplays* el primer fin de semana después de Semana Santa. Era un extraño festival en el que todos iban disfrazados, y donde uno podía comprar figuritas y artículos de colección de videojuegos y cómics. Cuando eran pequeñas, a las dos les había gustado sentarse juntas en la sala de costura en casa de Fanny y pegar purpurina sobre fieltro, hacer cintas para el pelo y disfrazarse. Pero mientras Margrethe lo había dejado llegada a una edad, Fanny había continuado con ello. Margrethe sabía que su mejor amiga era una friki de los disfraces y las figuritas de videojuegos. Un fin de semana al año, acudía a la convención de *cosplay* para pegar aún más purpurina sobre fieltro. Al menos eso era lo que Margrethe se imaginaba que Fanny hacía allí. No era algo de lo que hablasen, salvo por el hecho de que Margrethe siempre se sorprendía de que Fanny estuviese ocupada ese fin de semana.

Incluso ahora.

Vaya tela. Habría sido increíblemente agradable poder hundirse en el sofá de la sala de estar de casa de Fanny, desahogarse, contarle lo de Trysil y sí, quizá también lo de su

padre. Escuchar cómo estaba Fanny, por supuesto, y... (Margrethe tragó saliva)... sobre qué había ocurrido entre ella y Henrik.

Ahora tendría que esperar hasta el fin de semana siguiente.

Cuando Margrethe se incorporó para volver a colocar los álbumes en su sitio, vislumbró un sobre blanco que había quedado en la estantería donde estos estaban anteriormente. Lo bajo, arrugó la nariz a causa del polvo que cubría casi todo el sobre y echó un vistazo. Dentro había algunas fotos; algunas de ellas destinadas seguramente a acabar en los álbumes familiares. Las sacó, pero pronto comprendió que aquellas fotos eran antiguas, de antes de que ella y Kalle naciesen. Había algunas imágenes aburridas de barcos en el mar y sobre remolques, y otras habían sido tomadas a bordo. Allí estaba su padre, sin camiseta sobre la cubierta, alzando un botellín de cerveza hacia la cámara. Margrethe enarcó las cejas y la sostuvo más cerca para examinarla. Jamás había visto a su padre con barba antes.

Siguió hojeando las fotos. Había muchas imágenes de barcos y personas que no sabía quiénes eran. Atractivos muchachos de piel bronceada y cabello rubio que sonreían sobre la cubierta, sostenían en alto la captura del día o ataban cabos. ¿Quién era toda esta gente?

Cuando llegó a la última foto del montón, comprendió de inmediato a quién estaba mirando.

Era un hombre joven con una camiseta de color azul claro. Estaba de pie con los brazos hacia delante y miraba a la cámara con una sonrisa de dientes blancos. El flequillo se le rizaba en un pequeño tupé sobre la frente. Parecía amable y guapo. Sostenía un libro, mostrándoselo a la cámara, como si estuviese orgulloso de él. «Lonely Planet, Venezuela», ponía en la portada. Le dio la vuelta a la foto. «FOTO EXTRA 26.06.91», ponía en letras borrosas, impreso en el papel fotográfico. Margrethe notó cómo el corazón le latía con más fuerza. Tenía que tratarse de Martin. La fotografía había sido tomada a finales de junio. ¿Fue justo antes de que fuesen a emprender el viaje? Tragó saliva, realmente no era así como se lo había imaginado. Era tan guapo y parecía tan feliz. Seguramente su felicidad se debía a que en unas pocas semanas zarparía para

navegar alrededor del mundo. Después se quedó en aquel barco, solo. Y ahora estaba en el hospital.

Margrethe puso la foto sobre la mesa de trabajo, la enfocó con el móvil y tomó una instantánea. Vaciló un poco, consideró enviarle la foto a Kalle, pero habría demasiado que explicar. Dejó el móvil, cogió el montoncito de fotografías y regresó a la silla.

Volvió a hojear las fotografías. Estudió la mirada de su padre sobre el botellín de cerveza. Parecía tan feliz. Era extraño pensar que su padre había ido por ahí sin camiseta y brindado con cerveza; que hubiese tenido amigos normales y corrientes o que hubiese sido prácticamente como ellos.

A Margrethe también le entraron ganas de alzar un botellín de cerveza ante una cámara. De verdad. No solo echaba de menos a Fanny, también extrañaba las risas y las bromas de todos los de la pandilla. Tal vez fuesen tontos y estridentes, pero también eran divertidos. Quizá se hubiesen rendido con ella y dejado de invitarla siempre, pero eran agradables y amables cuando ella se unía a los planes. Era fácil relajarse con ellos. Magrethe sintió cómo un sentimiento cálido se extendía por su cuerpo cuando pensó en Lena y en lo que había dejado en su estuche de maquillaje. Leales, podría llamárseles. Infantiles también, pero, al fin y al cabo, leales.

Y luego estaba Arnie. Nunca iba a admitirlo delante de nadie, pero pensaba mucho en qué habría sucedido si no se hubiese apartado cuando Arnie la besó aquella noche en casa de Fanny. Es posible que las cosas en ese momento hubiesen sido completamente diferentes.

Recibió un nuevo mensaje en el teléfono móvil. ¿Sería Fanny otra vez?

No. Todo el calor de su cuerpo la abandonó de inmediato.

> ¿Cómo le va todo a la princesa beoda favorita
> de Noruega? Hoy quedé fuera del campeonato,
> gracias por preguntar. Mi mano no funciona
> como debería, y tú, desde luego, tampoco.
> Creo que ha llegado el momento de que tus
> amigos también lo sepan. G.H.

Dios mío.

No había terminado. Las llamas seguían ardiendo.

Existía una grabación de audio más.

Margrethe se hundió aún más en la silla.

Poco después, se puso en pie de un salto.

Tenía que hablar con Fanny.

Fanny debía saber lo que Margrethe había dicho de ella en Halloween antes de que se enterase por la grabación de audio, o todo quedaría arruinado para siempre.

Debía ver a su mejor amiga.

Y tenía que ser ahora.

# 34

## *Space invader*

Los dragones custodiaban la entrada.

Dos chicas con vestidos sin tirantes de colores chillones y largas melenas plateadas hacían guardia sentadas junto a la pesada puerta del centro cultural. Una de ellas llevaba un vestido verde; el de la otra era rojo. En la espalda, cada una tenía un enorme par de alas a juego con los vestidos. Parecían completamente locas, pero, de hecho, trabajaban allí. En la mesa frente a ellas había pulseritas de festival de diferentes colores y largas listas con nombres.

Margrethe tragó saliva y las miró. Había pasado todo el camino preguntándose si estaba haciendo lo correcto al presentarse en la convención de *cosplay* a la que Fanny había acudido.

Ahora tenía que llevar a cabo su plan.

—¿Hola?

Las dos chicas dragón alzaron la vista y se tensaron.

—Solo quiero entrar para darle un mensaje a alguien que está aquí dentro —dijo Margrethe.

—¿Tienes entrada?

—No.

La de verde se rio un poco.

—*Ok,* porque en realidad se agotaron el verano pasado. Hay lista de espera. Y es bastante larga —repuso, acariciando con ternura el folio que tenía frente a ella.

Margrethe permaneció inmóvil un poco confundida.

La del vestido rojo sonrió, abrió una cajita y sacó una pequeña tarjeta de plástico en la que ponía «Invitado».

—¿Vas a entrar solo un momento? ¿Y a salir a continuación? Entonces puedes usar este pase para invitados. Simplemente acuérdate de devolverlo a la salida.

El dragón verde se dispuso a protestar, pero el rojo le detuvo, tomando el mando.

—Relájate. Nadie va a notar una princesa de más —decretó.

Margrethe abrió la puerta y se le pusieron los ojos como platos.

Extrañas criaturas con cornamentas pululaban alrededor del enorme salón. Figuras con abultados flequillos de color rosa chillón, botas de charol y minifaldas, piel afelpada y anchas cejas. Absolutamente todos iban disfrazados, algunos con máscaras, otros muy maquillados y con creativos peinados. Margrethe era la única que destacaba entre la multitud.

Echó un vistazo al estand más cercano y localizó una enorme cabeza que representaba la cara de una muñeca japonesa con grandes ojos redondos y dos trencitas.

—Me llevo esto —anunció.

—Son seiscientas noventa y nueve coronas. ¿Tienes Bizum? —respondió el vendedor, y esbozó una sonrisa desmesurada y antinatural cuando reparó en la célebre visitante.

Margrethe efectuó rápidamente el pago y se colocó la gigantesca cabeza. Después, continuó internándose en el local con lentitud. A su alrededor caminaban chicas y chicos con uniformes de sirvienta sexis, capas vikingas, orejas puntiagudas, antenas o cuernos de carnero.

¿Cómo iba a encontrar a Fanny en medio de ese caos?

Antes de que le diese tiempo a reflexionar sobre esta pregunta, la vio. Una chica con una melena negra y brillante que estaba justo al otro lado de la sala, de espaldas, hablando con una especie de Pikachu. Tenía que ser Fanny. Margrethe sonrió aliviada, pero sintió una punzada de nervios antes de atravesar la habitación y darle unos golpecitos en el hombro. La chica se dio la vuelta.

—¿Hola?

Un chico con los ojos pintados, largas orejas puntiagudas y una peluca negra la miró confundido. Sin lugar a dudas, no se trataba de Fanny.

—¡Lo siento, me he confundido de persona!

Margrethe se sonrojó bajo la enorme cabeza de muñeca y siguió recorriendo la sala. Notó que la gente la miraba, aunque por motivos totalmente diferentes de los que solían hacerlo. Era la única en vaqueros y camiseta blanca. Una friki entre los frikis. Intentó disimular contemplando con interés todos los artículos que estaban a la venta mientras buscaba sin parar, y con toda la discreción posible, a alguien que se pareciese a Fanny.

—¿Qué haces tú aquí?

Margrethe alzó la vista y se encontró por fin con un rostro conocido. Todo lo demás sobre la persona que había frente a ella le resultaba desconocido. El oscuro cabello estaba recogido bajo una gorra roja con una L verde. Solo sobresalían algunos pelillos negros del flequillo. Bajo los ojos tenía dibujadas líneas en zigzag. Fanny llevaba puesta una chaqueta universitaria y unos pantalones anchos. Alrededor de las muñecas llevaba unos mitones verdes.

Magrethe intentó sonreír, deseando que se transmitiese a través de los ojos de su máscara.

—Estaba buscando algo muy especial —dijo—. ¿Tienes tiempo para tomarte un descanso?

Fanny se giró hacia la persona con la que aparentemente compartía estand, una chica con un gigantesco lazo de lunares en el pelo.

—¿Puedes echar un ojo a esto por mí?

Luego se giró de nuevo hacia Margrethe.

—Podemos salir de aquí. Tomarnos un café o algo. ¿Qué te apetece?

Margrethe trató de encontrar su mirada a través de la máscara.

—No. ¿Qué te apetece a ti?

Alzaron la barbilla hacia el fuerte sol primaveral. Margrethe se

había quitado la enorme cabeza tan pronto como salieron del local. Estar sentada con Fanny en un banco junto al río, con grandes tazas de café, podría haber sido una experiencia muy agradable, pero a Margrethe le dolía el estómago.

—Entonces, ¿en serio te gusta todo eso de ahí? —preguntó Margrethe señalando hacia el centro cultural tras ellas.

Fanny se rio un poco. Cambió de postura y recogió las piernas bajo su cuerpo.

—Es muy divertido si te gusta el manga y... bueno, ya sabes, las frikadas. En realidad, se aprenden bastantes cosas.

Margrethe asintió hacia su disfraz.

—¿Lo has hecho tú misma?

—Sip —dijo Fanny jugueteando con la costura del guante.

—Eso está genial, la verdad. Se te da bien. ¿Por qué nunca hablamos de esto?

Fanny removió el capuchino con el palito mezclador.

—No lo sé. ¿Quizá porque tú todavía crees que me encanta jugar al tenis y beber té?

—Yo no creo...

—De hecho, odio el té. Sabe solo a agua. Lo siento.

—*Ok, ok,* no volveré a preguntarte si quieres un té.

—Gracias. Pero podría haber dicho esto hace mucho tiempo. Seguramente sea mi culpa por no haberte dicho nunca nada. Así que lo que dije en Trysil, en realidad, fue un poco injusto. Lo siento.

Margrethe casi se echó a llorar.

—Soy yo quien tiene que disculparse. Tenías razón. Le di mal tu número a Henrik. Estaba celosa y quería gustarle yo.

—Y le gustas, ¿no?

Margrethe se vio a sí misma en ropa interior, allí tendida, ofreciéndose. Ya se lo contaría más tarde, si podía.

—Por decirlo de alguna forma, traté de comprobarlo. Sin mucho éxito. De hecho, fue un absoluto fracaso.

—Entonces es un idiota —declaró Fanny con resolución.

Margrethe la miró.

—No es necesario que digas eso, vaya. Tienes derecho a que

te guste. Es un buen chico. ¿Pasó...? Bueno, ¿pasó algo entre vosotros?

Fanny sonrió y negó con la cabeza.

—No. Eso no es para mí. Además, ya tengo suficientes miembros de la realeza en mi vida. Y los chicos no son necesariamente lo mío —añadió con rapidez, y cogió el móvil para evitar el contacto visual.

Margrethe comenzó a asentir antes de detenerse de golpe. ¿Qué era lo que Fanny estaba diciendo?

—¿Eh? ¿Qué los chicos no son lo tuyo? ¿Eres... asexual?

—¿Cómo? No, ¿de qué estás hablando? Simplemente creo... Tal vez me gusten las chicas.

—¿En serio? —intervino Margrethe, preguntándose si debería contarle lo de su padre.

—No lo sé, ¿quizá me gusten tanto las chicas como los chicos? ¡No lo sé! —dijo Fanny alzando la mirada del móvil—. En fin, tengo que volver a entrar pronto. Ahora a las tres empieza el taller de Worbla.

—¿El taller de qué cosa?

Fanny sonrió.

—De Worbla. Es un material muy especial que... O, bueno, ¿de verdad te interesa?

Margrethe asintió, intentando mostrar interés al mismo tiempo que trataba de digerir lo que su amiga acababa de contarle. Fanny le dio un empujoncito y se rio.

—Tranquila, que está bien. Ser diferente no es un problema, ¿no? —repuso, y en voz grave, añadió de broma—: Todo va a salir bien.

Margrethe soltó una risita, pero rápidamente volvió a ponerse seria. No debía acobardarse ahora.

—Hay una cosa más —dijo, y ahora su amiga la miró tanto con impaciencia como con curiosidad—. Existe una grabación de audio...

—Creo que todo el país se ha enterado ya...

—Otra grabación de audio. De la que no te he hablado. Que Gustav Heger grabó en secreto durante la fiesta de Halloween. En

ella digo algunas... cosas malas... sobre ti, entre otros.

Margrethe apartó la mirada. Por el rabillo del ojo, pudo ver cómo Fanny se frotaba las manos contra la cara de forma que las pequeñas líneas en zigzag que se había dibujado bajo los ojos quedaron prácticamente borradas.

—¿Vale? —dijo ella—. ¿El qué?

Margrethe inspiró hondo.

—Es posible que dijese que eres un poco mimada, y que... lloriqueas mucho. Sobre que tu madre os abandonase —confesó Margrethe, y se aferró a la taza de café mientras trataba de dejarse hipnotizar por el agua que se deslizaba por el río. Ale, ya lo había dicho—. Pero no lo dije en serio, no quise decir eso —se apresuró a añadir, y se obligó a mirar a Fanny.

Su amiga clavó sus ojos en ella.

—¿En serio? ¿Dijiste que YO lloriqueo? ¿Tú, que no haces otra cosa que quejarte y protestar por todo mientras vives en la casa más maravillosa del mundo con ambos padres y un hermano? Igual deberías revisar tus propios privilegios reales en lugar de quejarte de que otros lloriquean. Porque yo no lloriqueo —dijo Fanny poniéndose en pie.

Margrethe se apresuró a seguirla, la agarró del brazo y trató de encontrarse con su mirada.

—Lo sé. Lo sé. Lo siento.

Fanny sacudió el brazo.

—Podría quejarme mucho más de lo que lo hago, de hecho.

—Lo sé, Fanny. Tú eres... la más fuerte de las dos.

Fanny la miró a los ojos y de repente sonrió.

—¿La más fuerte de las dos? ¿De dónde viene eso? ¿De tu madre o...?

Margrethe se sonrojó.

Fanny comenzó a caminar hacia el centro cultural.

—Bueno, bueno, Margrethe. Probablemente sea bueno que un par de lloricas como nosotras nos tengamos la una a la otra, ¿no crees? Pero te agradecería que, de ahora en adelante, nos mantuvieses alejadas de las grabaciones de audio a mi madre y a mí. ¿Trato hecho? —dijo Fanny, y Margrethe registró aliviada que

su amiga todavía sonreía—. Y ahora sí que me tengo que ir. Pero, oye —repuso, y se detuvo de nuevo—, ¿has hablado con Tess?

—¿Tess?

—Sí. Deberías hablar con ella. Deja que solucione lo del idiota de Heger antes de que el chico te meta en problemas.

—Pero Tess y Gustav son amigos, ¿no?

Fanny frunció el ceño.

—Eh... No, para nada. Justo eso te lo puedo confirmar sin riesgo a equivocarme.

# 35

## Desempate

Magrethe sacó la raqueta de su bolsa de tenis, agarró la empuñadura con la mano izquierda y golpeó el dorso de la derecha contra el cordaje. Luego sostuvo la misma mano completamente inmóvil en el aire y la sintió temblar un poco. Trató de calmarse tomando una enorme bocanada de aquel aire familiar que olía fuertemente a goma y llenaba las instalaciones. Había pasado tantas horas allí. Hacía mucho que no jugaba en esas pistas. Había perdido tanto por mantenerse alejada.

Pero ya era suficiente.

Lo vio mucho antes de que él la viese a ella. Gustav Heger llegó paseándose con unos enormes auriculares en las orejas y su propia bolsa de tenis al hombro. Llevaba puesta una chaqueta con capucha y una cinta para el pelo cubriéndole la voluminosa cabellera.

Probablemente se había sorprendido cuando ella le contestó al mensaje. Le había escrito que era increíblemente triste saber que su mano aún no estaba curada del todo, que tenía muy mala conciencia y que le gustaría reunirse con él para disculparse en condiciones. Tal vez también para jugar un poco, si podía. Y quizá para acompañarle luego a su casa, si todavía le apetecía.

Él accedió de inmediato.

Seguramente era consciente de que tenía la sartén por el mango, y de que podía salirse con la suya igualmente.

Quizá la apuesta aún seguía vigente.

—Buenas, Margrethe —dijo él con una sonrisa torcida.

—Hola, Gustav —repuso ella.

Permanecieron en silencio durante algunos largos segundos.

—¿Listo para un pequeño partido?

—Por supuesto. Será un buen calentamiento.

Gustav le guiñó el ojo.

—Perfecto. Ahora solo nos queda esperar al juez —dijo Margrethe.

—¿Eh?

En ese mismo momento, Tess cruzó la pista caminando como una modelo de pasarela. Sus largas piernas iban vestidas con pantalones cortos blancos y zapatillas del mismo color. El polo que llevaba puesto también era blanco, y sobre la enorme cabellera de trencitas se había puesto una gorra blanca. Estaba tan lejos de su propio estilo como era humanamente posible, parecía el mismísimo cliché de un jugador de Wimbledon. Pero estaba fantástica.

Tess pasó junto a ellos con pasos tranquilos, se subió a la silla del juez y cruzó las piernas. Gustav Heger miró a Tess y luego a Margrethe, y después otra vez a Tess.

Parecía totalmente confundido.

—Veamos —dijo Tess—. Podemos hacer esto de la manera sencilla o de la difícil. O sacas tu teléfono móvil y borras la grabación de audio que tienes de Margrethe aquí y ahora o haré tu vida aún más desagradable de lo que, al parecer, lo es actualmente.

Gustav Heger se rio.

—Atrapado en la conspiración de dos niñatas. ¡Ohhh, qué miedo! La pena para vosotras es que yo tengo las manos limpias en este asunto —dijo—. No es ilegal grabar una conversación en la que uno mismo participa. Si necesitáis que os lo confirmen, podéis llamar a mi padre.

Margrethe se tensó.

¿Era cierto aquello? ¿No era ilegal?

Pero Tess había dicho…

—Ohhhh, llamar a tu padre, ¡ahora soy yo la que tiene miedo! —se burló Tess—. ¿Te piensas que me chupo el dedo, o qué? Sé perfectamente que no es ilegal. Es por eso que yo también grabé nuestra conversación ese día en el instituto en el que trataste de

persuadirme para que difundiese la grabación por internet.

Tess sacó su iPhone del bolsillo trasero de los pantalones y pulsó «reproducir». La voz de Gustav sonó alta y clara desde el pequeño altavoz:

«Te pagaré por ello, por supuesto. Cinco mil, ¿te parece bien? Luego difundimos esta mierda y nos aseguramos de que la princesita de mierda reciba su merecido. Quizá la estúpida casa real se disuelva también de una puñetera vez».

Sus palabras golpearon a Margrethe en el estómago como una dura pelota de tenis. Su voz, el odio que había en ella. Realmente tenía la intención de arruinarle la vida.

Por un momento, volvió a temer que su plan no fuese a tener éxito.

Entonces se escuchó la voz de Tess en la grabación.

Dijo:

«Interesante. Pero oye, Gustav, no hagas nada con esto todavía. Guarda la grabación, y seguimos hablando después de Semana Santa».

Ya era después de Semana Santa. Fue entonces cuando Margrethe cayó en la cuenta de qué era lo que Tess quería hablar con ella.

Tess, a la que había visto como su enemiga durante años.

Había pensado tantas cosas malas sobre aquella chica. Y entonces ella hacía eso por Margrethe.

Margrethe se sintió confundida y conmovida al mismo tiempo.

—Ains, no sé yo —dijo Tess—. Si yo fuese el rector de la maravillosa universidad en la que vas a empezar el año que viene, habría agradecido que me enviasen este audio, junto con una traducción al inglés, por supuesto, al correo electrónico. A los estadounidenses les echa bastante para atrás este tipo de asuntos.

Gustav Heger parecía querer tirar su raqueta al suelo o, como poco, golpear a Tess con ella, pero era lo suficientemente inteligente como para saber que eso tampoco habría sido bueno para su reputación. En lugar de eso, se dirigió tranquilamente hacia su bolsa de tenis, sacó su teléfono y regresó con él.

Buscó la grabación de audio y les mostró la pantalla mientras pulsaba «Borrar todo».

—En realidad, no tengo tiempo para todo esto. Este atraco real entre amigos ya es historia.

—Bien —dijo Tess—. Y sé con seguridad que habrás guardado una copia de la grabación en la nube o en algún otro sitio, por lo que me gustaría subrayar que, si alguien vuelve a escuchar esa grabación alguna vez, ya te puedes ir despidiendo de tu carrera de tenis.

Gustav Heger le mostró el dedo corazón a Tess. Luego, se volvió hacia Margrethe.

¿Qué iba a pasar ahora, iba a disculparse?

—Nunca tuve ganas de acostarme contigo de todos modos —escupió—. Así que, que disfrutes de tu rígida vida de virgen.

Ella le sonrió.

—Ya es un poco tarde para eso —repuso Margrethe.

Tan pronto como se perdió de vista, Tess saltó de la silla del juez.

—¡Guaaaau! —exclamó.

Alzó la mano para que le chocase los cinco.

Margrethe también alzó la mano, pero en lugar de chocarla contra la de Tess, dejó que sus dedos se entrelazasen con los de ella. La miró con seriedad.

—Dios mío, Tess. Muchas gracias. No me merecía lo que has hecho por mí. Sabes lo que dije en la grabación…

—¿Qué soy cínica y cretina? En serio, tendrías que ver los comentarios que recibo en mi bandeja de entrada todos los días. Simplemente me cabrea tanto la gente como él, ese idiota del tenis, que casi no puedo aguantarlo. Son como una maldita plaga en internet.

Tess liberó su mano.

Margrethe asintió, a pesar de no tener ni idea de lo que Tess estaba hablando. O de cómo se sentía.

Comenzaron a dirigirse hacia la salida. Tess caminaba con pasos relajados, obviamente aliviada también por el desenlace.

—Así que… ¿se acabó la rígida vida de virgen? —preguntó

Tess, mirándola con curiosidad.

Margrethe se rio y sacudió la cabeza.

—Sí. Pero no tengo nada más que decir sobre ese asunto —concluyó.

Tess le clavó un dedo en el costado.

—Ya es un poco tarde para eso —se burló.

Las dos se echaron a reír, pero Margrethe negó con la cabeza. Tess suspiró fingiendo derrota. Se encaminaron juntas a la salida, ninguna tenía más que decir.

Margrethe se sentía tan extraña, como si hubiese respirado helio. Se sentía bien, liviana y brillante. Ya no tenía miedo.

Ni de Tess.

Ni de Gustav Heger.

Era como si tuviese superpoderes.

# 36

## Pasado pisado

Pling.

Pling.

Pling-pling.

Pling.

El móvil sonaba tan a menudo que Margrethe no conseguía distinguir los pitidos del sonido de la televisión.

No, había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Rodó para colocarse bocabajo, entró en la configuración, trasteó un poco y finalmente encontró el modo de alerta de las notificaciones de Instagram, Snapchat y de todo.

«Silenciar.»

Ya está.

De todos modos, nunca aceptaba nuevos seguidores. En realidad, podría haber eliminado toda la cuenta de Instagram. Ya nunca publicaba fotos. Su cuenta estaba tan muerta como la cuenta oficial de la casa real. Pero después de lo del Parque Frogner, la cantidad de solicitudes de seguimiento se había incrementado drásticamente, y tenía que admitir que le hacía sentir bien. Popular, casi. Al menos había hecho que aquel agradable y poderoso sentimiento de control durase un poco más. Las solicitudes procedían de toda Noruega, de jóvenes y adultos, y también había muchas del extranjero.

A veces caía en la tentación de echarles un vistazo. Como ahora.

Empezó a ojearlos sin detenerse en nadie en concreto.

Hasta que llegó al nombre *Taxi-PC*.

Oh, no.

¿Podría ser...?

Estudió la minúscula foto en la pantalla, pero llevaba gafas de sol y un gorro. Era imposible ver si se trataba de él, por lo que se metió en su perfil.

«Per Christian Hansen, Trysil», ponía en la biografía.

Ay, Dios mío.

Volvió a caer en la cuenta una vez más: se había acostado con Per Christian Hansen de Trysil.

Per Christian Hansen de Trysil había sido su primera vez.

No solo se acordaba muy poco de cómo había sido, sino que, de hecho, no habría reconocido al chico de nuevo. Por un momento, consideró aceptar la solicitud, enviarle un mensaje agradeciéndole lo de aquella vez y disculpándose por haberse marchado sin despedirse. Al fin y al cabo, él no había hecho nada malo.

Contempló fijamente las alternativas y pulsó «Eliminar» rápidamente. Sintió una pequeña punzada al hacerlo, pero así debía ser. ¿O no?

Rápidamente, tiró el teléfono sobre la cama cuando Kalle entró en su habitación sin llamar a la puerta. Llevaba puestos una sudadera y unos vaqueros.

—¿Preparado para esta noche? —comentó ella.

—¿Tú no? —repuso él.

—Eh, no. No voy a ir. No tengo permiso. O, bueno, la asesora de comunicación me animó encarecidamente a quedarme en casa esta noche, y temo provocarle un ictus si desafío sus órdenes una vez más.

—Bueno, pues deja que le dé un pequeño ictus —dijo Kalle—. Quizá le siente bien un poco de cama.

—Hablas como un verdadero heredero al trono —repuso Margrethe, entre carcajadas—. No pasa nada. Pasadlo bien. Tryvann es demasiado caos para mí de todos modos.

—*Ok,* pero sé de uno que se va a sentir decepcionado.

—¿*DJ* Arnie?

—¿Eh? No, él ya tiene bastante en lo que pensar. Está tan nervioso por el bolo que debe estar a punto de mearse encima. Jamás había visto así a Arnie. ¡Es superextraño! Estaba pensando en *DJ* Salchicha danesa. En realidad, había pensado en que fuese una sorpresa, pero, ¡tarán! ¡Henrik está en la ciudad!

—¿Cómo?

—Sip, le conté que su canción favorita, *Pandemia X shotski,* iba a ser interpretada en vivo, y de repente decidió viajar de nuevo a Noruega. Dijo que también tenía muchas ganas de volver a verte.

Magrethe se sonrojó, y tuvo la esperanza de que Kalle no lo notase.

Henrik. No había dicho ni pío desde Semana Santa, y ¿ahora tenía muchas ganas de verla? Tragó saliva. Durante un instante, se imaginó que, en lugar de haberle lanzado una sudadera a la cara, se hubiese acercado a ella, allí tumbada en ropa interior en su cama de matrimonio.

—*Ok,* seguramente os divertiréis mucho.

—Sí, eso creo —dijo Kalle, y le lanzó una mirada—. Dame un toque si cambias de idea, vaya —añadió, y se marchó.

Margrethe se puso a ojear las fotografías de su galería en el móvil. Vio viejas fotos de fiesta de antes de la pandemia. La fiesta del comienzo de curso en casa de Ingrid, en donde todos iban en ropa de verano y se inclinaban los unos encima de los otros. Un bronceado Arnie que sonreía envuelto en una toalla blanca tras haberse lanzado al agua desde el tejado de la casa de la piscina. Arnie, por supuesto. La vida habría sido increíblemente aburrida sin él. Margrethe tenía ganas de que las cosas volvieran a la normalidad. De que todos pudiesen estar juntos.

De repente, la puerta se abrió de nuevo. Kalle apareció en el umbral, con un cuenco de patatas fritas y dos latas de Coca-Cola Zero. La empujó un poco para que se apartase y se sentó en la cama con la espalda apoyada contra el cabecero.

—¿Qué haces? —repuso ella, incorporándose confundida.

Él le pasó una lata de Coca-Cola y abrió la suya. Le dio un sorbo y jugueteó filtrando el refresco entre los dientes como siempre solía hacer.

—Paso de ir. Me quedo en casa.

—¿Eh? ¡No puedes hacer eso!

—Sí. Me apetece beber Coca-Cola, comer patatas fritas y ver algo que no sea Las Kardashian. De hecho, ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que vi una película entera. Lena habla siempre por los codos mientras vemos la tele y resulta totalmente imposible enterarse de lo que sucede —dijo poniendo los ojos en blanco.

Margrethe sonrió. Hablar durante una película era lo peor que uno podía hacer para Kalle, y para ella.

—Kalle.

—¿Qué?, me apetece estar contigo. Eso es lo que estoy tratando de decir.

—¿No puedes estar conmigo otro día que no sea justo la noche del uno de mayo? Arnie, Henrik, y sí, Lena. Seguramente les apetezca tenerte allí en Tryvann con ellos.

Kalle se revolvió inquieto sobre la cama.

—Sí, eso es lo que suelo pensar siempre. Y entonces nunca llega una noche en la que seamos solo tú y yo. Y las patatas fritas. Y me asusta un poco que quizá tú no lo estés pasando muy bien últimamente —agregó con delicadeza, y la miró.

Margrethe tragó saliva. No era propio de Kalle el ser tan directo. Era embarazoso. Y un poco conmovedor, también. Ella le sonrió y le empujó suavemente.

—Estoy bien. Y entiendo que quieras estar con tu novia. Ella es... maja.

Él asintió, incapaz de ocultar una sonrisa.

—Lo es, vaya. Es muy maja, quiero decir —repuso, y ahora fue él el que empujó a Margrethe.

Margrethe le respondió con un bostezo.

Kalle deslizó el dedo en círculos sobre la lata de Coca-Cola.

—Lo que estoy intentando decir, Mags, es que me tienes un poco preocupado. No quiero que tomes tantos analgésicos. Sé que lo haces. Son demasiados, y no está bien.

—Pero yo...

Kalle se inclinó sobre ella, abrió el cajón de la mesita de

noche y sacó los blísteres que estaban arriba del todo. Eran todos los que tenía.

Él los alzó, no a modo de triunfo, sino más bien... con pánico.

—¡No quiero que acabes como mamá, Mags!

La miró directamente a los ojos. Sus ojos estaban desnudos y oscuros. De repente, Margrethe recordó a Kalle de pequeño, así como solía estar cuando había tenido una pesadilla y entraba en su habitación por la noche, con un oso de peluche en la mano. Estaba asustado.

—Quiero que dejes de tomarlas. Ahora. Puedes vivir sin ellas, pero yo... —susurró, y se metió los blísteres en el bolsillo—. ¡Yo no puedo vivir sin ti!

Margrethe abrió la boca para responder, pero no salió nada de ella. No sabía qué decir.

Entonces comenzó a llorar.

# 37

## Todo va a salir bien

Dos horas más tarde, Margrethe todavía estaba en la cama. El cuenco de patatas fritas estaba vacío, y también las latas de Coca-Cola que había sobre la mesilla. Kalle se había marchado. Ella le había amenazado y le había hecho la pelota, y al final consiguió hacerle ver que debía estar en Tryvann aquella noche. Que su mejor amigo lo necesitaba.

Margrethe hubiese deseado poder estar allí también por Arnie.

Sacó un pañuelo de la caja de Kleenex que había en la mesilla y se sonó la nariz. Se pasó el pañuelo de papel por debajo de los ojos. Era como si hubiese llorando varias toneladas de niebla. Había estado tan bien poder hablar con Kalle, por fin. Sobre Halloween. Sobre Gustav Heger, al que primero había querido pegar una paliza, hasta que Margrethe le había asegurado que ya no era una amenaza. Sobre Trysil. Sobre las pastillas. Lo único que no le había contado era lo de su padre y aquel tal Martin. Por alguna razón, no sentía que fuese correcto. Lo que habían estado haciendo realmente no tenía nada que ver con ella.

Su padre podía contárselo él mismo, si quería.

Antes de que Kalle se marchase, habían acordado jugar al tenis juntos. Tenía muchas ganas.

Gracias a Snapchat, Margrethe pudo confirmar que el resto de la pandilla, incluidas Lena y Liv, habían llegado a Tryvann. Era extraño ver a sus amigos entre todos aquellos jóvenes vestidos de rojo y azul. No se les habría permitido la entrada hasta dentro de

dos años de no haber sido porque estaban en la lista de invitados de uno de los artistas de la noche.

Debía ser la primera vez que a una pandilla de adolescentes se les permitía asistir a la concentración de los *russ,* los estudiantes a punto de graduarse.

También debía ser la primera vez que había dos príncipes allí.

Henrik llevaba puesto su anorak rojo de noruego y tenía las mejillas sonrosadas. Prácticamente parecía un *russ* más. A lo mejor se había vestido así a propósito, para camuflarse entre la multitud.

Arnie solo aparecía en el primer *snap*. En él, sonreía con valentía hacia la cámara, pero en realidad parecía muy nervioso. Más de lo que ella lo había visto jamás. Ya no podía quedar mucho para que le tocase salir al escenario. Probablemente ya estaría preparándose entre bastidores. Margrethe rezó por que se hubiese acordado de llevar todo lo que necesitaba en cuanto a cables, equipo y demás. Habría sido tan típico de él haberse dejado olvidado algo importante.

Margrethe escribió un mensaje de texto rápidamente, temiendo de repente que no le diese tiempo a leerlo antes de salir a escena.

> ¡Suerte esta noche! ¡Haz que la princesa (que anda suelta) se sienta orgullosa! Siento no poder estar allí, pero mando muchos ánimos desde aquí. De verdad. Un fuerte abrazo, M

Ni siquiera le había dado tiempo a dejar el teléfono cuando escuchó el pitido de un mensaje. Era Arnie.

> Muchas gracias, pero tengo miedo de que se me vayan a comer vivo.

Margrethe se disponía a mandarle un corazón y algunos emojis alentadores cuando recibió un nuevo mensaje.

De Henrik.

> ¿¿No vas a venir aquí?? Me hubiese encantado poder arreglar las cosas bien después de la última vez. No eres una niña.

Guau. Cómo había deseado escuchar aquello.

Alguien llamó a la puerta antes de que pudiese responder al mensaje.

—¿Sí? —dijo ella.

—Soy papá —repuso una voz desde el pasillo—. ¿Puedo pasar?

Margrethe suspiró, dejó el teléfono y se armó de valor.

—Claro.

Apenas había visto a su padre durante la última semana.

El rey de Noruega abrió la puerta y entró en su habitación en bata y zapatillas de andar por casa. Se sentó pesadamente sobre el borde de la cama. Parecía enfermo o borracho.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo estás tú? Pareces un muerto viviente —respondió ella.

Su padre bajó la vista hacia sus manos, y Margrethe de repente sintió una punzada de mala conciencia.

—Perdón por la última vez que hablamos, papá. Dije algunas cosas que... que no estuvieron bien. Pero, como comprenderás, me sorprendió un poc...

—Ha muerto —dijo su padre.

—¿Cómo?

—Martin. Desarrolló una neumonía aparte de la enfermedad, por lo que no pudieron hacer nada más por él. Así que ahora todo puede volver a la normalidad —repuso con una pálida sonrisa.

Margrethe se quedó helada.

—¿Cuándo... cuándo ha sucedido esto?

—Pronto hará una semana.

—Ay, Dios mío. ¿Has estado en el funeral?

—No. O bueno, es ahora, esta noche. Es más bien una especie de ceremonia conmemorativa. Pero... no. No puedo ir.

—¿Qué? ¡Tienes que ir!

—No puedo, Margrethe. Lo dejé destrozado aquella vez.

Todos los miembros de su familia lo saben. No tengo ningún derecho a estar allí. Además, mi presencia podría despertar viejas especulaciones. No es posible.

Parecía que su padre fuese a echarse a llorar de nuevo. Era como si su mirada estuviese dirigida hacia dentro, como si estuviese hablando, más que nada, consigo mismo.

Margrethe respiró hondo y cogió su móvil, buscó la foto del atractivo muchacho rubio con la camiseta azul claro. Alzó el teléfono para que su padre pudiese verla.

—¿Es este Martin?

Su padre miró el móvil y todo su rostro cambió de expresión. Sonrió, casi de oreja a oreja, y sujetó el móvil. Lo sostuvo con el brazo recto para ver mejor.

—Sí. Debe ser de justo antes de que nos fuésemos a ir de viaje. Acababa de hacerse con las guías de viaje de los países que íbamos a visitar. Era tan típico de Martin. Investigar sin parar —dijo devolviéndole el móvil.

Sus ojos estaban húmedos pero felices.

—¿Dónde has encontrado esta foto?

—En la biblioteca. Ya sabes, investigando sin parar —repuso ella, y tomó la enorme y cálida mano de su padre entre las suyas.

Él le sonrió agradecido, con los ojos brillantes. Margrethe no le preguntó nada más, simplemente permanecieron sentados de la mano sobre la cama.

—¿Te he decepcionado? —preguntó Margrethe tras un rato.

—¿Decepcionado? ¿Tú? —repitió él—. ¿Cómo podría sentirme decepcionado teniendo la mejor hija del mundo?

—Pero lo del Parque Frogner... ¿Te enfadaste cuando no me disculpé?

Su padre se giró para así poder clavar su mirada en ella.

—Escúchame, Margrethe. Como parte de la familia real, a uno le enseñan muchas cosas útiles. Desde que tú y Karl Johan erais pequeños, os hemos dado la tabarra con la etiqueta y la discreción. Pero luego también hay cosas que uno debe descubrir por sí mismo. Dónde está el límite, a quién debes escuchar. Y sí, también quién eres —dijo, y permaneció en silencio un instante—. Creo

que, en el parque, mostraste algo de ti misma. Y eso requiere valentía —añadió.

Margrethe sintió que una calidez se extendía por todo su cuerpo. De repente, sintió que estaba a punto de recuperar a su familia.

—Además, todos hemos visto que el pueblo noruego te apoya por lo que dijiste —continuó su padre—. O, quizá, por lo que no dijiste. Ahora voy a contarte una cosa que debes prometer que jamás le dirás a tu hermano.

Entonces se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Hubieses sido una mejor heredera al trono que él.

—¡Ja! —rio Margrethe—. ¡Dime algo que no sepa!

Su padre sonrió antes de ponerse en pie e introducir los pies en las zapatillas de andar por casa nuevamente.

—Bueno, bueno. ¿Nos vemos mañana para desayunar?

Margrethe asintió, y el rey se dirigió a la puerta.

—Oye, ¿papá?

Él se dio la vuelta.

—¿Podrías hacer una cosa por mí?

—Lo que sea.

—Ve a tu vestidor, ponte un traje negro y acude a la ceremonia conmemorativa. No importa lo que piense la gente —dijo, y tragó saliva—. Hazlo por Martin. Y por ti mismo.

Su padre permaneció junto al umbral de la puerta con la cabeza gacha durante algunos segundos.

Entonces, dio unos golpecitos con la mano en el marco de la puerta.

—Que pases una buena noche, Margrethe.

Tras la ventana de su habitación, había comenzado a oscurecer. Poco después de que su padre se marchase, llegó un mensaje de Fanny.

> La friki va un poco tarde, pero ¡¿he oído que te has quedado en casa?! Perdona, ¿se puede saber qué estás haciendo? ¡Es la noche del

uno! ¡Arnie va a actuar muy pronto! Y tienes claro que Henrik ha venido a la ciudad para verte, ¿no? ¡Todo va a salir bien! ¡TODO. VA. A. SALIR. BIEN!

Margrethe abrió Spotify. Necesitaba pensar en algo más que no fuese si Arnie se las apañaría en el escenario aquella noche. Y pensar que Henrik había viajado hasta allí. ¿Qué era lo que él había estado escuchando en Trysil? Tessa o algo así. Metió el nombre en el buscador y apareció una mujer con unas estrechas gafas de sol. *Glo på mig,* sí, esa era la canción. Se tumbó en la cama y escuchó. La canción comenzaba tranquila, pero enseguida se aceleraba. Una voz femenina rapeaba con rapidez, y Margrethe no pudo evitar sonreír por lo dura que sonaba.

«Dame amor, o si no olvídame y deja de mirarme», recitaba la mujer en danés, una y otra vez. Encajaba muy bien, no era extraño que Henrik le hubiese recomendado justo aquella canción. «Deja de mirarme», decía el estribillo. En cuanto terminó, Margrethe volvió a ponerla de inmediato. Casi sin pensar, se levantó de la cama y se sentó junto al tocador. Justo cuando Tessa, en su cuarto asalto, decía «Cuánto me va a importar: cero; nada, ¡¿cuál es tu puto problema?!*»,* pausó la canción.

No podía quedarse allí sentada.

Debía seguir su propio consejo.

El que le había dado a su padre.

Rápidamente, presionó el número de Rolf en el teléfono.

—¿Podrías pasar a recogerme con el coche en cinco minutos? —preguntó—. Voy a ir a Tryvann.

# 38

## La noche del uno

—El carné de *russ* es la única identificación válida.

La oscura voz del tipo que había delante de Margrethe parecía creada para enfrentarse a gente borracha y con ganas de pelea. En su pecho ponía «Seguridad». Como si hubiese alguna duda. Probablemente fuesen solo el tamaño y la voz, pero resultaba confusamente similar al mamotreto que no la había dejado pasar a Laaven. Se estremeció ante el recuerdo.

—Yo... ¿creo que estoy en la lista de invitados? —dijo Margrethe—. La de uno de los artistas, vaya... *DJ* Arnie.

Había anochecido, pero el cielo estaba iluminado por luces estroboscópicas de todos los colores del arcoíris, como una especie de aurora boreal puesta de esteroides. Algunos metros más allá de donde se encontraba, había una chica vomitando sobre el césped con la mascarilla torcida sobre el pelo. Alzó la vista hacia Margrethe y sonrió con restos de vómito en la barbilla.

Dios, esto realmente no era del estilo de Margrethe.

Aun así, de repente comenzó a sudar. Imagínate que no la dejasen pasar.

—¿Sí? —dijo el guardia de seguridad con escepticismo—. ¿Cómo te apellidas?

—Eh... Yo...

—¡Ronny! —dijo un tipo más delgado con gafas y una camiseta en la que ponía «Crew». Se acercó apresuradamente con una expresión de fastidio en el rostro, que se transformó en una sonrisa cuando vio a Margrethe—. ¡Buenas! Por supuesto que la

princesa puede entrar. Está en la lista. Bienvenida, y adelante.

—Oh, joder —dijo Ronny, y se echó a un lado.

—Solo... espera aquí un momento, *¿ok?* —dijo el tipo delgaducho—. Tenemos que encontrar a alguien que pueda acompañarte al *backstage*. Y luego solo tengo que... —Alzó un rotulador—. Lo siento. Las reglas son estrictas.

Ella le ofreció la mano derecha, y él dibujó una gruesa línea directamente sobre la piel, para indicar que aún no tenía edad suficiente como para beber.

Las luces barrían de derecha a izquierda la llanura, proviniendo de todos los lados, de escenarios y autobuses. El ritmo de los bajos golpeaba todo su cuerpo con tal intensidad que casi le hacían daño en el pecho. O quizá solo estaba nerviosa.

A su alrededor, la gente saltaba con los brazos y los botellines de cerveza en alto. Todo parecía muy... vulgar, descontrolado. Margrethe odiaba el caos. La falta de control hacía que se le contrajese el pecho.

—*Ok,* nos vamos.

Fue el tal Ronny el que recibió el honor de acompañar a la princesa. Aunque bueno, honor, honor... no parecía demasiado encantado con la misión. Margrethe echó un vistazo por encima de su hombro para asegurarse de que una de las Sombras la siguiera con su habitual pinganillo en la oreja. Ya nunca la perdían de vista, no después de Trysil. Probablemente nunca más le volverían a permitir ir sola a ningún sitio por el resto de su vida.

El guardia de seguridad, el guardaespaldas y la princesa caminaron en fila india —como si se tratase de una especie de desfile minimalista del 17 de mayo— por el pasaje que se abría entre las vallas que habían instalado para separar el *backstage* del propio festival. Margrethe escuchó los rugidos del público, cómo una canción daba paso a otra, y sintió un dolor de cabeza incipiente.

Se llevó la mano al bolso.

Entonces, cayó en la cuenta de que allí ya no había ningún paracetamol ni Paralgin Forte.

Lo lamentó amargamente durante un segundo, pero recordó

la mirada de Kalle y apretó los dientes.

Se ciñó el abrigo a su alrededor. Debería haberse traído un jersey de lana extra.

De repente, Ronny se detuvo. Intercambió algunas palabras con otro guardia y la llevó hasta un área llena a reventar de gente.

—¿Este es el *backstage*? —preguntó Margrethe, y volvió a sentirse ansiosa.

—Sip —repuso él—. Allí está el escenario. Tendrás que encontrar a tus amigos tú misma.

Perfecto. Este tipo no debía ser monárquico.

—Vale, gracias —dijo ella, y vio cómo el simpático de Ronny regresaba por donde habían venido.

Durante algunos minutos de ingenuidad, se había permitido tener la esperanza de que la zona del *backstage* fuese una habitación tranquila y agradable llena de sofás mullidos. Pero no era así para nada. Aquello parecía otro festival en sí mismo. Estaba lleno de gente. No vio a nadie conocido y comenzó a sentir un leve atisbo de pánico. Escribió en el chat grupal de Snapchat:

> ¿Dónde estáis? Acabo de llegar, estoy junto a la entrada del *backstage*. ¡Venid a salvarme!

Desde donde estaba en ese momento, podía contemplar toda la llanura. Jamás en la vida había visto a tanta gente junta en un mismo lugar. Debía haber miles y miles de personas. Margrethe observó aquella densa, y con seguridad, extremadamente contagiosa, marea de estudiantes que bebía, se besaba, vomitaba, discutía, se peleaba y rugía. Se suponía que Tryvann se había limitado aquel año, dado que la pandemia aún seguía haciendo estragos. Si esta era la versión reducida, no quería ni imaginarse cómo debía ser el festival normalmente. La multitud se movía constantemente, como si una especie de oleaje barriese la llanura, solo que la gente flotaba en medio de la niebla producida por grandes máquinas de humo en lugar de sobre agua.

Se sintió mareada.

Debía evitar ahogarse.

Echó un vistazo a su teléfono, y de repente el mundo se apagó del todo.

Paralizada por el miedo, constató que no podía ver nada. Un segundo después, comprendió que alguien le estaba tapando los ojos con las manos.

Utilizó toda la fuerza que fue capaz de reunir para liberarse. Cuando se alejó lo suficiente para darse la vuelta, se encontró directamente con los ojos de Henrik.

Parecía sorprendido, pero probablemente se debía a la expresión salvaje de su rostro.

—Dios mío, lo siento, Margrethe. ¡No pretendía asustarte!

La rodeó con los brazos; olía ligeramente a cebolla. ¿Había comido kebab? Todavía podía notar el pulso latiéndole en la garganta.

—No pasa nada —dijo ella, y dio un paso atrás—. Qué locura que estés aquí, Henrik.

Él bajó la vista un momento. Sus ojos verdes brillaron y sonrió mostrando todos los dientes. Pequeños puntitos negros de tabaco sueco se deslizaron desde su labio superior.

—Simplemente tenía que hacerlo —dijo él—. Desde que volví a casa, a Copenhague, no he hecho más que lamentarme de lo idiota que fui aquella noche.

Margrethe lo miró. ¿De verdad le estaba diciendo aquello? Era lo que no se había atrevido a esperar, que él dijese algo que eliminase toda la vergüenza que sentía. Trató de analizar cómo se sentía, pero no notó ningún cambio. Ningún gran alivio. Quizá solo fuese la conmoción.

—En realidad, fui yo la que se comportó como una idiota —dijo Margrethe, más por decir algo que otra cosa.

—Qué va —dijo Henrik, y negó con la cabeza—. Para nada. Gano yo. Cualquiera que rechace una oferta similar de la hermosa princesa de Noruega es, sin lugar a dudas, el idiota más redomado del universo —dijo en voz alta, y la agarró de la cintura.

Ella se sobresaltó a causa del movimiento, notó que el olor a cebolla se hacía más intenso e, instintivamente, se apartó. Entonces, lo miró un poco, sonrió y permaneció inmóvil. De

repente, notó una sensación de calidez y bienestar, se sintió... estupendamente.

Los altavoces crujieron.

—¡SEÑORAS Y SEÑORES *RUSS, BITCHES* Y *FUCKBOOOOYS*! —dijo una voz—. En breve recibiréis lo que habéis estado esperando aquí en el escenario. ¡TÖS está listo para esta jodida fieeeesta!

Los gritos de júbilo barrieron la llanura, alcanzando el *backstage,* y la golpearon directamente en el estómago.

—Peeeero primero —continuó la voz—. Primero os vamos a presentar a alguien que ha conquistado las listas de éxitos en las últimas semanas. Es joven pero también jodiiiidamente bueno. ¡Dale una cálida bienvenida, Tryvann! ¡Aquí está... *DJ* ARNIE!

La introducción del presentador no provocó las mismas reacciones que el anuncio anterior. Margrethe notó cómo algunos de los que estaban a su lado solo fruncían el ceño y seguían hablando.

Sintió cómo le hervía la sangre.

—¡Oye, que va a empezar! —dijo en voz alta, y miró confundida a su alrededor—. ¡Tenemos que acercarnos al escenario!

Henrik se cubrió la cabeza con la capucha del anorak y la tomó de la mano.

—¡Vamos, tenemos un lugar cojonudo!

Juntos corrieron por el lateral del escenario y ascendieron unos pocos escalones. Dios mío, la gente estaba aún más cerca ahora. Contemplar aquel mar de gente hizo que a Margrethe se le revolviese el estómago. Volvió a notar cierta presión en el pecho, pero esta desapareció cuando finalmente localizó a los demás.

Allí estaban, todos juntos.

Kalle, Lena, Tess, Fanny e Ingrid. ¿Y Liv? ¿Dónde estaba Liv? ¿En algún otro lugar junto a Arnie? Eso esperaba, que al menos hubiese tenido el suficiente sentido común como para apoyarle. Que no solo viese en él a un chico divertido que siempre se las arreglaba por su cuenta. Él era mucho más que eso. Él, que siempre ayudaba con sus problemas a todos los demás. Margrethe deseó

sinceramente que tuviese a alguien con él ahora mismo. Cualquier otra cosa habría sido una completa injusticia.

Contempló a su pandilla allí de pie, en medio de aquel cúmulo de gente que gritaba al aire.

Sus amigos nunca le habían parecido más sofisticados.

Sonrió a todos y cada uno de ellos, incluida a Lena, y le guiñó un ojo a Tess. Entonces, se colocó al lado de Fanny y echó un vistazo al escenario.

Allí estaba Arnie, con una sudadera y auriculares, tras la mesa de mezclas. Era una pasada verle allí plantado, totalmente solo en aquel enorme escenario, pero Margrethe también pudo distinguir la expresión ligeramente estresada de su rostro.

En ese mismo segundo, se dio cuenta de por qué.

No sonaba ninguna música.

—¡Lo siento, chavales, tenemos algunos problemillas técnicos por aquí! —dijo Arnie acercándose al micrófono, que emitió un breve chirrido—. Ehhh, bueno, ¿lo estáis pasando bien, Tryvann?

Gritaron «SÍÍÍÍÍ» con sus entusiastas voces de adolescente. Pero entre el público no hubo solo vítores. También se escucharon algunos abucheos impacientes.

Un hombre vestido de negro, seguramente un técnico de sonido, salió al escenario, y algunos largos y dolorosos minutos después, los ritmos de orquesta de pueblo de *Pandemia X shotski* comenzaron a salir finalmente por los gigantescos altavoces.

Esto desencadenó un liberador rugido de alegría del público.

La gente comenzó a bailar y a agitar los brazos.

—¡*YES,* mi canción favorita! —gritó Henrik.

Se había colocado muy pegado a Margrethe, y mantenía la mano en su espalda mientras agitaba la otra en el aire. Margrethe vio que Fanny se había dado cuenta. Su mejor amiga sonrió expectante. Margrethe notó que le dolía la cabeza, pero así tendría que ser a partir de ahora. No más pastillas. Sonrió e intentó pensar en otra cosa, seguir a los demás. El resto de la pandilla saltaba de arriba abajo y cantaba la ridícula letra de la canción. «¡Yodeluu yodeliii, se trata de un gran NOSOTROS CONTRA EL VIRUS!» La mano de Henrik se apoyaba cálida y pesada sobre su espalda.

Margrethe se liberó de ella, se escabulló entre los demás y comenzó a saltar y bailotear con los demás. De repente, se imaginó la situación desde fuera y no pudo contener la risa. ¡Imagínate que la gente supiese que el príncipe danés estaba allí bailando la canción para la que él y su propia familia habían servido de inspiración! ¡Junto a la princesa noruega!

Volvió a mirar con calidez a su pandilla.

Cuando estaba con ellos, se sentía segura; incluso allí, entre aquella descomunal y caótica multitud.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había... divertido.

Tan pronto como la música se desvaneció, el buen humor del público desapareció con ella. La gente comenzó a pedir a gritos a TÖS de nuevo.

—Yo... eh... Había pensado en compartir una nueva canción con vosotros esta noche —dijo Arnie en el micrófono, lo que provocó que este emitiese varios chirridos.

—¡NO, VETE PA TU CASA! — gritó alguien del público.

—¡Espero que os guste esta! —dijo Arnie con valentía.

Al parecer, había compuesto más canciones de las que Margrethe conocía. Aquello que sonaba ahora por los altavoces era una canción de fiesta más estándar, sin su estilo característico; solo sonidos instrumentales y un ritmo más duro y pesado.

Claramente, al público no le entusiasmó demasiado.

—¡TÖS! ¡TÖS! ¡¡TÖS!! —gritaba cada vez más gente, hasta que las exclamaciones comenzaron a sonar como un coro constante, o como las consignas de una manifestación.

Margrethe se enfureció en nombre de Arnie. ¿De verdad era aceptable tratar a la gente con tan poco respeto solo porque llevaba un mono rojo? ¿No podían simplemente cerrar el pico y escuchar la música? ¡En realidad, era bastante buena!

Pero los estudiantes no se rendían. Una pandilla comenzó a abuchear a Arnie de nuevo.

—¡BÁJATE DE AHÍ, PERDEDOR! —gritó un chico antes de lanzar un rollo de papel higiénico al escenario.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Margrethe estaba muy cabreada.

Su primer instinto fue bajar del escenario y gritar a aquel imbécil. ¡Hasta ahí habían llegado! ¿Acaso sabía a quién le estaba tirando basura?

Pero entonces tuvo otra idea.

—¿Puedes sujetarme el bolso? —le preguntó a Fanny antes de arrepentirse—. O sea, no tienes por qué hacerlo, pero... solo si no te importa.

—¿Hola? ¡Tranquilízate, por supuesto que puedo sujetarte el bolso! ¿Vas al baño? ¿Quieres que te acompañe?

Margrethe negó con la cabeza.

—Lo siento, tengo que irme —le dijo a Henrik.

Y entonces salió a escena.

Miró al frente. Para cuando logró establecer contacto visual con Arnie, ya había alcanzado la mitad del escenario.

Parecía más confundido que un pulpo en un garaje.

Entonces fue cuando ella lo oyó.

Que ya había comenzado la siguiente canción.

Inmediatamente reconoció los tonos que salían de los altavoces.

Era *La princesa anda suelta.*

Ahora la princesa estaba frente a todo Tryvann.

Escuchó cómo su voz se extendía por toda la llanura, destrozada por su propio jadeo frenético. Le pitaban los oídos, y el aliento se le atascó en algún lugar de la garganta.

Se quedó paralizada.

De repente, no podía moverse ni respirar en condiciones.

—¿No es esa la princesa Margrethe? —escuchó gritar a alguien a lo lejos.

—¿Eh, lo es? —exclamaron varias personas.

Un fuerte zumbido comenzó a extenderse, y de golpe sintió como si estuviese dentro de una colmena.

—¡Margrethe! —gritó Arnie—. ¿Qué estás haciendo?

Ella sacudió la cabeza. No consiguió decir nada. No podía respirar. Todas sus funciones corporales habían quedado paralizadas por el pánico. Simplemente permaneció

completamente inmóvil.

Entonces vio a Henrik. Tenía una mano levantada.

Dibujó un cuadrado en el aire.

Ella hizo como él le había enseñado. Respiró hacia abajo, hacia un lado, hacia el otro y hacia arriba. Contó hasta cinco. Hizo lo mismo una vez más mientras ignoraba todo lo demás.

Funcionó.

¡Estaba funcionando!

De repente, vio que Arnie se había quitado los auriculares y se dirigía hacia ella para ayudarla. Ahora sentía que volvía a tener control sobre su respiración y su pulso. Agitó la cabeza de nuevo y se dirigió a su encuentro.

—Dame el micrófono —dijo.

—¿Cómo?

—¡El micrófono!

Arnie se lo entregó con una mirada llena de escepticismo justo cuando comenzaba el estribillo. Margrethe comenzó a cantar en voz baja, como a modo de prueba, concentrándose en afinar:

—Somos niños, somos niñatos, somos idiotas. Quizá esta noche acabe en urgencias, o sufra uno o dos ataques de pánico.

—¡Ja, ja, ja, *whaaat*! ¡Esa ES Margrethe! —oyó exclamar a alguien.

El rumor debía haberse extendido hacia las filas de atrás, pues de repente notó que tenía la atención de aquella marea de gente. ¡No se escuchaba ningún abucheo!

Ahora solo era cuestión de dejarse llevar. Alzó la voz:

*—Porque esta noche vamos a cagarlaaa.*
*Montarla, cagarla, y liarla parda.*
*El reino tendrá que esperar en ascuas*
*pues todo puede pasar*
*cuando los jóvenes andan sueltos.*
*Sí, esta noche vamos a caga-ga-garlaaaa.*
*¡Pues la princesa anda SUELTA!*

Después de la última nota, dejó caer el micrófono al suelo, así

como había visto hacer a alguien en internet. En puro éxtasis, también alzó los brazos en el aire.

Igual se había dejado llevar un poquito demasiado.

¿O tal vez no? Justo a continuación, el júbilo volvió a inundar Tryvann. En esta ocasión, el rugido no la golpeó en el estómago, sino en el pecho.

Miró a Arnie, que parecía tan confundido como impresionado. Entonces él esbozó una enorme sonrisa y se acercó a ella.

Juntos, se inclinaron ante el público varias veces.

—¡Démosle un caluroso aplauso a Su Alteza real la princesa, chavales! —dijo Arnie en el micrófono, y el público estalló en vítores de nuevo—. ¡Ha sido un honor! ¡Ahora viene TÖS!

Margrethe siguió a Arnie hasta un lateral del escenario, justo al otro lado del que ocupaba la pandilla. Allí, Arnie se giró hacia ella, se llevó las manos a la cabeza y extendió los brazos.

—¡Dios mío, Margrethe, eso de ahí ha sido jodidamente fantástico! Pero ¡¿por qué lo has hecho?!

Margrethe esbozó una amplia sonrisa. Aún podía sentir cómo la adrenalina le corría por el cuerpo.

—Pensé que ya iba siendo hora de que, por una vez, yo te rescatase a ti —dijo.

Él la atrajo hacia sí. Margrethe cerró los ojos y sintió el fuerte cuerpo de él contra el suyo. Allí estaba a salvo.

—*Shit* —dijo él—. Gracias. De verdad. Mil gracias.

—Hay una cosa más.

Ella se apartó de él y lo miró con seriedad. Sabía que no debía decir aquello. Pero no podía dejarlo estar. Era como si necesitase decirlo, ahora que ella también se había dado cuenta. No le apetecía cargar con un secreto así hasta que tuviese sesenta años.

—Sé que ahora estás con Liv, y no quiero estropear nada entre vosotros, pero simplemente tengo que decir esto, pues imagínate que de repente llega una nueva pandemia y nos extinguimos todos, y nunca tengo la ocasión de decirlo. Yo simplemente necesito decirte que... que tú... que yo...

De repente, pareció como si tuviese una bola de algodón en la garganta. No podía rendirse ahora, a pesar de que Arnie la miraba

con el ceño fruncido. En ese instante, se imaginó al joven Martin con aquella mirada alegre y llena de esperanza, con el mar de fondo y la guía de viaje en la mano. Fue como si él asintiese con la cabeza hacia ella. Tenía que hacerlo ahora. De pronto podría ser demasiado tarde.

Margrethe carraspeó, respiró hondo y cerró los ojos.

—Estoy enamorada de ti. O... Sí. Creo que quizá llevo enamorada de ti desde que me besaste. Perdón. Lo siento, pero lo estoy. Seguramente se me pasará, así que, por favor, no se lo digas a Liv.

Arnie permaneció en silencio frente a ella por lo que pareció una eternidad.

Margrethe bajó la mirada. Sintió como si toda la endorfina escapase de su cuerpo al mismo tiempo. Madre mía, en realidad, ¿qué se había esperado que sucediese ahora?

De repente, notó un dedo en su hombro. El de Arnie. Ella vio que él miraba por encima de su cabeza y señalaba.

Cuando se dio la vuelta, al principio no entendió qué era lo que debía mirar.

Entonces los descubrió: los chicos de Horten que Arnie se había llevado consigo de la fiesta de Fanny. No los había visto allí hasta ese momento. Todos llevaban puestos monos de estudiante. Uno de ellos sujetaba un cartel en el que ponía: «¡*DJ* Arnie es EL REY!».

Otro tenía el brazo alrededor de una chica.

Se trataba de Liv.

Arnie agarró suavemente uno de sus hombros para que volviesen a estar el uno frente al otro.

—Creo que has estado muy perdida últimamente —dijo, y sonrió—. ¡Nunca fue Liv!

—A ver, pero... ¿y qué hay de Semana Santa? Yo... yo os vi —repuso ella.

Arnie clavó la vista en el suelo del escenario y sonrió; parecía avergonzado. Se encogió de hombros.

—Bueno, pero no pasó nada. Porque para mí siempre has sido... tú.

Margrethe lo miró fijamente. Él alzó la vista y se encontró con su mirada, firme, honesta.

—¿En serio? —preguntó ella.

Su voz sonó como un susurro.

—Si no me crees, pregúntale a tu hermano. En realidad, llevo enamorado de ti desde, más o menos, quinto de primaria. Creo que, a lo mejor, Kalle está tan acostumbrado a ello... Está tan acostumbrado a mí y a todas mis ideas descabelladas... que se le ha olvidado.

De repente, Margrethe se dio cuenta de que los dos todavía eran claramente visibles, no solo para las miles de personas que había en Tryvann, sino también para sus amigos. Pero para su gran asombro, siguió respirando con perfecta normalidad. Parecía como si el aire fuese más puro y fresco que nunca.

—Prueba de nuevo, entonces —dijo.

—¿Perdona?

—Prueba de nuevo. Esa ocurrencia tonta que tuviste aquella noche en la escalera. Tal vez valga la pena intentarlo de nuevo.

Pasó un par de segundos con una expresión de confusión en su cara, antes de que Arnie finalmente entendiese a qué se refería.

Se inclino lentamente, muy lentamente, hacia delante, hasta que sus labios se posaron suavemente sobre los suyos.

Entonces todo Tryvann se desvaneció a su alrededor.

Margrethe no abrió los ojos hasta un buen rato después, y los mantuvo abiertos el tiempo suficiente como para registrar que TÖS había comenzado a tocar, que los estudiantes estaban realmente extáticos y que sus amigos estaban vitoreando por razones completamente diferentes a la música que estaba sonando al otro lado del escenario.

Vio que incluso Henrik se había llevado la mano al corazón.

—¡Idos a un hotel! —gritó Kalle.

Margrethe volvió a cerrar los ojos.

Ahora mismo no le importaba nada más en el mundo que seguir besando a Arnie, así como percibir su aroma y el ligero y delicioso escalofrío que se extendía por su cuerpo.

Por todo su cuerpo.

Quizá no fuese a acordarse del primero.
De hecho, ya no tenía tanta importancia.
Al fin y al cabo, ser el segundo tampoco estaba tan mal.

# Epílogo

## *Asalto*

—¿Margrethe?

Eran varias voces ahora.

—¡Margrethe! ¡Margrethe!

El muelle estaba helado bajo sus pies descalzos. Ella permaneció mirando el agua negra. La fría brisa nocturna hizo que se le pusiese la piel de gallina. Tan solo llevaba puesta la ropa interior, y cuanto más esperaba, más alto gritaban las voces tras ella.

—¡MARGRETHE!

Colocó los brazos en jarras y se giró. El edificio de la Ópera de Oslo resplandecía blanco en la oscuridad, cercado por los altos edificios de cristal del Barcode y la fulgurante ciudad que se extendía por detrás. En el muelle, sus rostros brillaban con sonrisas blancas en la oscuridad. Fanny e Ingrid saltaban arriba y abajo para entrar en calor. Kalle y Arnie tenían las capuchas puestas, helados y mojados dentro de sus abrigos, y a Henrik le castañeteaban los dientes dentro de su anorak rojo. Todos aplaudían al unísono mientras gritaban su nombre.

—¡Margrethe! ¡Margrethe!

Ella suspiró y se giró de nuevo hacia el fiordo.

Después del concierto, todos se habían sentido tan fuera de lugar en Tryvann como en realidad estaban, y habían salido corriendo aliviados y riéndose por las puertas del recinto. Se habían metido a presión en los dos coches negros y le habían pedido a Rolf que los llevase hasta la zona de baño de Sørenga. Había sido Arnie, por supuesto, quien había decidido que ya era hora de darse el primer chapuzón del año. Después de todo, ya

estaban en mayo, y nadie había tenido el coraje de decirle que no aquella noche. Intoxicados por la suave brisa nocturna, se habían arrancado la ropa y lanzado al agua para luego subir las escalerillas del muelle aullando de frío.

Ahora solo quedaba Margrethe, y había esperado tanto tiempo que se había quedado helada. Una vez más, echó de menos haberse llevado un jersey de lana. Vacilante, dio un pasito más hacia el borde.

—¡Simplemente salta, Margrethe!

Sabía que solo tenía que dar un paso más y estaría también en el agua. Se estremeció al imaginarse su largo y grueso cabello, que jamás se iba a secar, permaneciendo mojado y pegándosele a la espalda toda la noche. El cambiarse tras un abrigo, ir sin ropa interior, pasar frío. Realmente no resultaba nada tentador.

—¡Venga, salta ya, friki! —gritó Kalle.

Miró a su hermano por encima del hombro, sonrió y se dio la vuelta. Con pasos rápidos, se dirigió hacia los demás y comenzó a vestirse de nuevo.

—¿Qué? ¡Tienes que hacerlo! Todos los demás se han bañado —dijo su hermano, desanimado.

—No —repuso ella con una enorme sonrisa—. No tengo que hacer nada.

Kalle le devolvió la sonrisa y enarcó las cejas.

Margrethe se sentó junto a Arnie. Él le olió el pelo, se quitó el abrigo y lo colocó sobre sus hombros fríos.

Por primera vez esa noche, un silencio descendió sobre la pandilla. Margrethe revisó automáticamente su móvil, se metió en Instagram. Lo primero que se encontró fue una actualización de la cuenta oficial de la casa real. Frunció el ceño. La última vez que había habido alguna actividad en esa cuenta había sido el 17 de mayo, el Día de la Constitución, o algo así. La fotografía hizo que abriera los ojos como platos.

«Ha sido un período difícil para todos nosotros. Muchos hemos perdido algo o a alguien. Hoy me ha tocado a mí despedirme de un amigo muy especial. Una vez más, has tenido que levar anclas solo, Martin. Espero que en esta ocasión consigas

rodear el Cabo de Hornos. Wilhelm.»

Encima, el joven Martin sonreía, con el deseo de navegar alrededor del mundo en los ojos y el flequillo sobre la frente. El mar centelleaba al fondo. Era la vieja foto que le había enviado a su padre. Margrethe tuvo que parpadear, y pasó a la siguiente foto. En ella aparecía su padre, con un traje negro, erguido frente a una iglesia. Vaya, ¡así que su padre había elegido debutar en Instagram con una foto de un funeral! Bueno, por qué no. Sonrió, tanto avergonzada como conmovida. Le había hecho caso. No solo había acudido al funeral, sino que también se había enfrentado a su miedo a las especulaciones. Margrethe tragó saliva y sintió calor al pensar en su madre y su padre, en todo aquello contra lo que luchaban. Se apoyó en Arnie, que automáticamente la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

El teléfono móvil de Ingrid yacía sobre el muelle entre ellos y hacía las veces de pequeño altavoz. Acababa de sonar una canción de Tix, y se produjo una pequeña pausa antes de que la lista de reproducción para Tryvann de Ingrid continuase con CLMD.

*«I've paid my bills on time, I've been working hard.»*

Arnie tamborileó el ritmo con los dedos y comenzó a cantar.

Margrethe lo miró, sorprendida por la rica resonancia de su voz. Realmente podía cantar. Arnie tenía la vista fija en el horizonte, ni siquiera parecía haber notado que se había puesto a cantar. Margrethe se dio cuenta de que los otros también le miraban, sonriendo sorprendidos. Ingrid se inclinó hacia delante, subió el volumen del móvil y se puso de pie.

*«Go out rocking to the beat»*, gritó extendiendo los brazos en el aire. *«Take a chance, rocket man, just like I'm in the band»*, agregó antes de que Kalle empezase a bailar y tararear.

Margrethe se puso en pie, vacilante, y sonrió a sus heladas y temblorosas amigas. Pronto todos formaron un círculo alrededor del móvil bailando en corro mientras cantaban a pleno pulmón.

*«All I ever wanted was to dance.»*

—¿Hola? ¡Hola!

El furioso tintineo de un timbre de bicicleta y una voz irritada interrumpieron la fiesta. Ingrid se llevó la mano a la boca.

—¡Lo siento! Sí, es aquí —dijo corriendo hacia el ciclista vestido de color rosa de Just Eat que acababa de detenerse junto a Sørenga.

Tenía los brazos llenos de bolsas de papel.

Olía a carne a la parrilla y queso derretido. Ingrid se sentó y leyó en voz alta lo que ponía en los envoltorios de las hamburguesas.

—Un Hot Mama Deluxe para Lena, por supuesto. Dos Cheese Royal... Sí, adivinad para quién son. Kalle y Henrik, aquí tenéis —dijo, y apenas le dio tiempo a inclinarse hacia ellos antes de que los príncipes le arrancasen las hamburguesas de la mano—. Pollo para ti, Margrethe, por gallina. ¡Y Gourmet para el verdadero rey de la noche!

Ingrid le lanzó una hamburguesa a Arnie.

Todos comenzaron a desenvolver la comida, y a Margrethe se le hizo la boca agua al probar el pollo a la parrilla. ¡Estaba tan bueno!

—Luego quedan dos Specials para Fanny y para mí, y un menú vegano —dijo Ingrid echando un vistazo dentro de una de las bolsas— para Tess. ¿Tess?

—Sí, ¿qué ha sido de Tess, por cierto? —preguntó Margrethe.

—Iba a venir después en taxi —repuso Lena con la boca llena de carne de hamburguesa—. Le escribí que habíamos venido a Sørenga.

—Pero ya ha pasado más de una hora desde entonces —añadió Fanny.

Kalle carraspeó.

—Eh —comentó, alzando la vista de su teléfono móvil—. Sé dónde está Tess.

Parecía como si hubiese visto un fantasma.

Giró la pantalla hacia ellos. Vislumbraron la portada del periódico *VG*. En la parte superior, había una fotografía de gran tamaño, una chica con trencitas negras fotografiada de espaldas.

«Asalto en Tryvann», rezaba el titular.

Ingrid se quedó sin aliento.

—¿¡Han pegado a Tess!?

Kalle negó con la cabeza.

—No exactamente. —Apretó los dientes—. Es Tess quien ha agredido a alguien.

*Royalteen 2. El príncipe azul*
Randi Fuglehaug y Anne Gunn Halvorsen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Halve kongeriket. Drømmeprinsen.*
© del texto: Anne Gunn Halvorsen y Randi Fuglehaug, 2021
Publicado originalmente por Aschehoug Forlag, en 2021
Publicado mediante acuerdo con Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency.
© de la traducción: Mónica Sainz, 2022
Esta traducción ha sido publicada con el apoyo económico de NORLA, Norwegian Literature Abroad

Las letras de canciones que aparecen a lo largo del libro están tomadas de:
«WAP» – Cardi B featuring Megan Thee Stallion (2020, Atlantic Recording).
«Pinne for landet» – Freddy Kalas (2014, Alter Ego Music, Universal Music).
«Glo På Mig» – Tessa (2020, Universal Music).
«DANCE» – CLMD, Tungevaag (2019, Trouble Music AS, Universal Music).

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26633-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!